Por Richard Spruce, Doctor en Filosofía

NOTAS DE UN BOTANICO SOBRE EL AMAZONAS Y LOS ANDES

Condensada y publicada por Alfred Rusell Wallace O. M. miembro correspondiente a la Sociedad Real

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Notas de viajes sobre el Amazonas y sus tributarios, el Trombetas, Río Negro, Uaupés, Casiquiari, Pacimoni, Huallagua y Pastaza; también por las cataratas del Orinoco, a lo largo de la cordillera oriental de los Andes ecuatorianos y peruanos, y por las costas del Pacífico, durante los años de 1849-1864, con una introducción biográfica, un retrato, sesenta y una ilustraciones y siete mapas, en dos tomos. tomo I. Macmillan and Co., Limited St. Martin's Street, London, 1908

Traducción del Sr. Gustavo Salgado

(Continuación)

CAPITULO VIII

DIARIO DE UN VIAJE BOTANICO POR EL RIO NEGRO HASTA SAO GABRIEL DA CACHOEIRA

(De noviembre de 1851 a enero de 1852)

(Condensado por el editor)

Noviembre 14, 1851.—Este día (viernes) partí de la Barra en mi canoa con seis hombres, siguiendo el curso superior del Río Negro. Había muy poco viento que cesó después completamente. Dormimos en Paricatuba, a quince millas de la Barra en la orilla opuesta, donde recogí semillas de un hermoso árbol afín de la muy conocida **Lagerstroemia indica** de nuestros jardines botánicos".

Así principia el diario, con observaciones de carácter semejante, día por día. El autor observa los diferentes caracteres del suelo en sus lugares de alto, sea arcilla, arena o roca, sea asperón o granito; y observa que los lugares rocosos son aquí más prolíficos en flores que los arenosos, y que por todas partes se hallan árboles o arbustos en flor hasta en las márgenes mismas del río. Las tormentas repentinas, que alternan con momentos de calma, la diversa apariencia de las islas y orillas del gran río, las varias cabañas de aldehuelas pasadas a gran distancia, el buen éxito de los indios al cazar o al pescar, los días de buena navegación o de continuo remar, todo ha sido registrado, así como el carácter siempre cambiante de la vegetación, los varios árboles, arbustos y palmeras que su ojo avizor reconocía co-

mo nuevos, y las numerosas y bellas flores que pudo recoger, que no solamente eran nuevas especies, sino tan peculiares en su estructura que constituían nuevos géneros; todo esto hacía del viaje un gozo intelectual continuo para botánico tan entusiasta.

Pero la relación diaria de todos los incidentes durante un mes de viaje sería desprovista de interés para el lector corriente, y como los descubrimientos botánicos más interesantes son referidos en las cartas dirigidas a sus corresponsales, daré aquí sólo las partes del diario que describen los pocos incidentes de interés más general que ocurrieron en varios de los altos que hizo la expedición. El primero de éstos fué cerca de la mitad del viaje, y aquí el diario se vuelve más interesante.

24 de noviembre, 1851.—Más abajo de Río Branco están las célebres islas de Pedras o Uarapanaki: rocas graníticas en medio del río donde se ve una amplia escritura india pictórica. Las figuras son numerosas: algunas representan animales; una representa un grupo de personas unidas con las manos extendidas, llamada los "bailarines"; y ahí hay una que quiere representar rudamente una iglesia, y debajo está la palabra **Deos,** con toda la apariencia de pertenecer a la misma época. Las figuras han sido formadas raspando líneas anchas en la roca con algún instrumento fuerte. A veces toda la figura ha sido hecha con raspaduras. No me parece necesario añadir que todas estas figuras pertenecen a la misma época. Lo que sí parece cierto es que por cierto tiempo, talvez unos cien años, han dejado de ser ejecutadas.

Protesto contra el término **"escritura** pictórica o gráfica", la cual supone una interpretación jeroglífica atribuída a las pinturas que, en mi convicción, no la tienen. Un poco más allá hay más figuras en tres bloques graníticos contiguos, casi de forma parabólica, y que se levantan en la orilla derecha del río. En éstas se ve la representación de un gran caimán o lagarto apoderándose de un ciervo.

Pestana nos contó que el mayor número y la mayor variedad de figuras había en unas rocas situadas en un paraná-mirí (canal lateral), cuya desembocadura ya habíamos pasado. Estas rocas se llaman Tucanaroka o sea el nido del Tucán. . . . .

4 de diciembre.—Esta mañana, a las 8, llegamos a Cabuquena (en los mapas, Moureira) que se encuentra en la cima de una serie de rocas de tierra roja. Salté a tierra en busca de farinha, que en la orilla era muy escasa; pero sólo pudimos comprar un canasto a un hombre llamado Jacobo, gran viajero de estos ríos. El había subido y bajado por el Orinoco; estaba en Esmeralda cuando Schomburgk llegó allá; dice que este viajero no habría tenido dificultad en llegar al nacimiento del Orinoco, como él mismo subió un poco más tarde, en un mes de viaje por el Orinoco, más arriba de Esmeralda, hasta que las montarias no pudieron ya seguir y el río podía cruzarse de un salto. Dijo que los indios guarahibo le habían parecido muy pacíficos. Hacen mucho uso de la corteza del tururí para calafatear sus canoas. Había ascendido también el Río dos Cauaborís y el Marauiá (ambos tienen su nacimiento en las altas sierras), encontrándose ahí con indios del nacimiento del Orinoco, que habían venido por una estrecha faja de tierra. Según él lo dice, hay varias cataratas del Orinoco más arriba de Esmeralda, pero no sostenían comparación con las de Atures y Maipures. Conoció a Natterer cuando estaba en el Río Negro. Natterer subió por las **serras** un poco bajas en frente del Castanheiro.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

16 de diciembre.—No hay ni una brisa que nos ayude. Después de pasar algunas cascadas insignificantes, llegamos un poco antes del crepúsculo al pié de una tan formidable, que consideramos prudente esperar hasta la mañana siguiente antes de intentar su travesía. Son llamadas Jurupari-roka (la casa del diablo), pero posiblemente este nombre deriva de una gran masa granítica, que se levanta con un suave declive a la izquierda de las cascadas, hasta una altura de 40 pies, de color de hollín, y con varios huecos hacia la cumbre. Trepé a la cumbre justamente después de la puesta del sol y tuve una vista hermosa. Debajo de mí estaban las cataratas que rodaban entre masas de granito con un ruido que ya lo habíamos oído una hora antes de llegar. Luego se extendía el río magnífico, que se había vuelto purpúreo con el sol agonizante que todavía alumbraba los intersticios de unas pocas islas selvosas; mientras numerosos bloques graníticos informes aparecían a flor de agua aquí y allá; algunos estaban pelados,

otros tenían una vegetación escasa; las aguas bañaban y rodeaban los accesos de las rocas. A mi espalda tenía la selva densa con sus numerosos tipos de follaje, interrumpida por alguna copa alta de palmera o por el plumaje semejante al de un avestruz de algún gracioso bambú; todos se perfilaban bien y brillaban con los tintes que presta sólo el crepúsculo. . . . . .

18 de diciembre.—Esta mañana se abrió con un cielo obscuro que poco a poco se despejaba; la Uanauacá aparecía detrás de una gran Genipapa (árbol frutal, **Genipa macrophylla**) en las márgenes del río. Un poco después de medio día llegamos al sitio, situado cómodamente en el suelo ascendente de un campo artificial, en el cual están dispersos los árboles de Tapiribá, Bacate, naranjas, limas, etc., inclusos tres árboles tiernos de Puxirís que, sin embargo, están en la edad de llevar fruto. Me recibió muy cordialmente su dueño, el senhor Manoel Jacinto da Souza (tenente de Policía) quien me ofreció un cuarto de su casa para arreglar mis colecciones obtenidas durante el viaje, y hasta que pudiera conseguir hombres que me llevaran hasta Sao Gabriel; una vez que todos los que traje eran de Uanauacá o alrededores, menos uno; todos ellos querían cultivar sus rocas.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Permanecimos en Uanauacá hasta el 6 de enero. En el intervalo arreglé las colecciones que yo había formado en el viaje, empacando la mayor parte de ellas en una caja que yo recomendé al señor M. Jacinto que las despachara a Pará.

También hice dos excursiones, una a un campo inundado en los bordes de un lago al lado opuesto del río, ahora seco y adornado con flores azules brillantes de un **Lysianthus** y del aspecto de la **Campanula rapunculus.** La otra excursión fué a un campo elevado en el mismo lado de Uanauacá, muy semejante al Umirisal de la Barra; en su caapoera adyacente recogí el Cocura-açu.

Cortos paseos cerca de la casa me produjeron varias melastomáceas y otras plantas interesantes.

(Antes de pasar a la relación del ascenso peligroso de las cataratas que se encuentran entre Uanauacá y Sao Gabriel, incluyo aquí dos cartas que nos hacen una descripción pintoresca del viaje: la primera está dirigida al señor

John Smith, en aquella época guardián de los jardines botánicos de Kew, con un esquema familiar de los aspectos botánicos del viaje y de las novedades que pudo recoger. La segunda carta está dirigida a su viejo amigo y vecino, el señor John Teasdale, con una relación general del viaje, hecha con la desenvoltura y vivacidad de una conversación familiar. Ambas constituyen un suplemento a la relación formal y seca que aparece en el Diario).

Al señor John Smith, Jardines Reales, Kew.

Sitio de Uanauacá, más abajo de las cataratas de Sao Gabriel,

Río Negro, 28 de diciembre de 1851.

"Y así he avanzado sin impedimento hasta las entrañas de esta tierra, y antes de aventurarme a las cataratas (donde puedo dar una zambullida) aprovecho la oportunidad para mandarle a usted las semillas de un hermoso árbol Lythraceous que he recogido en mi viaje río arriba. Crece en una orilla arenosa a 20 millas más arriba de la Barra, habiendo recogido flores en ella el 1º de octubre. Su estructura es casi idéntica a la **Lagerstroemia indica,** pero sus flores son todavía más vistosas; y como no veía ningún árbol a más de 25 pies de alto, estando todos revestidos de flores hasta la base, no dudo de que usted las hará florecer a 4 o 5 pies de altura. Parece ser una Physocalimma, género que no se cultiva (si nos basamos en las declaraciones de Paxton). Mis muestras no dan ninguna idea de la belleza de la planta, porque caí enfermo después de recogerlas, y las muestras casi se arruinaron antes de guardarlas en el papel.

Partí de la Barra el 14 de noviembre, llegando acá el 18; buen viaje si se toma en cuenta que trabajé contínuamente, haciendo frecuentes altos. He disecado más o menos unas tres mil muestras en el viaje (número mayor a todas las plantas que he disecado en viajes anteriores), y estoy ocupado ahora en arreglarlas para empacarlas en una caja que quedará aquí para ser despachada a Pará. Fué

el dueño de este sitio (senhor Manoel Jacinto de Souza, teniente de policía) quien me proporcionó cinco de los seis hombres que componen mi tripulación. No tenían obligación de ascender más allá del Uanauacá; pero han accedido a acompañarme a Sao Gabriel, si yo les permitiera trabajar unos quince días en sus roças. Es una gran molestia mandar a buscar hombres a 1.000 millas de distancia, esperar tres meses, y luego tener que pagarles por el viaje tierra abajo y por el tiempo que me habían esperado en la Barra (llegaron inesperadamente), así como por el viaje tierra arriba. Y aún en estas condiciones me alegré de conseguirlos. Tan grande es la dificultad de conseguir hombres aquí, que yo pienso mudarme definitivamente a Venezuela. . . . . .

Querría ascender otra vez el Río Negro, porque me ví obligado a dejar tantas cosas buenas en sus orillas. Después de pasar Barcellos, casi todo era nuevo, y tantas plantas florecían entonces que tuve que limitarme a las que presentaban la mayor novedad en su estructura. Nada igual me ha pasado antes. Por ejemplo, me resigné a cerrar los ojos ante las mirtáceas, lauráceas, ingas, y varias otras. Entre la Barra y Uanauacá conté no menos de catorce especies de Lecythis (1) en flor, siendo todas, menos una, nuevas para mí. De éstas sólo conseguí reservas de cuatro o cinco; porque, fuera de la dificultad de conservar tantas especies, mis indios no querían seguir el trabajo una vez que se paraban. Y si usted toma en cuenta el tiempo que se pierde en cortar árboles (el árbol que yo le mando rara vez está en el margen mismo del río; usted tiene que abrirse paso hasta la base con machetes y después treparlo o cortarlo), comprenderá por qué planeaba mis colecciones de plantas cuando nos parábamos a cocinar nuestras comidas.

Aquí adjunto dos flores de un árbol leguminoso que florecía en todo el camino río arriba, adornando sus orillas. Es un heterostemon (notable género), pero no diré si ya ha sido descrito. Los pétalos son de un azul hermoso mezclado de púrpura, y el tallo de los estambres es rojo. No hay todavía vainas maduras, pero procuraré mandarle algunas.

---

(1) Género afín de! coco brasilero.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR QUITO
BIBLIOTECA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Como florecen a 10 pies de altura son muy convenientes para el cultivo. Pero la mayor gloria del Río Negro está en un árbol bignoniáceo (aparentemente un género que no ha sido descrito) de hojas en forma de cerco y una profusión de flores rosadas del tamaño de las de la digital. Alcanza 90 pies de altura.

Sólo las criptógamas me han sido difíciles de hallar en el río Negro, aunque siempre las he buscado. Este es mi balance de criptógamas: helechos, cero; musgos, cero; hepáticas, una; líquenes, 3 o 4 especies epífilas. ¿Habría esperado usted tal cosa del Río Negro? Francamente, yo esperaba algo más. En lugar de estas tribus hay, sin embargo, gran cantidad de Podostemons en las rocas graníticas que se perfilan en el río (volviendo muy peligrosa la navegación), pero todas están muertas y calcinadas. Aquí, como en Santarem florecen los Podestemons en el momento mismo en que baja el agua; es decir, a principios de la estación seca; pero si vivo no se me escaparán estas criaturas. Estando el fruto expuesto al sol ardiente durante seis o más meses en el año, no veo ningún inconveniente para que lleguen bien a Inglaterra en una carta; yo elegiré las muestras más grandes. Ellas deben germinar en piedras, especialmente graníticas, que salgan apenas del agua; aunque aquí nunca crecen en **aguas tranquilas,** siempre en cascadas o cataratas donde el agua se precipita sobre ellas.

Recibí malas noticias hace poco de mi amigo Wallace. Se encuentra en Sao Joaquim, en la desembocadura del Uaupés, un poco más arriba de Sao Gabriel; me ha escrito por intermedio de otra persona que casi se encuentra en trance de muerte debido a una fiebre perniciosa, que lo ha reducido a tal estado de debilidad que no puede levantarse de su hamaca ni tomar alimentos. La persona que me trajo la carta me dijo que no había tomado alimentos durante varios días, excepto el jugo de naranjas y piñas. Desde la época en que vine a Pará, la fiebre de Río Negro ha resultado fatal a dos de las personas mencionadas en el libro **Voyage** de Edward: Bradley y Berchenbrick, ambos eran jóvenes muy interesantes. El hermano menor de Wallace, que vino de Liverpool conmigo, murió en mayo pasado. El pobre había ido allá para embarcarse con rumbo a Inglaterra, atrapó la fiebre amarilla y murió a los pocos días.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El Río Negro podría llamarse el Río Muerto, pues nunca había visto una región más desierta. Cuando subí a Santa Isabel y al Castanheiro no hubo una sola alma, y tres pueblos señalados en los mapas más modernos, han desaparecido de la faz de la tierra. Tuvimos un tiempo hermoso al subir, y a esto debe atribuírse que yo y mi gente llegamos en buen estado de salud. . . . . .

El Sr. Wallace vino de la Barra más de un mes antes de mí, escapó de la fiebre en el camino, pero tan pronto como asentó sus pies en Sao Joaquim fué atacado. . . . . .

. . . . . .

Qué hermosa palmera es la **Mauritia carinata** de Humboldt. Es notable, porque crece en grupos, y mientras escribo esta carta distingo más o menos unos cincuenta tallos en la orilla opuesta. Es abundante en la parte superior del Río Negro. Crecería muy bien en sus jardines.

Al señor John Teasdale,

Sao Gabriel, Río Negro, 24 de junio de 1852.

. . . . . .

Cuando le dirigí una carta de la Barra, estaba a punto de emprender mi viaje por el Río Negro, una vez que mi canoa y los tripulantes indios necesarios estaban listos. Para usted quise copiar todo mi diario, porque pensé que le habría interesado; pero debo contentarme con unos pocos fragmentos. Me parece que el viaje fué un contraste perfecto con el que hice desde Santarem por el Amazonas, en una palabra, mi primer viaje agradable por Sud América. Siendo mía la canoa, era dueño de mis pasos; podía parar o seguir el viaje cuando yo quería. El camarote era también nuevo y cómodo. Era suficientemente amplia para colgar mi hamaca; además, me hice una buena cama de capas gruesas de la corteza del árbol llamado coco del Brasil (que usted encontrará mencionado con el nombre de Bertholletia); mis cajas grandes, alineadas a ambos lados de la canoa nos servían de mesas, y las pequeñas, de sillas; del techo colgué mi escopeta y varias cosas que quería estuviesen a mi alcance. El camarote delantero o **tolda da proa** estaba ocupado con canastos de farinha, unos pocos bushels de sal, y varias otras cosas que llevaba para el true-

que con los indios; servía también de dormitorio para los tripulantes cuando el tiempo era húmedo; de otra manera preferían dormir en la cubierta. En cuanto a mí, ya aleccionado por la experiencia respecto al peligro que implica dormir al aire libre en estos ríos, pasaba constantemente la noche dentro de la tolda, y a esto atribuyo no haber sido atacado de fiebre que tan fatal ha sido para tantos europeos, en el Río Negro. El fresco de la tarde y de la primera parte de la noche, especialmente cuando había luna, solía pasarlo sentado fuera de la tolda, pudiendo hacerlo sin ser molestado por los insectos que son el mayor tormento para los viajeros del Amazonas. Esta es la gran ventaja de viajar en aguas negras; ningún carapaná (o zancudo, como lo llaman los españoles) interrumpe el descanso del viajero. Recordaba a menudo lo que decía Humboldt en sus **Aspectos of Nature** (tomo I, pág. 215) respecto a la maravillosa nitidez con que se reflejan las constelaciones en las aguas negras. Nunca he visto con tan maravillosa claridad lo que se llamarían "los cielos de un mundo lejano" como cuando anclábamos en una tranquila bahía de Río Negro por la noche; pero al mover los remos, las estrellas se agitan y desaparece la agradable ilusión. En el Río Negro superior no faltan los insectos **de día,** en forma de dos moscas muy diminutas, llamados **pium** y **maruim** (los verdaderos "mosquitos" de los españoles), cuyas picaduras son muy molestas, causando hinchazón e irritación. Se encuentran en todas partes donde los ríos inundan las rocas graníticas (como en Sao Gabriel), y especialmente en algunos afluentes del Río Negro de agua blanquecina. El fragmento siguiente es tomado de mi diario con fecha 12 de diciembre, escrito más allá de Santa Isabel: "Ayer y hoy me han atormentado mucho los maruim. Manos, cuello, pies están señalados por sus picaduras. Al tiempo que escribo estas líneas hay una nube de los mismos entre los ojos y el papel, y varios están festejándose con mis manos y cara". No es poca cosa estar expuesto a los mosquitos, pero me tranquilizo cuando puedo siquiera dormir. He hablado con mucha gente que ha visitado la Esmeralda, en el Orinoco, y todos confirman la verdad de la aserción de Humboldt respecto al tormento de los mosquitos. Me cuentan que es imposible realizar ninguna clase de trabajo durante el día.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN UNIVERSITARIA

La tripulación de mi canoa era de puro origen indio; gran ventaja, porque la menor gota de sangre blanca aumenta la insolencia e insubordinación de los indios. Cuatro de ellos eran Barrés, un Uaupé y un Manícoa. El último habia estado varios años en la Barra; resolvió visitar sus selvas nativas, con la circunstancia de que su madre y su hermana estaban establecidas en Sao Pedro, más abajo de las cataratas de Sao Gabriel. Muy pronto descubrí que tenía gran puntería, y le invité a quedarse a mi lado en calidad de cazador. Aceptó la oferta y me ha sido muy útil; porque ahora me encuentro en un país donde todo artículo alimenticio, fuera de la farinha, debe buscarse en las selvas y rios. Sao Gabriel es un lugar muy malo; no hay un plátano ni un huevo que pueda conseguirse por amistad o por dinero. Este indio, además de tener mi mesa bien provista de caza, me ayudó mucho en mis excursiones, no solamente para remar, sino también para trepar y derribar los árboles. Pero, aunque se trataba de un hombre muy activo y fuerte, estaba expuesto de vez en cuando a fuertes dolores del pecho y la espalda, como resultado de un gran esfuerzo hecho en Pará al descargar un barco. Estando conmigo cerca de seis meses, tuvo un acceso tan violento, acompañado de fiebre, que casi burló mis pocos conocimientos de medicina; de manera que, después de haber estado confinado a su hamaca varios días sin señal de mejoría, le permití ir a casa de su madre hasta restablecerse. Una persona que venía de las cataratas me dijo que todavía no mejoraba; y yo desespero ya de aprovecharme de sus servicios. Lo lamento, porque me parece que será muy difícil que encuentre otro tan bien adecuado a mis necesidades. Era talvez el único indio industrioso que he conocido, que nunca estaba contento cuando su "patrón" no tenía tarea que darle. Tengo ahora todavía otro indio, pero éste no llega ni a la mitad de la actividad del primero.

Sin embargo de la mayor docilidad de estos indios respecto a los otros que ya había encontrado, me causaron alguna molestia en la Barra mientras me esperaban durante diez días. Se presentaron sorpresivamente, cuando yo llenaba mis cajas y tenía que escribir mis cartas a Inglaterra. El amor a los "aguardientes", inherente tanto a los indios de América del Norte como de América del Sur, se encontraba en el fondo de la cuestión. Un hombre resolvió liquidar sus

bienes terrenales (con la única excepción de sus pantalones); es decir, hamaca, camisa, cuchillo, yesquero, con cuyo producto se emborrachó tanto que no pudo dar un paso en dos días. Y sin embargo, este mismo hombre, alejado de la cachaça resultó ser el mejor para el trabajo, siempre de buen humor, siempre el primero para trepar a los árboles cuya flor yo necesitaba. Los otros pedían dinero al patrón para comprar una barrigada (odre) de cachaça, y el patrón no tenía otro remedio que dárselo; porque, de otra manera, ellos no habrían tenido el menor escrúpulo de escaparse o de comprometerse con otro patrón. En todo el Amazonas y afluentes los barcos son tripulados por indios; y como estos últimos no son suficientes para el tráfico, los **negociantes** tienen la mala costumbre de robarse unos a otros los indios, yendo personalmente o mandando agentes con cachaça por la noche, emborrachando a los indios hasta la inconsciencia y luego arrojándolos a la canoa y zarpando inmediatamente. Cuando el indio se despierta de su embriaguez, se encuentra lejos del puerto y en un viaje que no se había imaginado. Pero a él le importa muy poco esto: se parece al asno para el cual lo mismo es servir al patrón que a un enemigo; conociendo de antemano que no habrá diferencia en el peso de la carga. Mis indios eran también tentados, pero ejerciendo cierta vigilancia sobre ellos pude conservarlos hasta el momento de la partida; y una vez lejos de la Barra, se portaron tan obedientes e industriosos como era mi deseo.

Cuando partí de la Barra tuve gran dificultad para conseguir provisiones. Debido a que las aguas del Amazonas no descendían como de costumbre, no se pudo conseguir pirarucú, que es considerado artículo de primera necesidad para un viaje. En reemplazo, el señor Henrique y yo compramos un toro, haciendo salar la mitad de él para mí. Compré también todas las tortugas que pude hallar en la Barra, comprando unas pocas más a un hombre que pude hallar saliendo de la desembocadura de un pequeño río cerca de Airao y con una carga de dichos animales (1). Sin

---

(1) Pocas veces se encuentran tortugas en el Rio Negro, salvo algunos de sus brazos inferiores. El pirarucú, en cambio, es un pescado exclusivo de agua dulce.

QUITO
MEMORIA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

embargo, no necesitaba hacer este gasto, porque mis hombres resultaron excelentes pescadores y casi no pasábamos un día sin comer pescado fresco. Casi nunca empleaban otra arma que el arco y la flecha; admirando en ellos, más que la puntería, el alcance de su mirada. Espiaban a un pez que se encontraba en la profundidad del agua y podían decir con seguridad de qué clase era, mientras yo no veía nada; y era interesante ver cómo se acercaban silenciosamente al pez en una montaria, hasta cuando éste se encontraba ya bastante cerca para dispararle la flecha que ya estaba lista. De esta manera pescaban en los gapós y en las desembocaduras de los igarapés. Para darle una idea de la habilidad de estos hombres le contaré que una mañana, en el lapso de hora y media, mataron veinte peces a flechazos en un igarapé, siendo el más pequeño de éstos más de lo que yo podía servirme en una comida. Mi cazador también nos sirvió muy buenos desayunos y cenas de aves y animales que cazaba con mi carabina. Solía entrar a la selva muy temprano sorprendiendo a las aves cuando todavía dormían en los árboles; en cambio yo no veía nada. De esta manera cazó aves selváticas, especialmente mutúns. Estas aves son tan grandes como un pavo, pero de alas, cuello y patas más cortos, y cuando están bien cocidas son una magnífica comida. Una noche nos la servimos en la cena, y todavía quedó suficiente para el desayuno. Otra ave, llamada inambú, muy semejante a nuestra perdiz, es para mi paladar la más sabrosa de todas las de estas selvas, de carne muy blanca y delicada. En nuestro viaje comimos muchas inambús. Las mismas aves se encuentran en las selvas de Sao Gabriel; entre las otras, hay unas que son sabrosas, y otras, como los papagayos y diostedé, que pueden comerse sólo cuando no hay otra carne. Cazamos también varios cuadrúpedos, tales como cutías (agoutis), puercos salvajes (pecarís), antas (tapir), etc., sin dejar de mencionar varias clases de monos, entre ellos, uno negro, llamado uaiapissá, considerado como un gran manjar.

. . . . . .

Una circunstancia que contribuyó a hacer el viaje más agradable fué el hermoso tiempo que tuvimos en la ida. La estación había entrado tanto cuando partimos de la Barra

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

que temia encontrarme sólo con tormentas y lluvias copiosas; pero nadie puede predecir el tiempo en Río Negro: cuando uno espera tener buen tiempo cae la lluvia y viceversa. A fin de aprovecharme hasta donde fuese posible de este favorable estado de cosas, consentí con mis hombres en viajar especialmente de noche hasta llegar a la región de las cataratas que principia un poco más abajo de Santa Isabel, después de la cual no hay más viajes por la noche. Así, cuando no había viento a medio día, elegíamos un lugar conveniente para extender mi papel al sol: una playa arenosa o una roca pelada, tales como las que habíamos encontrado en las islas más arriba de Barcellos; permaneciendo en ellas de 10 a 11 de la mañana y de 3 a 4 de la tarde.

Mientras descansaban mis hombres, yo trabajaba, secando las plantas y papeles y explorando los bosques cercanos en busca de flores. Cuando descubría un árbol elevado en flor llamaba a uno de los indios para que lo trepasen. Luego seguían remando hasta las 10 de la noche reanudando a las 2 o 3 de la madrugada. Desde la Barra hasta un poco más arriba de Barcellos nos ayudaron los monzones, y mi canoa, que no tenía otro mérito que su corte bonito, vogaba gentilmente, desafiando los más fuertes trovoados (tormentas).

Puede ser, como lo dice Humboldt, que "los peligros elevan la poesía de la vida", pero mi testimonio es que ellos deprimen la prosa de la misma vida. . . . . En mi caso, mientras el río estaba apacible y profundo, mi canoa vogaba sin dificultad y mis trabajos no se interrumpían; pero cuando el lecho del río principiaba a obstruírse con las rocas y la corriente se encrespaba, la ansiedad reemplazaba al placer, y en lugar de trabajar con mis plantas, tenía que vigilar la seguridad de mi canoa y de su contenido. Así, de la Barra a Santa Isabel tengo mucho que mostrar y poco que contar, y de Santa Isabel arriba, aunque puedo contar numerosas aventuras, sólo puedo mostrar las pocas plantas recogidas en sus márgenes. . . . . En muchos lugares el río adquiere una enorme anchura, sin que se pueda conocer con certeza la orilla norte. Frecuentemente está salpicado de islas, y muchas veces se expande en forma de lago, y si no fuera por la selva que descuella en la lejanía, sería invisible la orilla opuesta. La idea de un río salpicado de islas puede sugerirle a usted una variedad de vistas agrada-

bles; pero cuando usted sepa que todas las islas presentan el mismo nivel, estando revestidas de una selva ininterrumpida, siendo muchas de las islas tan grandes como Castle Howard Park, mientras que los canales interpuestos no son a veces más grandes que el Támesis en London Bridge, usted llegará a la conclusión de que sólo ofrecen un aspecto monótono al viajero. Cuando el río principia a estrecharse y sus aguas, a correr con una corriente perceptible, entonces las islas son más pequeñas, y cuando tienen rocas, ofrecen un aspecto pintoresco.

. . . . . .

(Partiendo de Uanauacá para ascender las cataratas, Spruce pasó la primera noche en la aldea de Sao José, en la orilla izquierda, donde había un inspector mestizo del Distrito, que conocía hasta la Guayana por el río Branco. De la puerta colgaba un viejo trabuco, empleado para asustar a los indios Macú que a veces se ponían turbulentos. Aquí pasó una alarma nocturna que es descrita como sigue.—Ed.)

A media noche, mientras estaba acostado y despierto en mi tolda, me asusté al oír un largo grito de mujer, seguido del disparo de un mosquete, y poco después por la explosión del trabuco del inspector y de otras armas de fuego. Habiendo durado esto varios minutos durante los cuales no cesaban los gritos salvajes, imaginé naturalmente que se trataba de un ataque de los indios Macús; llamé a mi piloto que descansaba en el camarote vecino para preguntarle qué pensaba de aquello. El estaba algo perplejo. Dijo que los gritos no eran los de gente que libraba un combate; sin embargo, los Macús podían haberse presentado en la selva vecina y la gente se esforzaba por alejarlos. De golpe, volviendo su cara al cielo, rompió en una risa que duró algún tiempo antes de que pudiera pronunciar palabras inteligibles. Finalmente dijo: "Es la luna, patrón, es la luna; salga y mire". "Dios nos libre" pensé yo, "pero ésta es una nueva forma de lunatismo que ataca a toda la aldea". Salté de la tolda para preguntar a Diana acerca de lo que pasaba. Pero aunque el firmamento estaba claro salvo unas pocas nubes ralas, y la luna debía estar más o menos en el cenit, no aparecía por ninguna parte. Noté inmediatamente que se había eclipsado totalmente; y en el

intervalo de un minuto mostró su cara obscurecida detrás de una nube pequeña que pasaba en momentos en que yo dirigía mis miradas a ella.

Supe por el piloto y por la gente esta mañana, que temían que la luna partiese definitivamente de ellos, y que los gritos y disparos servían para obligarla a volverse. Me preguntaron si en mi país hacíamos lo mismo cuando la luna presentaba signos de esconderse, y se sorprendieron al saber que nó. Las manifestaciones ruidosas fueron continuas, después se alargaban los intervalos hasta que el eclipse había pasado (1).

. . . . . A eso de las 10 llegamos a la más formidable catarata cerca de la gran caxoeira, donde el río está dividido en dos canales más estrechos por una gran isla; a través de ambos se extiende una hilera interrumpida de rocas que dan mayor fuerza a las cataratas. El lugar difícil era donde la playa granítica se introducía en la corriente, siendo inútiles nuestros esfuerzos para pasarla. Un sitio aparecía cerca de nosotros e invitamos a su dueño para que viniera a ayudarnos, lo cual hizo éste de buena gana. Tomé el timón, aunque estaba indispuesto para ello; el piloto saltó al agua con dos o tres para aplicar sus hombros a nuestra canoa, mientras el resto que permanecía a bordo tiraba de una cuerda asegurada a un punto de la playa. A nuestros pies había una roca hundida que nos pareció podría cruzar la canoa; pero lo que sucedió fué que ésta, chocando contra ella se desvió hacia un lado. La canoa dió media vuelta, arrancando la cuerda de manos de los hombres quienes saltaron inmediatamente al agua, sin cuidarse de la seguridad de mis artículos, quedando yo solo. Me adherí tenazmente al timón. La canoa dió otra vuelta y se desvió al otro lado, y todos pensaron que esta vez habría seguido bien su ruta; pero no pasó así: dió otra vuelta y se alejó de la roca, enderezándose al mismo tiempo. La puse con la proa a la catarata y la canoa se lanzó como una flecha. En unos pocos instantes llegó a un remolino de la corriente; en-

---

(1) Supe también después, que durante un eclipse los indios están acostumbrados a disparar un cierto número de flechas, recogiéndolas a la mañana siguiente, porque creén que con ellas no fallará nunca su punteria.

tonces pude aprovecharme de un pequeño reflujo para dirigirla a la orilla subiéndola a una pequeña bahía donde mis hombres se unieron a mí, prestamente. Todo esto tardó apenas más de un minuto; mientras estaba atareado no sentía ningún temor, pero cuando pasó la prueba me dí cuenta del peligro en que había estado, y me propuse no tomar a mi cargo el timón en las cataratas.

Tuvimos una pequeña conferencia, y yo resolví mandar a uno de mis hombres al otro lado del río a un sitio donde podían prestarnos ayuda. Después de una espera de dos horas, regresó mi montaria con un hombre, intentando otra vez el paso; pero también entonces habríamos fracasado si no hubiera sido por la ayuda de un viento ligero que principió a soplar. Y a pesar de este viento, avanzábamos pulgada por pulgada, tardando en el ascenso media hora, lo que en el descenso habría durado medio minuto.

10 de enero.—A las ocho de la mañana, el señor Pailhete me llevó a contemplar al otro lado del río las Serras de Curicuriarí, que se extienden justamente detrás de su sitio (un día de viaje, pero sin camino), y al lado Este del río Curicuriarí. . . . . Desde el lugar en que estábamos podíamos verlas muy bien, si no hubiera habido mucho vapor en el aire. El pico más alto tiene roca escarpada, salpicada de blanco y obscuro, y completamente inaccesible por el lado sur; pero podría llegarse a la cumbre tomando un camino que se encuentra entre ella y la montaña selvosa y plana de la derecha.

Esta tarde tuve ua excursión por la selva virgen, donde vi muchas cosas nuevas para mí, aunque pocas estaban en flor.

11 de enero.—Mañana oscura con una llovizna. Mi piloto y uno de los hombres del senhor Pailhete fueron de caza esta mañana, regresando a las 10 con tres mutúns. A medio día nos embarcamos, habiéndose aumentado nuestra tripulación con un Tapuya prestado por el señor Pailhete, que era un buen **proeiro** (timonel) y por uno de los hombres de Tochana, de manera que ahora teníamos siete remos. Pero las cascadas eran tan frecuentes que nuestra marcha era lenta. Esta tarde llegamos a la desembocadura del río Curicurriari a la hora del crepúsculo, preparándonos para pasar la noche.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL QUITO

12 de enero.—-Esta tarde llegamos a las 5 y media al pie de las grandes cataratas de Camanaos; vimos el principio de la caxoeira de Sao Gabriel e inmediatamente mandé a mi piloto en busca del "pratico das cachoeiras", un medio indio llamado Dyonisio; pero su sitio se encontraba a cierta distancia en la orilla izquierda (a la cual habíamos cruzado con mucha dificultad y peligro), y yo había calculado mal el tiempo necesario para llegar a ella. Era ya de noche cuando llegó mi mensajero, encontrando al piloto acostado con una herida en la pierna, causada por haber caído sobre los restos de un árbol. Por la mañana consiguió un substituto, un indio Tapuya llamado Quintiliano, que supongo sea muy inferior a Dyonisio.

13 de junio.—Esta mañana se presentó Quintiliano en nuestra canoa a eso de las 9; a las 10 seguimos el viaje. Nos ayudó todo el día una gente que trabajaba en una roca cercana; de manera que yo tenía once personas, y a veces más, bajo mis órdenes. Debido a que el agua era baja y a que mi canoa tenía el casco grande, nos causó mucha dificultad el paso de las cataratas, llegando en momentos a raspar la roca granítica. Había tomado la precaución de asegurar mis cajas pesadas contra las paredes de la tolda; fue una buena precaución, porque si no lo hubiera hecho así, cuando la canoa se inclinaba a un lado (lo cual no era raro), habrían chocado o caído unas contra otras, causando mucho daño.

Frente a la casa del piloto hay una catarata considerada como la más peligrosa. Aquí hay dos canales separados por una hilera de rocas graníticas; pasamos a lo largo del más ancho de los dos, cercano a la orilla derecha, sin mayor dificultad; pero en la estación lluviosa es necesario tomar el canal más estrecho; y la caída de agua es tan grande que la canoa debe ser descargada, pasando la carga sobre las rocas por encima de la cascada.

Nuestra marcha era como sigue. Supongamos que vamos a dar vuelta un punto de la roca granítica contra la cual golpea furiosamente el agua, o desciende de golpe unos pocos pies. Nuestro cable de cinco pulgadas era asegurado contra alguna roca distante del punto que íbamos a pasar; los indios lo llevaban allá, en parte por el agua, en parte por los bloques graníticos que sobresalían del

agua, tarea laboriosa y muy peligrosa; la extremidad que quedaba a bordo era enlazada al mástil; los remos fuertes eran colocados por pares a través de la tolda y asegurados de tal manera que los hombres pudieran hacer descansar sus pies contra ellos, mientras tiraban el cable sentados. Un cable más corto de tres pulgadas era también asegurado contra la proa, y dos o tres hombres uncidos a él, tiraban en dirección de la orilla, con el objeto de evitar que la canoa se abriera demasiado ante la fuerza de la corriente. Habiendo ocupado todos los hombres posibles sus puestos junto al cable de cinco pulgadas a bordo de la canoa, el piloto ponía la dirección de las cataratas hasta donde se necesitaba para despejar las rocas, y los hombres principiaban a tirar del cable con toda su fuerza. Si el agua tenía suficiente fondo, pasábamos sin contratiempo; siendo el único riesgo que los hombres no pudieran sostener bien la cuerda, cuando la canoa era dirigida violentamente contra las rocas; pero como yo tenía siempre hombres listos para afrontar esta contingencia, y como el piloto y dos o tres hombres saltaban siempre al agua y ayudaban para alejar a la canoa de las rocas, no sufríamos ningún daño. Además de este riesgo, había el de que se rompiera el cable, cosa muy posible, porque la piassaba es un material quebradizo; especialmente cuando la canoa es propia, uno vigila las vueltas que se dan con el cable alrededor del mástil, oyendo los crujidos que produce; felizmente nos escapamos de este percance también. Pero el mayor peligro es cuando alguna roca se encuentra bajo agua; la proa de la canoa pasa muchas veces sin tocarla, pero la popa choca contra ella. Teniendo la corriente ahora un punto de apoyo, se vuelve irresistible, ya que ordinariamente nuestro curso es más o menos oblicuo. Los hombres que sostienen el cable más corto son arrastrados bajo el agua, y si no se sueltan pronto, pueden ser despedazados; los que están a bordo procuran evitar la catástrofe; la canoa gira y se inclina a un lado; los hombres sostienen como pueden la cuerda y luego saltan al agua para impedir que la canoa se vuelque completamente y enderezarla en lo posible. Esto nos sucedió varias veces y una vez (el segundo día) creí que el caso estaba perdido, porque la canoa casi dió una vuelta de campana. Mi aparato de cocina era un viejo caldero (de manufactura gálica) dado por el señor En-

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

rique; éste servía de muy buena estufa, cuando se lo llenaba a medias de tierra y se colocaban sobre ella tres piedras. Lo habíamos colocado en la popa, y cuando nos ocurrió el accidente, a pesar de su gran peso, saltó de su puesto y cayó ruidosamente en el agua. Felizmente, el piloto había ya saltado al agua en dirección contraria, de otra manera, el caldero lo habría destrozado. Yo me despedí del caldero, pero cuando la canoa pasó la catarata, mis indios lo pescaron otra vez, sin necesidad de mis indicaciones. Añadiré que nos costó una hora de trabajo para alejar a la canoa de esta roca, pues, aún después de haber sido enderezada, se viraba nuevamente, y yo temía que se quedara ahí. Usted puede formarse una idea de su fuerza por la circunstancia siguiente. Una vez cuando subíamos una catarata por medio de cables que un hombre los había llevado en la montaria y asegurado contra una roca delantera, regresaba la montaria con toda la velocidad de la corriente y el hombre que estaba a bordo la acercó imprudentemente hasta nuestra canoa, siendo absorbida por ésta. El hombre tuvo la presencia necesaria de ánimo para agarrarse de nuestra canoa con una mano y manejar el remo con la otra; en un instante saltó a la canoa, pero la montaria pasó debajo del agua y reapareció volcada a varias yardas de distancia de nosotros. El mismo hombre no vaciló en saltar otra vez al agua, alcanzar la montaria, sentarse a horcajadas en ella, y habiéndola dirigido a una corriente más tranquila, la viró, le vació toda el agua que contenía con su remo, y se abrió paso otra vez por la corriente.

Mi posición era generalmente próxima al mástil, y mi ocupación se reducía a una vigilancia general de la canoa y su contenido, a estimular a los hombres, y ocasionalmente a prestarles ayuda cuando había espacio para mí.

A las 5 p. m. llovió, y toda la noche siguió lloviznando. Aunque nos retiramos muy temprano, los hombres estaban demasiado fatigados. En lugar de pescar o correr como en noches anteriores, los hombres encendieron la fogata y se dirigieron a sus hamacas.

14 de enero.—Este día ha pasado como los anteriores. Subimos una catarata muy alta, llamada Cojubí, donde fué necesario transportar la carga por tierra. En la estación lluviosa hay otra catarata formidable alrededor de unas ro-

cas pintorescas llamadas el Forno (en una de las más altas había una piedra plana sostenida por otras dos erectas y que tenían alguna semejanza con un horno de yuca); pero pudimos pasarla sin necesidad de descargar.

. . . . . .

15 de enero.—Me he levantado esta mañana con una sensación apenas concebible de disgusto y fastidio. La idea de tener que pasar otro día como los anteriores me deprimía horriblemente. La excitación tuvo tiempo para evaporarse produciéndose una reacción mental. Sin embargo, Sao Gabriel estaba a la vista y el sol aparecía muy hermoso y brillante, disipando las nieblas de las **serras** y tiñéndolas de oro. Para un espíritu inclinado a admirar las bellezas naturales, el efecto de esta escena era reconfortante; y habiendo contribuído a ésto una taza de fragante café "Richard se hallaba otra vez a sí mismo". Poco después de la partida tuvimos que ascender una catarata considerable; después de ésta había solamente otras de fácil travesía, hasta llegar a la más temible de todas, a la que se encontraba en las faldas de la colina grande, debido a una amplia playa arenosa que se extiende más abajo de ella, en la orilla izquierda del río. Aquí tuvimos otra vez que transportar por tierra la carga pesada. Una senda ancha ha sido trazada desde más abajo de la catarata hasta la ciudad, pero la distancia es mucho mayor que desde la parte superior de la catarata. Yo subí a pie para tener una entrevista con el Comandante, y me pareció el camino muy fatigoso: por todas partes colinas de granito calentadas por un sol despejado. Gracias a la recomendación del señor Manoel Jacinto, me había conseguido una casa, la mejor del lugar. Habiéndome asegurado de ésto, regresé para ver cómo arrastraban la canoa catarata arriba. Ahora no hubo escasez de brazos, porque varios soldados de la guarnición vinieron a prestar ayuda, atraídos probablemente por la espectativa de una pinga de aguardiente. Y sin embargo, tardaron una hora y media para superar la catarata, con quince hombres uncidos a los cables.

Me senté en una roca granítica, contemplando con mirada ansiosa el paso de mi pequeño barco; y cuando ella parecía haber dominado el lugar del peligro, se me quitó un peso de encima; y en mi espíritu agradecía a la bonda-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN QUITO AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

dosa providencia que me había traído sano y salvo en medio de los peligros del viaje, permitiéndome llegar a mi destino sin perder mi barco ni un solo artículo de la carga que para mí era inapreciable. No temo por mi vida. Durante la ascensión de las cachoeiras estaba vestido lo más livianamente posible, a fin de poder lanzarme a nado en caso de abandonar la canoa; pero felizmente no llegó la ocasión, aunque creo que habría podido salir a nado de cualquier lugar en que nos encontrábamos. Mis indios Uaupés no vacilaban en bajar a nado las cataratas más impetuosas; parecía, al contrario, que gozaban en hacerlo, y al nadar movían solamente las piernas, manteniendo extendidos los brazos a fin de protegerse la cabeza y el pecho contra alguna roca hundida que hubiera estado en la ruta. Era más de las 4 cuando habíamos descargado la canoa y almacenado mis artículos en la nueva residencia; el Tochaua y sus hombres no recibieron la paga ni fueron despedidos hasta la noche. Hallé espejos, que era lo que me habían pedido; uno de los hombres se llevó un par. Además de ésto les dí tercados (machetes). El Tochaua había trabajado poco, pero como me prestó los hombres, le regalé un hermoso pañuelo. Todos parecían muy contentos, y emprendieron alegres su camino. Era un grupo de hombres magníficos, siempre de buen humor; y cuando el patrón quería alguna cosa, se disputaban por complacerlo. Uno de ellos, llamado Ignacio, se había ofrecido para acompañarme durante mi estadía en Sao Gabriel, y yo acepté su ofrecimiento. Es un hombre alto, fuerte, hermoso, y parece ser de muy buenas inclinaciones.

16 de noviembre.—A las 6 p. m. el barómetro que está en el umbral de mi casa (situada frente a la iglesia) marcaba 30.470, y en la parte que está más abajo de la casa del Comandante, marcaba 30.570, habiendo pues, una diferencia de 85,5 pies.

. . . . . .

FUNDADA EN 1681 QUITO ÁREA HISTÓRICA DE ARCHIVO Y DOCUMENTACIÓN BIBLIOTECA

CAPITULO IX

LAS CATARATAS Y SELVAS MONTAÑOSAS ALREDEDOR DE SAO GABRIEL

(De enero 15 al 20 de agosto de 1852)

(Este capítulo ha sido hecho de dos cartas dirigidas al Sr. Bentham, la mayor parte de las cuales están dedicadas a describir los rasgos botánicos del distrito, las dificultades de viaje y de conseguir víveres, y otras cuestiones de interés que ilustran los tropiezos de un naturalista en estas regiones remotas. El resto consta de porciones del diario que tratan cuestiones de interés general. Estas comprenden una relación algo larga del ascenso a una de estas serras rocosas y aisladas, que tiene dos objetos. De una relación muy interesante de las curiosas selvas de caatinga en esta gran región granítica que presenta una diferencia tan notable respecto de las selvas comunes de la hoya amazónica; y en segundo lugar, muestra el gran trabajo y la pérdida de tiempo al hacer estas ascensiones, con resultados escasísimos. Aquí, como en otros casos, las plantas de novedad o de interés especial fueron recogidas en la parte baja, en la falda de las montañas; apenas había algo en la montaña, aunque la cumbre estaba revestida de selva. Esta circunstancia nos servirá para explicarnos por qué Spruce subía rara vez a tales montañas, y no hizo siquiera el menor esfuerzo para subir a la montaña Duida del Orinoco superior, aunque al partir del Amazonas inferior había hablado de hacer intentos "para escudriñar sus tesoros botánicos".

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR QUITO
AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Reproduzco también una descripción detallada de un festival indio, porque un gran número de lectores se interesan en las costumbres y folklore de los pueblos salvajes).

Al Sr. George Bentham
Sao Gabriel, Río Negro, 15 de abril de 1852.

. . . . . .

Era una gran ventaja viajar en canoa propia. La había adaptado de manera de trabajar cómodamente, almacenando mis plantas cuando ya estuviesen secas; además podía secar el papel en la parte superior de las toldas, cuando no convenía pararse a mediodía. Era también dueño de mis propios movimientos; podía parar donde y como yo quería, procurando tener a los indios de buen humor. Cuando el tiempo era frío no les gustaba ser interrumpidos en su tarea, pero cuando trabajaban bajo un sol ardiente, pedían un alto aquí y allá. Hacia el fin del viaje adquirieron la costumbre de observar los árboles en las tardes calurosas, llamándome si estaba ocupado entre mis papeles en la tolda: "O patrao, aikué potéra poránga" ("Patrón, aquí está una bonita flor"). Se entiende que yo regresaba a ver si se trataba de alguna cosa nueva, como a menudo así era.

Las Lecythis eran muy numerosas, y no tenía tiempo para recoger o conservar todas.

Quería recoger algunas en fruto, pero no veo una sola Lecythis aquí, en el gapó de las cataratas.

Las leguminosas (**diplotropis nitida** y otras variedades) se presentaban casi en todo el camino. . . . . .

La **Dicorynia Spruceana** (un árbol de 80 pies de alto) era muy frecuente y vistosa desde un poco más abajo de Barcellos hasta llegar a las cataratas. Cerca de las cataratas es reemplazada por otro árbol cisalpíneo (**Aldina latifolia**), que yo recogí en flor esperando también recogerla en fruto maduro.

Poco después de llegar acá mi montaria se desprendió de sus amarras precipitándose a las cataratas. Mandé a dos hombres en su busca. Pasaron toda la noche y al día siguiente regresaron con mi montaria que había sido encontrada por un indio honrado incrustada entre dos rocas. Me trajeron también una rama de un árbol en flor que re-

sultó ser una Dicorynia de hojas pequeñas. Tres o cuatro días más tarde bajé a las cataratas a recoger más; pero las flores habían desaparecido, y lo que es más extraño, sólo pudimos hallar el árbol del cual habían arrancado mis hombres la rama.

Las **Gustavias** eran bastante numerosas, pero se volvía difícil conservarlas, a causa del considerable número de orugas alojadas en ellas.

Mucha gente se sorprendería al saber que las Proteaceae son tan numerosas en las márgenes del Río Negro (en individuos, nó en especies) que comunican un sello especial a toda la vegetación. Conozco tres o cuatro Proteaceae (Andriapetala) de la tierra firme; pero nunca he podido hallarlas en flor ó en fruto. Todas las que he recogido hasta ahora (inclusa la de Santarem) son del gapó. Todas son notables por las hojas de las plantas tiernas: son polimorfas, pinadas, pinatifidas, o laciniadas, aunque esto no ha sido notado por Endlicher en el Andriapetalum.

El árbol más bonito de Río Negro es una bignoniacea que, parece, no ha sido descrita todavía. Si el género es nuevo, Ud. me permitirá llamarlo Henriquezia, en honor del senhor Henrique Antonij, oriundo de Livorno, pero establecido en la Barra do Río Negro por más de treinta años, que constantemente ha prestado ayuda a todos los científicos y viajeros, como Ud. podrá probarlo al leer todas las obras que han sido escritas sobre estos ríos.

. . . . . .

Más arriba de Uanauacá, todo se componía de cataratas; en Santa Isabel había pocas.

. . . . . .

No es una cosa agradable encontrarse sólo con cataratas en las excursiones. Dos veces he recorrido las cataratas en su extensión, de ida y regreso. Cuatro días estuve ausente, pero dos fueron perdidos. Hice un alto en la casa del piloto de las cataratas, llegando a tiempo para ver el principio de una de sus grandes **festas.** Contra mi voluntad fuí también obligado a ver el fin de ellas; porque nadie podría moverse antes de dos días de bebida y baile. Tenía interés

de oír la historia del descubrimiento del árbol de la yuca, cantada en lengua Barré; pero esto no compensaba la pérdida de tiempo; y Ud. no puede imaginarse cómo sufría en mi prisión, en una isla rocosa solitaria, rodeado de aguas espumosas, y donde no podía hallar una sola flor que no la hubiera ya recogido antes. Al regreso, pasamos todas las cataratas menores sin accidentes hasta llegar a la grande antes mencionada; aquí, al subir el bote por las rocas, éste se llenó de agua, y un gran paquete de plantas, de tres pies de alto, se mojó tanto que dos hombres apenas pudieron llevarlo. Dos vásculas, llenas de muestras frescas, flotaban en el agua; pero conseguimos apoderarnos de ellas, perdiéndose sólo unas pocas plantas que estaban sueltas en un canasto. Estaba muy cansado, después de haber permanecido en el agua desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde; y sin embargo, tuve que abrir el paquete mojado para transportar las plantas a un papel seco, tarea que me ocupó hasta la medianoche. Algunas de ellas estaban ya dañadas, porque las hojas habían principiado a desarticularse; pero Ud. aceptará las muestras tal como ellas están, porque probablemente no las hallaré otra vez. Todas las ventajas que puede tener Sao Gabriel como estación, por su interesante vegetación, se pierden ante las grandes desventajas, y me atrevo a decir que, si yo hubiese principiado a recoger mis colecciones aquí, muy pronto habría renunciado presa de la desesperación. La casa que habito es muy vieja; el techo alberga ratas, vampiros, escorpiones, cucarachas y todas las pestes posibles; el piso, que es de tierra pura, está minado por la hormiga saúba, con las cuales he tenido terribles luchas. En una sola noche se llevaron toda la farinha que yo podía comer en un mes; luego hallaron mis plantas secas, principiando a cortarlas y llevárselas. Las he quemado, fumigado, ahogado, pisado, en una palabra, me he vengado de tal manera, que creo que ahora ninguna saúba se atreve a presentarse en mi casa, pero siempre necesito vigilarlas. Fuera de ellas, las termitas, que son mucho más insidiosas al acercarse, pululan en mi derredor. Han roído ya una toalla, abriéndose camino hasta una caja de fresno, pero felizmente no hallaron nada que roer. Pero el mayor fastidio de Sao Gabriel es uno que yo no había previsto. Casi los únicos habitantes de la ciudad son los soldados de la guarnición, y ¿sabe Ud. cómo son

AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CULTURA

reclutados? Cuando un hombre comete un crimen castigado con trabajos forzados, es inscrito y destinado a uno de los puestos fronterizos. Así, de los catorce hombres que componen la guarnición de Sao Gabriel, no hay uno sólo que no haya cometido algún crimen serio, y por lo menos la mitad está compuesta por asesinos. Juzgue Ud. si yo tengo alguna seguridad de vivir en mi casa. Dos veces han entrado durante mi ausencia, robándose dos galones de alcohol, una cantidad de melazas y vinagre, y otras cosas más.

En mi casa viven conmigo dos indios: un cazador y un pescador. Siquiera uno de ellos es indispensable para impedir que yo muera de hambre; porque aquí no hay nada que comprar, ni un huevo ni un plátano. Mandé a buscar la farinha en el Río Uaupés. El cazador vino conmigo de la Barra. Tiene magnífica puntería y me provee de caza. Me es también muy útil para trepar los árboles y remar, dos cosas en que no es superado. Pero es terrible cuando se trata de la cachaça, como la mayor parte de los de su raza. Conseguí traer a uno de los indios Uaupé, que vino conmigo de Uanauacá, en calidad de pescador. Lo tenía ya cerca de dos meses cuando el comandante del fuerte lo tomó para el servicio del correo a la Barra. De la siguiente manera obtienen los indios que llevan la canoa del correo. Un destacamento de soldados es enviado de noche para introducirse en los sitios, tomando a todos los hombres necesarios, que son encarcelados inmediatamente hasta el día de la partida, y si oponen resistencia, son aherrojados. El viaje dura cincuenta días, por término medio, y los pobres diablos no reciben ninguna paga ni víveres en este tiempo. Sin embargo, el indio no muere nunca de hambre, si su hermano de raza tiene víveres; llaman al sitio más próximo y se aprovisionan de tiempo en tiempo. Pero este procedimiento es una desgracia para el gobierno, y no debemos admirarnos de que los indios se escondan en las selvas cuando sospechen que el correo va a ser despachado. En estos pocos días he tenido la suerte de contratar a otro pescador. Vale la pena tener a estos hombres en mi compañía, durante las excursiones, porque no es cosa aconsejable aventurarse por las cataratas con menos de dos remos.

. . . . . .

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 ARCHIVO HISTÓRICO DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Las serras que rodean a Sao Gabriel fueron las que me indujeron a establecerme aquí. Principio por la más baja que se eleva detrás de Sao Gabriel. En los arroyos que corren en las faldas recogí algunos helechos, pero en la serra misma, nada. Entonces emprendí el ascenso de una serra que aparece en frente, en la orilla derecha, siguiendo un medio día de viaje río arriba. En el mapa de Schomgurgk está marcado con el nombre de Monte Wanaripaman, pero nadie lo conoce con este nombre. El nombre indio es Urucú-initéra (o sea la colina del Anatto), pero es más conocida con su nombre portugués de Serra de Gama. . . . . Conseguí subir al punto más alto de la serra, pero me costó más de una semana, y aquí mismo resultó la serra desprovista de novedad, estando revestida de selva en la cumbre, pero sin agua, con excepción de las faldas. Está a mil seiscientos pies de altura respecto de Sao Gabriel. Todas estas serras son masas abruptas de granito que se elevan en la llanura. Ud. no puede imaginarse el trabajo que significa subir por ellas; en la falda están obstruídas por bloques tan grandes como iglesias, todas envueltas en selva y enmarañadas con las enredaderas. En la caatinga que se encuentra en la falda de Serra de Gama recogí una interesante colección. Hay también otras caatingas o sean "selvas blancas" en los alrededores: el suelo es una capa blanca arenosa, asentado sobre granito; los árboles son bajos; apenas hay enredaderas; los troncos cuentan con helechos y orquídeas; las ramas, con hepáticas. Los helechos son muy interesantes; las orquídeas son numerosas pero poco importantes; las hepáticas son pocas en especies. Apenas muy pocos de los árboles están en flor, pero parecen ser muy peculiares.

. . . . . .

Ahora estoy entrando a otra gran región del Guaraná. He visto pocas plantas en los sitios; pero se cultiva el Guaraná al otro lado de la frontera y se lo usa en gran cantidad. Los indios Barré de Venezuela lo toman en gran cantidad; especialmente de mañana, en lugar del café; usan solamente la baya fresca, raspada y sin azúcar. El nombre que le dan es cupana. . . . . .

Al Sr. George Bentham

Sao Gabriel, Río Negro, 18 de agosto de 1852.

Desde la última vez que le escribí, muy poco he podido añadir a mis colecciones. Hace unos tres meses se enfermò gravemente mi cazador, y talvez no será capaz de hacer otro esfuerzo más. Estando mi indio incapacitado vino la festa de Sao Gabriel, principiaron en la víspera de la Ascensión durando más de un mes. En este tiempo nadie habría pescado ni cazado; además, la pesca era difícil con anzuelo, debido a la creciente de las aguas. Nunca he estado tan cerca de morir de hambre. Me ví obligado a terciarme el arma al hombro y salir de mañana a las caapoeras en busca de papagayos y japús. A menos que lloviera copiosamente, siempre conseguía algo para mi comida; pero una vez pasé tres días enteros a base de xibé (farinha mezclada con agua), que suelen tomar por varios días, y a veces sin otro alimento; pero a una persona no acostumbrada a él, le causa gran flatulencia sin aplacarle el hambre. Cuandc los arroyos principiaban a crecer, las especies mayores de animales se escondían en el bosque, siendo necesario avanzar por agua hasta alguna distancia, pernoctar en la selva para poder sorprender a los animales en la madrugada. Pero es casi inútil para una persona que no haya estado acostumbrada desde su infancia a caminar por la selva, venir acá y espiar a la presa. La presa necesita la mirada aguda de un indio.

Tanto me absorbía la caza matinal, que apenas me quedaba un corto paseo por la tarde. Las cataratas, por su parte, se pusieron tan peligrosas que ya no podía aventurarme ni con tres indios en la montaria. Rara vez podía conseguir tantos. En los meses de junio y julio, apenas hubo unas pocas flores que recoger; ni un árbol estaba en flor en la selva, y apenas unos pocos, en el gapó. Aquí hay pocos gapós y, por consiguiente, las enredaderas leñosas y herbosas que solía recoger cerca de la Barra, remando por las copas de los árboles, casi no había aquí. Los árboles del gapò están principiando a florecer, y creo que subiré a tiempo.

. . . . . .

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Mi canoa está dando señales de no resistir mucho más tiempo. Como yo no entiendo nada de estas cuestiones he confiado enteramente en Henrique para comprarla; pero después supe que el hombre que me la vendió era un antiguo amigo del senhor Henrique, y que éste no había dejado de favorecer a aquel. Los barcos construídos aquí en Venezuela (como era el mío) no duran más de tres a cinco años; el mío tiene ya tres años de uso y apenas durará un año más.

. . . . . .

Las últimas noticias que he recibido de Inglaterra datan ya de un año. Ni periódicos ni otra cosa me llegan ahora. Me parece haberme despedido de la civilización.

. . . . . .

DIARIO (continuación) de enero a agosto de 1852.

LOS VAMPIROS

Sao Gabriel está terriblemente infestado de vampiros, y mi casa, de techo tan viejo, alberga una buena porción de ellos. Cuando yo entré a ocupar la casa, encontré manchas de sangre seca en el piso, que había sido extraída de los anteriores ocupantes por estos vampiros; mis dos hombres fueron atacados la primera noche, uno de ellos tenía heridas en las puntas de los dedos del pié, tres en un pie y una en el otro. Lo mismo ha pasado desde entonces cada noche, y los murciélagos no se detienen en los pies; muerden ocasionalmente las piernas, las extremidades de los dedos, la nariz, la barbilla y la frente, especialmente de los niños. . . . . .

Un caso curioso ocurrió a la familia de mi vecino después de mi llegada. Los niños eran atormentados por los vampiros, que los mordían cada noche en varias partes. Se notó que un gato era muy experto en matar vampiros en la entrada, al caer la noche. Una noche se permitió que el gato se quedara en casa, y cada vez que un vampiro se acercaba a la hamaca de un niño, el gato saltaba sobre él. A la mañana siguiente resultó que los niños no habían sido

mordidos ni una sola vez, y desde entonces fué el gato un guardián constante. Parece que el gato ya conoce su oficio, porque tan pronto como los niños se acuestan, el gato se localiza al lado de la hamaca. Pobre gato: tus buenas acciones rara vez convencen al mundo que ya te conoce con los nombres de "ingrato y pérfido". Desde mi niñez he amado a los gatos, y muchas señoras del vecindario me decían que por esta razón moriría soltero, lo cual tiene visos de realizarse.

Los borregos que pertenecen a los habitantes pasan a menudo la noche en las rocas graníticas cercanas a mi casa, y a la mañana siguiente dejan coágulos de sangre producidos por las mordeduras de los vampiros.

Este vampiro es una especie pequeña que tiene la membrana que une estrechamente las orejas. Un vampiro que conocí en mi casa de la Barra, de nariz delgada, era casi tres veces el tamaño de los actuales, y la membrana de unión era muy ancha.

Como yo llevo medias durante la noche, me envuelvo bien en mi sábana y además me cubro la cara con un pañuelo, he escapado hasta ahora a sus mordeduras; pero siempre vienen a mi hamaca en busca de un punto vulnerable. La mejor precaución contra los mismos es mantener encendida una lámpara toda la noche, pero por desgracia, el aceite es artículo muy escaso aquí.

Los cirujanos se enorgullecen de sus operaciones indoloras ahora, pero creo que los vampiros son muy superiores. Hasta ahora no recuerdo haber encontrado a una persona que se recordara al ser mordida por un vampiro; pero, en cambio, muchas afirman haber sentido al vampiro cuando están despiertas, e insisten en que baten las alas mientras succionan. La herida es de forma redonda en la piel (a veces se lleva un pedazo de carne, como me pasó a mí una vez), desprendida completamente como si la hubiera producido un cuchillo. La cantidad de sangre perdida, es generalmente muy pequeña, a menos que el vampiro haya conseguido succionar una vena delgada. Prefiere las puntas de los dedos del pie, después las de los dedos de la mano, y también la punta de la nariz.

Causan a veces grandes destrozos entre las aves que anidan al aire libre, succionándolas en la cabeza y extra-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

yéndolas a veces tanta sangre que puede producirles la muerte en tres o cuatro desangres. Tuve que matar una gallina una vez por esta razón.

En el fuerte los vampiros eran numerosísimos. Un soldado me visitó una vez a las 6 de la mañana, mostrándome sus pies tan cubiertos de heridas y de sangre fresca que al principio creí que había caído en una palmera espinosa. Todas las heridas eran producidas por las mordeduras de los vampiros, y en el dedo grande no había menos de ocho señales. Los dedos del pié, los talones y los tobillos presentaban huellas sangrientas.

Mi indio Uaupé estaba bastante desnudo cuando entró a mi servicio, fuera de una tanga que llevaba; yo le regalé tela para hacerse una camisa y un pantalón. Su compañero era sastre y cuando el pantalón estuvo completo, fuí testigo de la ceremonia del estreno. Ud. ha visto a un niño en Inglaterra cuando recibe su primera ropa de botones; aquella mezcla de incomodidad y de satisfacción que muestra; los pasos torpes que da; cómo tuerce vanamente su cuello para poder contemplar las partes posteriores del vestido (recordándome varias veces a una pava o cosa por el estilo). Imagine todos estos movimientos exagerados en un joven robusto de veinte años, con una actitud ingenua, y Ud. tendrá una idea de la figura de Ignacio en aquel momento. Me divertí mucho, pero evité reirme para no herir los sentimientos del mozo.

Una de las cizañas más comunes en Sao Gabriel es un Solanum (**S. Jamaicense**), de 4 a 6 pies de alto, que alimentaba a millares de hemípteros negros en la penumbra de la noche y cerca de la salida del sol en una mañana del mes de enero. Cuando buscan comida revolotean en enjambres alrededor de las plantas ennegreciendo las matas. Estando de piés en la puerta ví que un enjambre de estos insectos rodeaban un Solanum cercano. Tomé una botella pequeña y principié a llenarla de insectos; pero aunque ahuyentaba a más del doble de las que puse en la botella, las restantes dejaron la mata casi pelada. Tiene de una pulgada y cuarto a una pulgada tres octavos; es notable por su tórax diminuto y por su abdomen hinchado y que sobresale más allá de las elitras.

EXPEDICION A LA SERRA DO GAMA

Poco después de llegar a Sao Gabriel tracé un plan para subir a las Serras que se encuentran un poco detrás, a un día de viaje por el río, en su orilla derecha. El sitio más inmediato a sus faldas está ocupado por un anciano, casi de setenta años, llamado Gama, habiéndola ocupado su padre antes de él. Desde entonces estas serras son conocidas sólo como "Serras do Gama". . . . . .

El viernes, 5 de marzo, me trasladé con mi equipo al sitio de Gama, de donde mandé a uno de mis hombres a Sao Joaquim a comprar una ubá, porque mi pequeña montaria era ya insuficiente para luchar contra las cachoeiras. Durante su ausencia me ocupé en explorar los alrededores de la casa de Gama.

La caapoera está compuesta de árboles más altos que de ordinario, pero delgados. . . . . .

Adyacente a la caapoera había un terreno de caatinga, una capa delgada de arena blanca y granito. No hay Selaginácеas en el suelo, y pocas son las enredaderas de la selva que, por esta razón es transitable. La masa de la vegetación está compuesta por un árbol cesalpinio (recogido también en la caatinga de Uanauacá) que no pasa de 50 a 60 pies de alto. Hay también árboles más elevados y más gruesos. Los intersticios están ocupados por árboles más pequeños, de ramas débiles (inclusas dos melastomáceas, otros que por su estructura parecen ser oleáceas, y unos pocos más). La más frecuente es la amyridea. Todos son notables por sus tallos delgados que no exceden los 10 o 15 pies, de ramas largas, raquíticas, irregulares y débiles. Las pocas enredaderas son, en su mayor parte, herbáceas.

Un acanto, cuyos tallos suculentos se arrastran por medio de raicillas y ocasionalmente se enredan, es frecuente en los árboles más pequeños, y rara vez llegan a más de 3 o 4 pies. Pero más frecuente que todas es una orobanca, cuyos tallos leñosos, verdes y delgados son ramificados, agarrando fuertemente al árbol sostén por medio de raicillas anulares; algunas veces asciende los árboles más altos, pero prefiere la Amyridea, habiendo casos en que la mata,

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

de la copa del árbol muerto lanza una corona pendiente de ramas hojosas. Es uno de los sipós llamado Timbó-titica, tan útil para fabricar cuerdas, pero hay una clase mejor que ésta, de hojas más grandes y de tallos muy tiesos. Los tallos son algo quebradizos.

Más allá de la caatinga se extiende la caá-uaçú. Aquí gran parte de la vegetación baja consiste en una Myrsínea delgada, de 10 a 18 pies de alto, con penachos pendientes de flores pequeñas y pálidas, seguidas por drupas brillantes y negras del tamaño de la cereza silvestre. La misma es abundante en todo el camino de la serra. Es también algo frecuente una Rutácea (aparentemente, una especie de la Galipea), notable por su tallo simple que alcanza de 6 a 30 pies, con una corona de grandes hojas digitadas, y con racimos de flores color crema en la copa. Es una de las plantas conocidas bajo el nombre de Timbó para matar pescado. La Flor do Espirito Santo, de la Barra, una enredadera del mismo género, es también frecuente.

En las caatingas próximas a las serras los árboles son todavía más pequeños, estando cubiertos de musgos y Jungermannia hasta en sus ramas más pequeñas; las mismas tribus forman una membrana cónica en sus bases. Entre los musgos están enclavados helechos (varias especies de acrósticos), bromeliáceas y orquídeas, siendo esta última una especie de flores pequeñas. Los musgos crecen también en algunas partes del suelo y en troncos caídos.

En las caatingas de Uanauacá, que eran muy húmedas y aparentemente con agua en invierno (aunque no proveniente de la inundación del río), las raicillas surgen del suelo en una masa densamente tramada, llamada por los indios Samambaya (el mismo nombre dan a los helechos).

El miércoles, 10 de marzo, mandé a Gama a dos de mis hombres a despejar la senda de la serra, que ellos realizaron regresando por la noche. Pero no es una tarea muy fuerte trazar un camino por la selva. La parte más difícil es saber la dirección que se va a tomar, y en esto los indios son muy sagaces. El camino consiste en ramas medio quebradas e inclinadas a ambos lados por donde va a pasar el viajero, y ocasionalmente se corta un sipó cuando éste obstruye el camino. A veces se aprovecha del lecho arenoso de un arroyo, cuando el agua no llega a la rodilla; se lo recorre en alguna distancia y al hacer esto se doblan igual-

mente las ramas a cada lado. Esta trocha es muy difícil de seguir a un ojo poco acostumbrado, y cuando yo estoy solo me veo obligado a caminar con pasos lentos y vigilantes; pero un indio camina con la misma seguridad que si se tratara del camino real, y es imposible que se extravíe.

Señalamos la expedición para el día siguiente, pero mientras los hombres abrían la trocha en la selva, viene un mercader de Pará con un cargamento de artículos secos y húmedos, quien, habiéndose quemado su casa en Sao Gabriel, buscaba nueva residencia en el sitio de Gama. El piloto de la embarcación es hijo mayor de Gama. Como sucede a la llegada de un largo viaje, el mercader "festejó la llegada": hubo fuegos artificiales, bebida, baile, en el espacio de dos días, después de lo cual fué necesario un tercer día para reponerse de los efectos de la borrachera.

El viernes por la tarde, habiendo oído que el correo llegaba a Sao Gabriel, fuí a ver si había algo para mí, acompañado por el senhor Gama y por el mercader recién llegado. Al regresar fuimos sorprendidos por un tremendo tornado, que en dos minutos nos dejó mojados hasta los huesos. La lluvia caía en los ojos de los hombres de tal manera, que apenas podían ver cómo remaban. El rumor del trueno apenas podía distinguirse del de las cataratas. La noche caía, pero los relámpagos continuos iluminaban los objetos y nos encendían las caras con un fulgor espectral. Estaba sentado en la canoa, con la cabeza apoyada en las manos y las manos en las rodillas —la posición más frecuente en estas pequeñas embarcaciones—, y al llegar a nuestro destino, mi ropa estaba tan mojada que apenas puede dar un paso en la orilla, mientras el agua lluvia bajaba a raudales por mi pantalón. El sábado fué también obscuro y lluvioso.

El domingo por la mañana, 14 de marzo, a las 7, emprendí la marcha a la serra, acompañado por el senhor Gama y cuatro indios (mi indio Uaupé se había escondido en un sitio cercano a fin de no participar en la difícil empresa, y mientras ayudaba a varias mujeres a moler la caña, vino un destacamento de soldados, lo tomó en compañía de otros dos para mandarlo con la valija a la Barra). Llevábamos farinha para tres días, pescado asado para uno, una botella de ron, y toda la sal y ají que podíamos necesitar.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN INTEGRAL

Nuestras armas constaban de tres mosquetes, dos machetes y cuatro cuchillos. Habíamos caminado un poco cuando comprendí que era necesario seguir la marcha con los pies descalzos, debido al gran número de arroyos que se interponían. Los cruzamos más de veinte veces; el último que encontramos fué cruzado cuatro o cinco veces. Era el más grande; llegaba a 4 o 5 yardas de ancho en su parte superior; rara vez llegaba el agua a más de las rodillas; pero en época de inundación media cuatro pies. Se llama Uiwa-igarapé (o sea el río Flecha); no corre directamente hacia el río Negro, sino al Curicuriarí. Este último se desvía mucho en su parte superior respecto de la desembocadura. También las Serras de Gama pueden considerarse una continuación de las Serras de Curicuriarí, aunque entre las dos hay una interrupción. La Uiwa tiene un fondo arenoso y agua clara (no negra). En sus orillas elegimos un sitio para formar nuestras tiendas, habiendo llegado convenientemente cerca de la Serra. En sus arenas y en las rocas que emergen de ellas, recogí interesantes helechos. Junto a nuestro campamento (que alcanzamos a la 1 p. m.) había una gran Loureira, de 100 pies por lo menos y muy erecta. La picamos y un buen sorbo de la misma dos veces al día era parte de mi manutención mientras permanecimos ahí. La leche era menos densa de la que antes había encontrado, y los indios decían que la leche de todos los árboles semejantes corren más copiosamente en la estación húmeda que en la seca. Había también algunas palmeras Assaís y Paxiuba barriguda, talvez de más de 100 pies de alto.

Tres de mis hombres se pusieron a levantar un par de chozas, una con techo de Assaí y la otra con Paxiuba. Para cada una fueron elegidos dos árboles a una distancia conveniente para suspender las hamacas; y para sostener el techo se cruzaron varas cortas de un lado al otro de los árboles, formando triángulos. Acababan la construcción de las chozas cuando la lluvia que se anunciaba desde lejos, se descargó, durando hasta más de la media noche. Los otros dos hombres habían partido a la caza, regresando exactamente antes de la lluvia; cada uno traía un mutún. Nosotros habíamos matado en el viaje un mutún, de manera que teníamos suficientes provisiones. Encendimos el fuego entre las dos chozas, colocando una es-

taca para asar el mutún; pero, por desgracia, no habíamos almacenado suficiente combustible antes de que lloviera, de manera que pasamos casi media noche sin fuego. Nuestra situación era bastante triste. La lluvia enfrió tanto el aire que me fué imposible dormir hasta la madrugada. Más aún, no tenía ninguna colcha, porque había dejado la mía en casa para que mis hombres no tuvieran una carga muy pesada. La obscuridad era muy grande, porque hasta en medio día aquel lugar estaba alumbrado sólo por "una tenue luz religiosa" semejante a la de una vieja catedral; no había luna ni estrellas que disiparan la obscuridad. Las ranas nos dieron una serenata hasta la medianoche, con un conveniente acompañamiento de gotas de lluvia que caían en las hojas y rodaban hasta al arroyo. Y aunque escuchaba atentamente, no oía ningún otro sonido.

. . . . . A la madrugada oímos a un tigre (jaguar), pero era a gran distancia. Sin embargo, a la tarde siguiente, cuando regresábamos de la serra, los dos cazadores se internaron en la selva con sus carabinas, siguiendo las huellas de una cutía (agouti) y mientras la seguían, se encontraron inesperadamente con el tigre que parecía seguirla también. El cazador delantero apuntó al animal, pero erró el disparo, y el tigre, en lugar de retroceder, avanzó contra él. Se preparaba a atacarlo con la culata de su carabina cuando llegó el compañero y disparó, hiriendo al tigre gravemente; sin embargo, éste se retiró a un paso tan rápido que ellos no pudieron alcanzarlo.

En una de las chozas había espacio para dos hamacas, en la otra había sólo para una; los que no pudieron suspender sus hamacas, durmieron en el suelo, sobre frondas de palmera; pero a la noche siguiente, que fué hermosa y seca, colgaron sus hamacas en los árboles de fuera, manteniendo una fogata toda la noche.

15 de marzo.—Esta mañana antes del alba, los tres cazadores partieron en busca de caza, y como no regresaban, el senhor Gama y yo desayunamos solos y nos pusimos a trepar la serra. Seguimos el arroyo hasta que el suelo principiaba a elevarse a nuestra derecha; entonces nos alejamos del arroyo y principiamos el ascenso.

. . . . . .

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Seguimos buscando siempre el terreno más elevado, hasta donde lo permitieran los bloques graníticos y la red de sipós. Luchamos, trepando a veces por planos escarpados de piedras resbaladizas, ayudándonos con los sipós y las raíces que había en ellas, hasta que sentimos la necesidad de descansar. Nos sentamos, y sacando el barómetro noté que habíamos subido ya mil pies. Por consiguiente, me aseguré de que ya habíamos subido la mitad de la serra, y dí alientos a mi guía. Nuestros amigos restantes se unieron a nosotros en este punto y reanudamos la marcha. En corto tiempo dimos con un desfiladero estrecho que descendía rápidamente al lado opuesto, y juzgamos razonablemente que se trataba de un ribazo de la montaña unido al pico extremo. Los seguimos cómodamente, porque el ascenso era fácil y el suelo estaba desprovisto relativamente de enredaderas. La vegetación principal consistía en una Ubim-rana, con unas pocas plantas de Bactris. El senhor Gama creyó descubrir pruebas de viviendas que habían existido antes en este desfiladero por la ausencia de árboles de gran tamaño; hasta llegar a este puesto la selva había sido alta, y lo era igualmente más arriba hasta llegar a la cumbre. Pronto se presentó bastante cercano el pico, perfilándose en la niebla, y pronto se elevó tan abruptamente que temimos no poder ascender hasta él. Sin embargo, seguimos con mucha dificultad hasta llegar a una pared perpendicular de más de 40 pies de alto, en la cual se encontraban dispersos unos pocos sipós y arbustos, con ayuda de los cuales emprendimos el ascenso más fácilmente de lo que yo esperaba. Después de pocos minutos de un suave ascenso y tropezamos con una pared análoga que también la escalamos sin novedad, aunque con cierto recelo de hallarla mucho más difícil en el descenso. Después de esto, aunque el ascenso fué abrupto, no tuvimos que escarpar más hasta llegar a la cima: una plataforma ligeramente convexa de 20 yardas de diámetro, profusamente revestida de altos árboles y matas, la mayor parte de las cuales pertenecían a las mismas especies que habíamos encontrado más abajo. Por ejemplo, había algunas palmeras Inajá, algunas de 40 pies más o menos. Iba a plantar mi barómetro en lo que parecía ser el punto más alto, cuando noté que una gran colonia de avispas había ya tomado posesión de él, viéndome obligado a permanecer a una distancia res-

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

petable manteniéndolo a la altura del punto máximo. Durante el ascenso del pico nos encontramos en medio de una nube densa, mientras las gotas de agua que caían de los árboles nos mojaban. Aunque nos abrimos paso en la cima hasta un lugar desde donde habríamos tenido un buen panorama del resto de la serra y del río, y aunque esperamos algún tiempo, las nubes se disipaban sólo parcialmente y apenas mostraban el primer desfiladero que habíamos bordeado para llegar a la cumbre. El desfiladero parecía formar una sola cosa con la cima. Al llegar a la cima era medio día.

Al descender no era una vista muy agradable desde la cumbre de las paredes perpendiculares, pero no tuvimos ningún tropiezo. Mis piernas y brazos largos me ayudaban para poder pasar de una rama de sipó a la otra, sosteniendo mi vasculum todo el trayecto. Estas rocas estaban adornadas por masas colgantes de una gran Selaginella, plateada por dentro. Toda la roca era de granito. Descendíamos por el mismo camino que habíamos seguido, cuando bruscamente salió el sol y las nubes se disiparon rápidamente; pero ya no valía la pena volver a escalar 500 pies por el placer del espectáculo, aun cuando hubiésemos estado seguros de que el cielo seguiría claro.

Al regresar al día siguiente, pasé casi dos horas en la caatinga recogiendo una buena cantidad de helechos y hepáticos.

(Después de cuidadosas observaciones barométricas en la cima y la falda de la serra, y tomando el término medio en horas correspondientes durante todo el mes pasado en Sao Gabriel, se descubrió que la altura era de 1.635 pies; añadiendo a lo cual la altura de Sao Gabriel sobre el nivel del mar, por otras observaciones, podría estimarse la altura total en 1.800 pies, con un probable error de 50 pies. Spruce anota todos sus cálculos).

MODO DE OBTENER LA ZARZAPARRILLA

23 de marzo.—Hay un pequeño sembrío de Zarzaparrilla en un soto de bambúes un poco más allá de las cataratas, donde fuí este día con el propietario a presenciar la manera de arrancar las raíces. La planta elegida tenía cin-

co tallos a partir de la corona, y las numerosas raíces radiadas se extendían hasta tres yardas a cada lado. Primeramente desnudaban las raíces, y si la zarza hubiese sido la única planta que ocupaba el terreno, la tarea habría sido fácil; pero a veces son bastante difíciles de hallarlas por la intrincada masa de raíces de otras plantas, que deben ser separadas con un cuchillo o machete pequeño. La tierra, que forma una capa delgada, es raspada con la mano o con una vara puntiaguda. Estando ya peladas las raíces, lo cual representa el trabajo de medio día, y cuando las plantas son grandes y vírgenes el trabajo dura un día entero, las cortan en pedazos por su base, dejando las raíces más delgadas para conservar las plantas en su sitio. Una planta bien desarrollada producirá en el primer corte, de una a dos arrobas. Dentro de un par de años puede ser cortada nuevamente, pero el rendimiento será mucho menor; las raíces serán más delgadas produciendo menos almidón, como dicen los indios.

UNA FIESTA INDIA

El 17 y el 18 de abril estuve presente en un Dabocurí, o fiesta de los indios Barré, en una isla cerca de la base de las cataratas, un poco más arriba de la antigua aldea de Camanáos. La casa estaba bien situada en un terreno elevado; la entrada estaba adornada de árboles de café cargados de bayas, entre los cuales, además, había tres o cuatro grupos de palmeras Pupunha, y aquí y allá el árbol Cocura. Un espacio plano y semicircular de arena dura, frente a la casa, había sido preparado para los bailarines. Este lugar estaba bordeado por Ingas, bajo cuya sombra habían sido colocadas bancas con espaldares, y con asientos de tiras de palmera Paxiuba. Había sido preparada también una cantidad de cauim (destilado de la caña de azúcar); dos caramillos de Paxiuba, de cerca de 6 pies de largo (hechos por los indios del río Içanna) y tres o cuatro más pequeños; cierto número de gaitas de un solo internudo de las ramas más delgadas de alguna Cecropia, con un orificio practicado a un lado, por donde había sido extraída la pulpa y por donde ejecutaba el músico; una cantidad de

carajurú para pintarse los cuerpos, y una gran cantidad de coca o ipadú. La música principió temprano con la ejecución de caramillos y gaitas, y los invitados seguían llegando hasta después de las nueve. Entonces principió el baile con los hombres y muchachos que estaban dentro de la casa: formaron una ronda; cada uno llevaba la flauta a la boca con la mano derecha, y con la mano izquierda tocaba el hombro de la persona que estaba delante de él, luego se movían al son monótono y lento de las gaitas. Los pasos eran simplemente una sucesión de dáctilos: un paso largo seguido por dos cortos; el cuerpo se inclinaba con el paso largo y se enderezaba con los dos cortos. Después de bailar así unos minutos, se volvieron a la terraza, donde se les unieron las mujeres y las muchachas. Cada hombre pasaba el brazo derecho por el cuello de su pareja; la mujer pasaba su brazo derecho por la cintura de su pareja; el baile siguió con el mismo aire y melodía, pero gradualmente se aceleraba hasta parecer casi una carrera. Cuando los flautistas se quedaron ya sin aliento, se rompía la ronda y los bailarines con un grito general, se retiraban a descansar en los bancos o dentro de la casa. (Había también bancos y tablas, que parecían ser permanentes, colocados frente a la casa y debajo de las cornisas salientes). Después de un corto descanso, los hombres renovaron el baile, y así siguieron hasta cerca de las 3 de la tarde, cuando llegaron noticias de que el anfitrión de la fiesta y sus ayudantes habían llegado. Estos formaban un grupo igual al que estaba en la casa; traían consigo cierto número de aturas (canastos) llenas, algunas de ellas con yuca, otras con pescado cocido, además de canastas pequeñas de beijú y dos o tres alqueires (fanegas), de farinha. Cada invitado recibió un tambor hecho del tronco de **Cecropia pettata;** los de los hombres eran de 3 pies de largo, y 5 pulgadas de espesor, siendo el diámetro del orificio de 4 pulgadas; los de los muchachos eran más pequeños. Los orificios habían sido hechos mediante tizón, habiendo cerrado la extremidad inferior con hojas apiñadas con un mazo. Dos agujeros oblongos y rectilíneos habían sido cortados, uno cerca de otro, hacia la parte superior del tubo, que servía de sostén; se insertaba el pulgar en un orificio y los otros dedos, en el otro. La extremidad inferior, en el ancho de pocas pulgadas estaba pintada de negro; y en una extensión de un pié, es-

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

taba pintada de rasgos fantásticos, de acuerdo con el gusto del artífice.

Varias cortesías se cruzaron entre el donante y el dirigente de la fiesta; este último era invitado a ella con todos sus acompañantes y los regalos que había traído. Sin embargo, no se presentaron ante el resto de los invitados cerca de una hora, tiempo en el cual éstos se ocupaban en pintarse con carajurú; estando los hombres desnudos de la cintura arriba, se pintaban cuerpo, cara y brazos, y las mujeres, los brazos y la cara. Finalmente, aparecieron los nuevos invitados subiendo en hilera, golpeando el suelo con sus tambores, y al llegar a la terraza, formaron una ronda, siempre tocando el tambor. Trajeron cauim (ron) en grandes botellas y **cuyas,** que lo escanciaron en tazas pequeñas, y tazas de caraipé (alfarería) (estas últimas eran dos en cada extremidad de una caña corta del mismo material, pintadas con colores muy chillones). Los ejecutantes del caramillo encabezaron ahora la procesión, seguidos por muchachitos que llevaban las tazas de cauim; éstos dieron la vuelta a la ronda; uno por uno estos Ganimedes ofrecían las tazas a los ejecutantes del tambor, que estaban obligados por la etiqueta de estas fiestas a dar un sorbo de cada taza. Hombres y mujeres llenaban las tazas cuando éstas se habían vaciado, y después de que los tamborileros habían probado, era distribuído el cauim al resto de los invitados.

Todas las mujeres fueron enviadas al puerto para subir los regalos, que eran el aporte del dirigente de la fiesta.

El pescado, la farinha y el beijú (pastel de Port. Cassiwa) fueron depositados en la casa, y las raíces de la yuca fueron amontonadas frente a la casa. Las mujeres se pusieron inmediatamente a hacer caribé del beijú, llenando varias gassabas de él. Los tamborileros principiaron a bailar alrededor del montón de yuca; el paso era una especie de salto que se convertía después en galope, cantando al ritmo de sus tambores. Las canciones parecían estar divididas en una serie de estrofas, cada una de las cuales se terminaba con el estribillo. La primera canción era la leyenda del descubrimiento de la yuca. Anoto la traducción de la leyenda. Igual al árbol de la vida en el jardín del Edén, el árbol de la yuca se erquia solitario en medio de la selva. Era un árbol inmenso, más o menos como la samaúma de nuestros días; todos los mortales huían de él, cono-

QUITO AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

ciendo sus propiedades mortíferas. Finalmente, una ave enseñó a un indio como podía eliminar el veneno de la raíz, convirtiéndola en alimento. El ave se llamaba japú. Todos corrían a proveerse de la raíz maravillosa, hasta que el árbol no produjo más. Entonces se pusieron a cortar las ramas. Cada rama era del tamaño del tallo de la planta de yuca, tal como existe ahora, y siendo clavadas en el suelo, produjeron tubérculos semejantes a los de la planta afín. Cada rama principal daba una variedad diferente del resto; es decir todas las variedades de la yuca que ahora se conocen. Ahora puede llamarse con razón el árbol de la vida para los habitantes del Amazonas y sus tributarios.

Después venía otra canción contando todos los regalos que habían traído, y pedían al anfitrión de la fiesta que los aceptara. Parte de esta canción era como sigue: "Recibe, te lo rogamos, estos productos de la tierra y las aguas que tus hermanos te los ofrecen. No te los traímos para que nos pagues por ellos, sino porque en otros tiempos tus abuelos sirvieron a los nuestros su pescado y su harina, y como escanció su caribé (1); como tu padre lo dió también a los nuestros, y tú a nosotros y de hoy en adelante, tu hijo dará a nuestros hijos". Había mucho en este sentido, pero mi intérprete portugués hablaba tan mal el portugués, y sus ideas habían principiado a ofuscarse tanto por el cauim que había bebido, que ya no pudo hacerse entender. Habiendo terminado las canciones, fué retirado el montón de yuca, y los cantores se retiraron a la casa para refrescarse con caribé, que les fué servido en grandes cuyas. El dirigente de la fiesta distribuyó pescado a sus elegidos, pero éstos fueron muy pocos, y durante los dos días con sus noches que duró la fiesta, hubo quienes no probaron bocado, manteniéndose sólo a base de cauim e ipadú. Aquí recordaré que a intervalos de pocas horas se repartía el ipadú en grandes cuyas, con una cuchara rota, de la cual se servía cada uno, siendo la ración un par de cucharadas. Después de tomar una dosis de ipadú, ellos pasan generalmente unos pocos minutos sin abrir la boca, adaptando cuidado-

---

(1) El pescado, la farinha y el caribé son para los indios Barré lo que la carne, el pan y la cerveza para un campesino inglés.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

samente el ipadú a los resquicios de las mejillas, e inhalando su deliciosa fragancia. Apenas podía contener la risa al ver sus carrillos hinchados y sus miradas serias durante los minutos de silencio. Dos o tres veces tomé una cucharada, pero no me hizo insensible a los llamamientos del estómago, aunque sí a los del sueño, en cierta medida. Talvez tomé una dosis muy pequeña.

El ipadú no se chupa, sino que se deja que siga insensiblemente su camino al estómago en unión de la saliva. Me contaron que su uso en grandes cantidades no producía ningún mal efecto.

Cuando fué de noche encendieron luces en las esquinas de las terrazas; las luces eran suficientes para iluminar a los bailarines en sus movimientos. Ahora teníamos dos rondas, una de los tamborileros y otra de los flautistas. La primera era más vocinglera y sus movimientos más vivos; ésta era también favorita de las mujeres. La segunda ronda cedió el campo definitivamente a la media noche, contentándose el resto de la noche con el cauim y el ipadú. Como habría querido el lápiz de un Teniers para reproducir la escena que se desarrollaba ante mí. Los bailarines, con sus vestidos pintorescos, sus cabezas adornadas con las tiaras de plumas del diostedé, sus cuerpos rayados fantásticamente con carajurú (chica), y los largos tambores, cuyos golpes marcaban el ritmo de los pies, también pintados vistosamente, ocupaban el espacio abierto de la terraza, mientras alrededor del fuego o en los bancos, los viejos discutían provistos de cauim e ipadú; el resplandor del fuego y las sombras que aumentaban hasta confundirse con la obscuridad impenetrable de la selva, daba al conjunto un aspecto casi extraterreno. Los sonidos salvajes y algo tristes de su música aumentaban el efecto, y oídos a la distancia en el misterio de la noche, podrían infundir terror a una persona ignorante de la causa de tal música.

El baile no decayó hasta la salida del sol. Por la tarde hicieron una tentativa de renovarlo para la noche siguiente; pero el cauim había producido efectos tan maravillosos en la mayoría de las personas que éstas ya no pudieron moverse.

El campamento de la nación Barré se encuentra ahora en San Carlos del Río Negro, y sus representantes están dispersos por toda la región del Casiquiari hasta el May-

pures en el Orinoco. Parecen haber vivido al principio mucho más abajo del río, habiéndose extendido gradualmente hacia el norte. Todavía ahora en Castanheiro y Camanaos, por el sur, más abajo de las cataratas de Sao Gabriel, los antiguos indios son Barrés. El retrato de una india Barré llamada María, fué hecho durante mi corta estadía en el Castanheiro en mi viaje por el Río Negro.

(En los diarios originales no hay mención de que Spruce se haya detenido en Castanheiro o en sus viajes tierra arriba y tierra abajo. Probablemente hizo el retrato en un lugar cercano, llamado Mazarubi, donde se paró para comprar farinha en su viaje hasta Sao Gabriel).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CAPITULO X

EXPEDICION A LAS CATARATAS Y A LAS SELVAS INEXPLORADAS DE LOS UAUPES

(Del 21 de agosto de 1852 al 7 de marzo de 1853)

Este capítulo ha sido hecho de materiales fragmentarios. En parte, porque yo hice dos excursiones por el río antes que él, en parte porque la rica y nueva flora que halló ocupó todo el tiempo disponible en la recolección y conservación, Spruce no llevó un diario regular, excepto en los pocos días de excursiones por el río. Por esta razón, he tenido que valerme casi totalmente de las cartas que dirigió a sus amigos botánicos de Kew, y una que me dirigió a mí mismo cuando residía aquí. Hizo más de diez retratos al lápiz de los indios Uaupés, de diferentes edades y sexos, y aunque mi amigo no era ningún artista, era, en cambio, un dibujante cuidadoso; y por mi conocimiento personal de los indios (de varios que han sido dibujados), puedo asegurar que dan una idea exacta de los rasgos y expresión de este interesante tipo indio).

El sábado, 21 de agosto de 1852, partí de Sao Gabriel en dirección de Panuré, o San Jerónimo, en el río Uaupés. El río no había llegado a su límite de inundación del año pasado, faltándole más o menos tres pies, habiendo descendido ahora cerca de 4 pies; y sin embargo, la corriente era veloz. Tenía nueve indios, ocho Uaupés y mi propio Tapuya; y sin embargo, cuando llegamos a la base de la caxoeira de Sao Miguel, a la una de la tarde, notamos que eran

insuficientes. Me ví obligado a cruzar el río en mi ubá (pequeña canoa) a dos sitios en busca de ayuda. Era de noche cuando alcancé el más distante de éstos, permaneciendo en él hasta la madrugada; pero conseguí siete hombres adicionales para la jornada. Con ayuda de éstos, y con enormes dificultades, pasamos Sao Miguel. Persuadí a cuatro de ellos para acompañarme a Sao Joaquim en la desembocadura del Uaupés. Con toda esta tripulación tardamos cinco días para pasar todas las caxoeiras; permanecimos la quinta noche un poco más abajo de Sao Joaquim, donde llegamos en la madrugada del día siguiente. Tuvimos que descargar completamente la canoa para pasar dos cascadas. . . . . .

No llegamos a Panuré antes de la medianoche del martes, 7 de septiembre, haciendo 18 días en todo el viaje, mientras que en una montaria podían emplearse solamente siete. Sin embargo, me aproveché de los últimos trece días, haciendo una muy buena colección. El tiempo estaba regular para el Río Negro, pero tuvimos que tolerar algunas tormentas tremendas de truenos.

(Aquí se presenta un vacío en el Diario, por seis semanas, cuando Spruce emprendió un viaje corto a la caxoeira de Jauarité, por el mismo río; pero todo este tiempo estuvo ocupado en explorar la rica y nueva localidad que había hallado, sin tener tiempo para otra cosa fuera de su trabajo botánico. Tuvo la buena suerte de encontrar en Sao Jeronymo tres mercaderes blancos (brasileros o portugueses), que le hicieron muchos servicios, y cuya presencia facilitó la permanencia de Spruce durante cuatro meses en la localidad, como podrá verse por la correspondencia que doy más abajo.

En una carta dirigida a mí (que acababa de llegar a Inglaterra habiendo partido de Sao Jeronymo seis meses antes de que Spruce llegara) dice así:

"Sao Jeronymo está ahora muy activo. Hay dos blancos que construyen grandes canoas: Chagas y Amansio. Es agradable pasar el tiempo en su compañía; pero ocupan a casi toda la población en cortar madera, etc., de manera que no queda nadie para pescar, y la tierra no está ahora muy **farta** (bien provista). La gente se queja de haber pasado un mal invierno: "nao se-acha nada para se comer" (no se halla nada que comer). Debo decirle que estoy vi-

viendo en un cuarto de la casa de Agostinho (1); pero en verdad he ocupado toda la casa hasta hace tres días, cuando regresé de la Barra. Tengo tres indios a mi servicio, pero son **vadios** (vagabundos), pero creo que si estuviera solo tendría más **comeres** (comestibles) . . . . . .

Mis primeras excursiones alrededor de Sao Jeronymo fueron por agua a las caxoeiras, todas las cuales las he explorado en busca de carurús (Podostemas). La **estrada grande** es muy árida, pero una caatinga que se encuentra al norte del río y otra que está al sur del mismo, me han mostrado novedades. Varios días ha habido mucho sol, siendo las mariposas muy abundantes. Es incierto el tiempo que puedo permanecer aquí. Querría permanecer doce y aún quince meses, pero durante este período querría también ir a Marabitanas o a otra parte, en busca de tablas para hacer cajas. Estoy arreglándome ahora con Agostinho para que me acompañe hasta la cascada de Jauarité, viaje que dura cerca de quince días. No pienso permanecer ahí más de dos o tres semanas. Si voy a Juripari (la cascada del diablo), de la cual Dios le libre a Ud., será en enero con Jesuino".

Al fin de la carta dice: "No olvide contarme cómo llegaron Ud. y sus colecciones a Inglaterra, y especialmente qué progresos está Ud. haciendo en la lengua inglesa, y si ya puede hacerse entender por la gente.

Su fiel amigo y ex-compañero de estos desiertos,

RICHARD SPRUCE".

(El último párrafo de esta carta se refiere a la circunstancia que cuando nos encontramos en Sao Gabriel a mi regreso a Inglaterra, notamos que ninguno de los dos podíamos hablar inglés sin introducir palabras y frases portuguesas hasta formar la tercera parte de toda nuestra conversación. Hasta cuando decíamos: "hablemos inglés un

---

(1) Agostinho era un mercader brasilero joven que con su mujer, también blanca, se encontraba en Sao Jaronymo cuando yo estuve ahí, permaneciendo con él unos pocos días.—Véanse mis **Travels on the Amazon.**—Ed.)

rato", solamente podíamos hacerlo por pocos minutos a costa de mucha vigilancia, pero en el momento en que la conversación nos interesaba o teníamos que contar alguna anécdota venía otra vez el portugués.

Relataré aquí las varias cataratas que visitó, según el Diario, durante su excursión a la caxoeira de Jauarité con Agostinho, a que aludió un poco más arriba).

LAS CATARATAS Y UNA EXCURSION RIO ARRIBA

La primera catarata en el río Uaupés es la de Panuré, a menos de una milla más arriba de Sao Jeronymo. Panuré es el nombre antiguo de la aldea, habiendo sido últimamente restaurado. El río está dividido aquí en dos canales estrechos, en cada uno de los cuales hay una catarata peligrosa. La altura no es muy grande aparentemente, pero por la estrechez de los canales y las rocas obstructoras, las aguas son muy tumultuosas y hasta los indios que caen aquí perecen. La única persona que bajó por las cataratas de Panuré con vida es un muchacho indio que vogaba en una canoa que fué arrastrada por la corriente; se llenó de agua, dió vuelta de campana y fué absorbida por los remolinos en la base de la catarata. Después de haber bajado y subido varias veces, de haberse volcado, salió a flote finalmente, y el muchacho, que no se había desprendido de la canoa por un momento, resultó con pocas contusiones. La maravilla fué que ni la canoa ni el muchacho fueron despedazados, a pesar de que los más grandes troncos de árboles al ser agarrados por el remolino se precipitan al fondo o resurgen en fragmentos.

Hay un paso de media milla que asciende a un sendero que desemboca en la selva y que otra vez desciende al río hasta un punto que está mucho más arriba de la catarata; ésta se encuentra en la orilla izquierda. Remando menos de una hora llegamos a la cascada Pino-pino, donde hay cuatro cataratas separadas por islas. Estas son verdaderas cascadas, especialmente la de la derecha que es el camino habitual, y donde el agua cae en dirección perpendicular a unos 10 o 12 pies. Verdad que en el margen

mismo el agua tiene poco fondo, y se dice que las piedras son completamente secas en medio del verano, de manera que las canoas son arrastradas sin mucho peligro en lo que se refiere a las aguas. El peligro reside al acercarse a la catarata desde arriba, donde hay corrientes violentas y flujos, así como rocas sumergidas que requieren la mano experta de un piloto para dirigir la canoa y para acercarse a una pequeña habia en el borde mismo de la caxoeira.

Las cataratas de Pino-pino, con sus islas interpuestas, son muy pintorescas al verlas desde abajo. Aquí estaba situada la antigua aldea; mientras que Sao Jeronymo está en otro sitio.

Un poco más arriba y a la vista de las catáratas de Pino-pino hay una bahía en la orilla derecha, en el ribazo de la cual vive uno de los indios más poderosos del río: un Tariana llamado Bernardo. Su casa, llamada Urubú-coará (el nido del buitre), es una de esas grandes construcciones semejantes a iglesias que parecen haber sido antiguamente las viviendas ordinarias de estos indios; y contiene fuera de las familias de sus hijos e hijas, las de sus numerosos dependientes.

De la parte superior de Pino-pino, el río se ensancha otra vez, y en muchos lugares no hay la menor corriente perceptible; hay también un gapó más ancho que de ordinario más abajo de Panuré.

Entramos a las desembocaduras de dos igarapés que conducian rápidamente a caatingas. En todo el Uaupés, la mayor porción de la selva parece ser caatinga, y hasta donde he podido yo constatar, el informe es correcto. A dos o tres días de viaje, según el tamaño de la canoa, están las otras cataratas, las de Jauarité, y en la confluencia del río Paapurís, que entra por el sur. Las cataratas de Jauarité son iguales en extensión a las de Panuré, pero menos difíciles de pasar. El río Paapurís está lleno de cataratas desde la desembocadura hasta una distancia de tres a cuatro horas, donde hay una formidable serie de cascadas a través del río, llamadas caxoeiras de Aracapa. El río se precipita aquí por canales estrechos, entre dos islas y la tierra firme, a una altura de 15 pies más o menos, que en una catarata es casi perpendicular. Las canoas son arrastradas a través de una de las islas, talvez a una distancia de 30 yardas, por un sendero que ha sido aplanado parcialmente

sobre las rocas, en medio de la selva baja. El paisaje es realmente hermoso, con pequeños sitios de indios en las cercanías. En las rocas hay también la mejor y más clara escritura pictórica que yo haya encontrado. Este es, además, el único caso de una tradición segura relacionada con su ejecución. (Esto se describe al fin del capítulo XXVII).

. . . . . .

A pocas horas de la desembocadura del río Paapurís hay una malloca de indios Pira-tapuya, y un poco más arriba hay otra de indios Tucano. Cerca de las aguas principales (de las cuales hay un corto paso por tierra a un afluente del Japená) está el país de los indios Carapaná.

Más abajo de la cascada Jauarité, es decir, justamente en su base, está la población del mismo nombre, o a veces Povoaçao de Callistro. Esta tiene unas veinte casas, dispuestas sobre todo, a lo largo de una orilla escarpada, que es de arena roja en la parte superior y rocosa en la base. El número de palmeras Pupunhas (1) que se elevan en grupos en las faldas de la colina y entre las casas dan una bonita apariencia a la aldea. En la parte posterior de las otras casas se eleva la gran casa del Tushaua, ahora en notable decadencia y casi derrumbada por un lado, de manera que no podría asegurar su longitud original, pero su ancho, en el interior, es de 76 pies (2). Extendiéndose de esta casa en dirección de la selva hay un sendero arenoso, que excede un poco el ancho de la casa, que constantemente está despejado y aplanado para los bailes de los Dabocurís. A los lados hay varios árboles Umirí de tamaño considerable; aquí y allá se entrelaza el indispensable Caapí (poderoso tóxico), que ha sido plantado a semejanza del Umirí.

---

(1) En sus **Aspects of Nature** Humboldt describe a la palmera Pupunha (Piriguao o Pijiguao, como se llama en Venezuela) como una planta que tiene un tronco pulido, de 60 a 70 pies de alto; pero en su **Personal Narration** dice correctamente que tiene un tronco espinoso de más de 64 pies de alto. Después, al determinar cuáles son los que él considera como requisitos para la belleza de las palmeras, habla de las frondas del Piriguao **que se elevan al cielo,** al mismo tiempo que **se afirman en la tierra,** siendo las frondas plumosas y colgantes de esta palmera uno de sus rasgos más notables.

(2) (Yo calculo la longitud en 115 pies (**Travels on the Amazon,** pág. 198), y he hecho un dibujo de la misma, que aparece en mi libro **Palms of the Amazon,** Pl. XXXVI.—Ed.)

Callistro (o Uiáca), el Tushaua de los Tarianas era un anciano interesante, con una cabeza —en sentido literal y figurado— que no habría sentado mal en un europeo. Los mercaderes brasileros no lo querían mucho, pero no hallé otra razón que la de que no se dejaba engañar ni ultrajar por ellos. Me permitió hacerle un retrato, y los indios se encantaron tanto con el parecido que tenía, que yo creo que todos los miembros de la tribu vinieron a contemplarlo.

(El ejemplo de su jefe sirvió para que otros estuvieran dispuestos a dejarse hacer retratos. Cáali, el hijo más joven de Callistro; y Anássado, la nieta de Callistro, una niñita de seis años, fué retratada sentada en su hamaca; todos éstos muestran los rasgos característicos de los indios en diferentes edades. Otras dos mujeres: Cumántiara, hija de Bernardo, el cabecilla de Urubú-coará, antes mencionado, y Paramháada, una niña de quince años; ambas de la misma tribu de Callistro, son muy buenos tipos de las mujeres indias; pero Spruce explica que las más jóvenes y bonitas eran tan tímidas que no se dejaron retratar por un blanco extranjero.

Todos los mencionados son indios Tariana, la tribu más extensa en el río Uaupés; pero también hay retratos de individuos de otras tres tribus: los Pira tapuyas (indios peces), los Tucanos y los Carapanás.

De los pira-tapuyas, el joven, Icanturú, tiene cerca de veinte y cinco años de edad; la mujer, Tscheno, tiene cerca de cuarenta. El Carapaná es un joven llamado Cuiauí, probablemente menor de veinte. El Tucano es un viejo llamado Kumano, probablemente entre los cincuenta y sesenta años de edad; mientras que Yepadia, mujer de Cáali, es también una Tucano. Todas estas cuatro tribus se unen entre sí, y tienen pocas diferencias físicas, aunque hablan diferente lengua o dialecto. Debido a la completa falta de barba y a la costumbre de llevar el pelo largo, los hombres más jóvenes se parecen a las mujeres; pero se notará que en el caso de tres de los hombres y mujeres jóvenes los rasgos son muy regulares, y fuera de la ligera oblicuidad de los ojos, poca diferencia presentan respecto de los europeos. Sin embargo, los indios Uaupés se cuentan entre los mejores tipos de indios de la América del Sur.

El fragmento siguiente de una carta dirigida al Sr. Bentham explica por qué Spruce no pudo ir más arriba del

río Uaupés ni permanecer en Sao Jeronymo más tiempo, como lo habría hecho en condiciones más favorables.

Al Sr. George Bentham
San Carlos del Río Negro, 28 de junio de 1853.

. . . . . Resultó impracticable ascender el Uaupés por varias razones, siendo la primera la imposibilidad de llevar un buen stock de papel y artículos —en lugar de dinero— en una sola canoa, por un río tan lleno de cataratas; y aquí sentí especialmente lo que me había hecho tanta falta desde mi partida de Pará: un compañero fiel, acostumbrado a la navegación y a tratar a los indios. Además, en Panuré no tuve ningún lugar seguro para dejar mi bulto de artículos: sólo hay casas de indios, con puertas frecuentemente de paja y, como es natural, sin cerraduras. Tuve la suerte de hallar tres blancos —dos de ellos con sus familias— establecidos en Panuré durante el verano, para que me construyeran canoas grandes; y si no hubiese sido por éstos, no habría sabido cómo permanecer ahí, una vez que mi casa podía ser allanada en cualquier momento que yo hubiese estado ausente. Solía confiar mi casa a la mujer de uno de los blancos (1), y si no hubiera sido por ella, algunos indios la habrían asaltado, porque habían conseguido ya practicar un horamen cuando ella los sorprendió. Con gusto me habría quedado para completar el año en Panuré, porque hasta entonces no había tenido una estación tan rica en plantas, y no era tan mala respecto a comestibles; pero me pareció inconveniente permanecer ahí solo, y partimos todos los blancos el mismo día.

. . . . . .

(Unas pocas líneas de una carta dirigida a mí (fechada en "San Carlos. 2 de julio de 1853"), y referente a su vida en Sao Jeronymo, servirá para conocer la relación de su visita a la región casi desconocida y muy interesante del río Uaupés).

---

(1) Agostinho, a quien se refiere en la carta dirigida a mí.—Ed.

"Fuera de mí había tres blancos en el lugar: Agostinho, Chagas y Amansio, todos los cuales construían grandes canoas. Generalmente comíamos todos y pasábamos alegremente las veladas "a rir ed a nos divertimos" (riéndonos y divertiéndonos). Ud. que va de noche a las reuniones de las Sociedades Geográficas tal vez despreciará nuestra manera de pasar el tiempo, y sin embargo me atrevo a decirle que de cuando en cuando le habría gustado oír cuentos de "frades e moças" (frailes y muchachas), y de hombres que podían convertirse en bútas y cobras grandes. Todos partimos de Sao Jeronymo. Ud. conoce a Chagas, "un homen muito serviçal" (hombre muy servicial) y un gran pícaro, con una cara exactamente igual a la parte posterior de una rana de Surinam. Me prestó mucha ayuda en mis "passeios", etc., y tenía especial placer en engañarme en nuestros pequeños negocios. Mandó otra expedición a Paapurís para robar curuminis y cunha-tas (muchachos y muchachas), estando su amigo Bernardo a la cabeza de ella. Yo mismo fuí una especie de cómplice, habiendo prestado una carabina al Tushaua Joan (Bernardo), aunque no supe para qué me la había pedido. Por ésta y por otras hazañas nuestro amigo Chagas está ahora en la prisión de la Barra, pero no sé todavía cuál va a ser el resultado (1).

(Dos cortos ensayos pertenecientes a los Uaupés aparecen en el Diario, y servirá para terminar adecuadamente este capítulo).

COSTUMBRES CON MOTIVO DE MUERTE Y SEPULTURA

1853.—El 2 de enero murió una anciana en Panuré. El fallecimiento ocurrió a mediodía, y los parientes que estaban presentes principiaron las lamentaciones, sus cantos funerarios; a menudo señalaban el cadáver que estaba en la hamaca. El sentido del canto era más o menos: "Madre

---

(1) Yo mismo he hecho antes una relación de las fechorías de este hombre y de cómo escapó el castigo.—Ed.

mía, por qué has muerto, madre mía", interrumpido por exclamaciones iracundas dirigidas contra el pajé (brujo) a quien se consideraba culpable de la muerte. Porque entre los indios Uaupés parece haber la creencia de que la muerte es causada por alguna malevolencia o brujería, o poniendo secretamente algún veneno en los alimentos, el cual tarde o temprano resulta mortal. En el caso que refiero, fué señalada como el pajé probable otra mujer muy vieja, y si la familia de ésta no hubiera sido la más poderosa del río Uaupés —es tía de Bernardo de Urubú-corá— no hay duda de que la habrían matado.

Por la tarde cavaron una gruta dentro de la casa y el cuerpo fué depositado en ella, mientras los lamentos seguían sin interrupción; hacia la tarde toda la población se había reunido en el lugar. Se sentaron todos los que pudieron alrededor de la gruta; algunos llevaban varas de madera en sus manos; golpeaban la tierra que cubría el cadáver para que el pajé no se llevara el cuerpo. Cuando descendió la noche, encendieron un gran fuego alrededor de la gruta, para que sus ocupantes no se resfriaran con la humedad del suelo. Arrojaron todas las cosas que pertenecían a la muerta: su hamaca, saya, canastos, cajas, etc. El fuego se mantuvo encendido y el pueblo cantaba y lloraba toda la noche.

AREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Pregunté si creían que nada quedaba de la muerta fuera del cuerpo, y me contestaron que su **anga** (alma) se encontraba ahora en su lugar de nacimiento (la mujer era oriunda de los Paapurís) donde reaparecería en la forma de algún animal.

En relación con esta superstición puede mencionarse que estos indios sienten gran repugnancia de matar los cuadrúpedos grandes, tales como el ciervo, el tapir, etc., creyendo que estos animales son las moradas de sus antepasados. Dicen, por ejemplo: "cómo vamos a matar al ciervo si es nuestro abuelo?"[4] Sin embargo, siempre están dispuestos a matar al pescado; y cuando un blanco mata y cuece un tapir, rara vez rehusan comerlo. Algunos días después prepararon una cantidad de caxirí y caapí; un gran grupo perteneciente a la aldea y a los sitios vecinos se reunieron para seguir los lamentos a la memoria de la muerta. A ciertos intervalos, partidas de ocho o diez hombres

tomaban un poco de caapí y salían de la casa con lanzas y flechas, descargando golpes mortales contra el suelo, y diciendo que así lo harían con el pajé si estuviera en el lugar.

CRECIENTE Y DESCENSO DEL RIO UAUPES

Igual al Río Negro y al Solimoes, se dice que el Uaupés llega a su máxima altura cerca del 24 de junio, pero no baja sensiblemente hasta principios de agosto. Cuando llegué a Sao Jeronymo el 7 de septiembre, bajaba gradualmente y siguió así, subiendo otra vez unas pocas pulgadas después de una lluvia copiosa. Pero el 20 de noviembre volvió a llenarse y a media noche había subido 20 pulgadas. Después subió lentamente hasta el 5 de diciembre, cuando otra vez principió a bajar, no habiendo pasado todo el ascenso de 3 o 4 pies.

Bajaba pocas pulgadas cada día, y en algunos días ni subía ni bajaba, hasta el 19 de diciembre, cuando principió a subir otra vez, llegando el 23 a la altura de su primer ascenso. Así continuó, fuera de un día, el 28, en que bajó un poco, hasta la media noche del 31 en que principió el ascenso.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

9 de enero: el río había bajado 2 pies 10 pulgadas.
(El 11 subió un poco volviendo a bajar el 12).
16 de enero: el río había bajado 3 pies 3 pulgadas.
1º de febrero: el río había bajado 4 pies 8 pulgadas.
5 de febrero: el río había bajado 5 pies.

Luego cerca de la media noche principió a subir rápidamente, y siguió subiendo hasta el 15 de febrero, habiendo llegado a un pie de diferencia con el ascenso anterior. Luego bajó tan rápidamente que el 25 había llegado a un pie más abajo del descenso anterior. **Este fué el punto más bajo que alcanzó el río durante la estación,** y fué tan poco el descenso en comparación con otros años que los indios decían haber pasado el verano sin una **vasante** (reflujo) propiamente dicha. En otros años se decía que el río se había vaciado tanto que rocas dispersas podían divisarse por todo el camino hasta Sao Jeronymo. Este año apareció un grupo de rocas solamente hacia el centro y una **praya**

en el lado opuesto. El ascenso varía también mucho y no podría asegurar el nivel a que llega generalmente. Me mostraron una línea que resultaba superior con diez pies al nivel que acabo de describir; suponiendo que el río había llegado a este nivel en el último ascenso, el reflujo total había sido de 15 pies y medio.

Generalmente, después de que el río principia a bajar, no hay sino una inundación parcial que llama la gente Boia-assú, y que ocurre entre noviembre y diciembre; pero en esta estación, tal como hemos indicado más arriba, hubo tres crecientes parciales, esto es:

del 20 de noviembre al 5 de diciembre;
del 19 de diciembre al 31 de diciembre;
del 5 de febrero al 15 de febrero.

De manera que nadie podría decir a cuál de estas crecientes podría aplicarse la expresión Boia-assú. . . . . .

(Las notas siguientes del Diario y las cartas sobre los rasgos característicos de la vegetación observada en las orillas de los Uaupés será de interés para los botánicos).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Al Sr. George Bentham
San Carlos, Venezuela, 25 de junio de 1853.

. . . . . .

Ud. hallará muchas cosas interesantes en la colección, especialmente en lo que se refiere a Triurideae, Burmanniaceae, y Vorrieae. Espero que Ud. esté contento con las Triurideae que a veces sobrepasan los 4 pies de altura. No sé si alguien haya visto una afinidad entre estas plantas y las higueras. A mí me parece asombrosa, pero no tengo tiempo para especificar las razones en que fundo mi opinión. He hallado por lo menos, cinco especies distintas en los Uaupés. Las Burmanniaceae son más numerosas, pero los individuos, al igual de las Triuriseae, aparecían dispersas en la selva, y yo recogí en varios casos, sólo dos o tres por especie; acaso eran comunes sólo dos especies. Al crecer pueden distinguirse perfectamente, a pesar de su pe-

queñez, por su color y por las incisiones en su periantio. Al examinarlas se encuentran caracteres buenos en la estructura de las anteras y estigmas, especialmente en las prolongaciones de los últimos, que faltan en varias especies. Las especies de Voyrias de una sola flor parecen infinitas, pero algunas eran escasas.

Mediante anzuelos, cuentas de vidrio, pude alistar una cuadrilla de indiecitos en busca de estas plantas; ellos me sirvieron de gran ayuda, especialmente cuando fuí a la selva y les señalé lo que buscaba. Los indios eran también expertos en hallar hongos, que eran bastante numerosos cerca de Panuré; conseguí tantas especies que me parece vale la pena distribuírlas. Con las flores le adjunto dos paquetes de hongos (y dos o tres especies envueltas separadamente) que le agradecería si las despachara al Sr. Berkeley a quien estoy escribiendo al mismo tiempo que a Ud.

Sufrí cierto desengaño con las Podostemeae, aunque talvez sin razón. Pocas especies crecen juntas en un solo lugar, y el tiempo que viven es tan corto que para una sola persona es imposible recoger muchas especies. Hay muchos **raudalitos** en el Casiquiari, Orinoco y Cunacunuma, y yo espero conseguir un buen número de especies.

Me encontré en Panuré en la mejor época del año para todas las plantas, menos para los helechos, y éstos parecían ser en su mayor parte los mismos que ya había visto en Sao Gabriel. Entre los árboles de la selva y la caatinga hice una magnífica cosecha, y las especies de Vochysiaceae y Caesalpinieae me parecen especialmente interesantes. Ud. tendrá mucho gusto de ver dos especies adicionales de Aptandra, Miers, las primeras recogidas en el gapó, en flor y fruto, y las segundas recogidas en las caapoeras, sólo en fruto. . . . . .

(Una carta dirigida a Sir William Hooker, de la misma fecha, da mayores detalles de su trabajo en el Uaupés, con una relación general sobre los resultados de su expedición que será de mucho interés para los botánicos, y también, yo creo, para todos los que se interesan en Historia Natural y en las dificultades del coleccionista en regiones tan remotas como salvajes).

A Sir William Hooker
San Carlos del Río Negro, 27 de junio de 1853.

. . . . . .

Tuve una excursión sumamente interesante por el Uaupés, que duró desde fines de agosto —contando el viaje de Sao Gabriel— hasta principios de marzo de este año. Mi colección contiene un mayor número que cualquier otro precedente de los árboles más altos de la selva, entre los cuales hay varios Vochysiaceae y Caesalpinieae que no han sido descritos todavía. Hay también cosas muy buenas entre las tribus menudas de plantas en flor, tales como las Podostemeae, Triurideae, Burmanniaceae, y las Gentianeae (Voryrieae) deshojadas. Supongo que de toda la colección que llega a 500 especies, cerca de las cuatro quintas partes no han sido descritas absolutamente. Por desgracia, yo me enfermé debido a mi trabajo duro en medio del calor del día; tuve varios ataques de fiebre de los cuales apenas estoy sano.

El trabajo mecánico para disecar plantas es tan grande que no he tenido tiempo para observaciones geográficas o de otra clase, y como el Sr. Wallace me ha precedido en el viaje por el Uaupés, y como sus ocupaciones le dejan tiempo más libre que a mí, casi no he podido atender a otro trabajo fuera del botánico. He determinado la latitud de Panuré o Sao Jeronymo, aldea india al pie mismo de las primeras cataratas —mi campamento principal— en 0 grados, 13 minutos al norte. Mi reloj ha resultado casi inútil para determinar las longitudes, y lamento mucho no haber traído conmigo un telescopio. Verdad que compré un telescopio en la Barra a un fraile franciscano, quien a su vez lo había comprado en Río de Janeiro; me ha resultado de gran utilidad en mis herborizaciones, permitiéndome conocer las flores verdes a la distancia de una milla, y al anclar cerca de la orilla de un río, determinar la forma de las hojas de los árboles adyacentes; pero apenas me descubre los satélites de Júpiter, y no es suficiente para hacer observaciones en ellos con precisión.

. . . . . .

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
QUITO
AREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CARACTERISTICAS DE LA VEGETACION EN LAS ORILLAS DEL RIO UAUPES HASTA PANURE

(Del Diario)

Las orillas son planas, y como eran casi enteramente de tierra firme, podía dirigir mi canoa hacia la selva virgen. A veces, aquellas llegaban a 15 o 20 sobre el nivel del agua.

Muy poca roca aparecía. En un lugar había una isla redonda convexa y granítica donde el agua corría rápidamente. Aquí conseguí una Podostema. En medio camino había orillas escarpadas, en la orilla derecha del río, constantes de numerosos estratos de aluvión (aparentemente de arcilla y arena). El agua era casi tan negra como la del Río Negro: talvez se debía a su movimiento veloz y a que estaba muy turbia.

Dondequiera que aparece una palmera, se reconoce por la presencia de palmeras Jahuarí; éstas constituyen la masa de la vegetación de algunas islas inundadas en la parte superior, con una franja de Laureáceas bajas e Ingas. Abundaban otras dos Ingas: la una (**I. micradeniae**) perdía ya sus flores cuando en la otra (**I. rutilans,** Spruce) recién brotaban.

La planta más notable por su abundancia y por el delicioso olor de sus flores de color crema es la **Strychnos rondeletioides,** sp. n., que en ciertos lugares colgaba en grupos, de varios pies de ancho, de las copas de los árboles hasta el borde del agua, y especialmente en la noche y en la madrugada perfumaban todo el gapó.

Otro gran adorno de las orillas es un pequeño árbol Apocineo de blancas flores odoríferas, que, según me aseguraron, es el verdadero Mulongo, del cual se hacen corchos, etc. Resultó ser la misma especie que la que recogí cerca de Sao Gabriel (**Hancornia laxa,** A. D. C.).

Campsiandria laurifolia (Legum) había con cierta abundancia, y yo hallé una forma de hojas angostas, talvez una especie distinta (**C. angustifolia**). Nada es más abundante en todo el Río Negro —así como en el Tapajoz hasta

donde lo he explorado— que este árbol, que se presenta continuamente como alfombras en los lugares en que el río, al retirarse, deja una playa ancha y arenosa. Los primeros árboles que se encuentran al cruzar una de estas playas cuando el río está bien bajo son estas Campsiandras, dos o tres pequeñas mirtáceas (llamadas Araças), y muchas Chrysobalanáceas pequeñas.

. . . . . Con las semillas grandes y planas de la Campsiandra los indios marinos se divierten lanzándolas al agua, y en el Orinoco, donde dizque son igualmente abundantes, estas semillas, raspadas y tratadas como las raíces de la yuca, dan una gran proporción de almidón casi puro, con el cual se hace el pan cassave. La lingoa geral las llama Cumandú-assú o sea el gran fréjol riñón, siendo la palabra cumandú el nombre general para las semillas de cada especie de judía.

Al ascender las cataratas de Sao Gabriel yo ví —aunque no pude recoger— dos enredaderas muy interesantes, que se presentan con bastante frecuencia. En cambio, en el Uaupés se presentan escasamente. Una es una Apocynea de grandes hojas amarillas brillantes, y la otra es una Menispermea (**Anomospermum Schomburgkii,** Miers), interesante por la estructura de sus flores y por el fuerte olor que despide. Ojalá fuera "odor et preterea nulla".

Dos Clusiaceas eran también muy frecuentes, ambas de flores odoríferas, y pareciéndose mucho, aunque eran distintas. La una más grande tiene flores de cuatro pétalos amarillentos opuestos a los sépalos, y la más pequeña, cinco pétalos de cuatro sépalos, junto a hojas un poco coriáceas.

. . . . . .

Un bonito árbol Caesalpineo parece ser una Tachigalia todavía no descrita, de hojas sedosas y racimos terminales y densos de flores amarillas odoríferas, estando el cáliz teñido externamente de púrpura. El rasgo más notable es que en el ápice del pecíolo hay un saco trigono-fusiforme que está habitado continuamente por una colonia de hormigas que salen de un hueco pequeño abierto en la parte inferior para atacar las manos del botánico curioso.

Un Humirium era muy frecuente, llegando a veces a 40 y más pies, de un diámetro de 4 pies y de desarrollo semejante a la maleza. . . . . .

Las Melastomáceas, actualmente en flor, comprendían sólo dos o tres Tococas y una bonita Memecyclea, de hojas pequeñas y brillantes y flores amarillas odoríferas. Entre las mirtáceas no ví nada que pareciera nuevo, y respecto a las Lauráceas tuve que disuadirme.

Un árbol muy ornamental, una Anonácea (**Xylopia Spruceana**, Bth.) crecía hasta unos 25 pies de alto, y sus ramas pinadas y hojas verde-obscuras, apiñadas y dísticas, le daban una apariencia de cedro. Crece también en el Casiquiari y en la Guayana.

Las caatingas que se encuentran alrededor de las caxoeiras de Jauarité son de la clase más alta. Su vegetación tiene mucha semejanza con la de Panuré, pero es menos rica. Hay un gran árbol Byttneriaceo (Myrodia brevifolia, sp. n.) que yo no he visto en Panuré. En la selva, especialmente cerca de Paapurís, crece un árbol Vochysiaceo, muy elevado, de flores amarillo-pálidas. Otro árbol de la misma familia (**Qualea acuminata,** S., sp. n.), de grandes flores odoríferas es muy frecuente en el gapó. Las orillas del Paapurís son especialmente ricas. . . . . .

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

PLANTAS QUE LOS INDIOS DEL UAUPES ESTAN ACOSTUMBRADOS A PLANTAR EN SUS ROÇAS Y CERCA DE SUS CASAS

Frutos comestibles

Cocura:	Pourouma sp.,
Inga-sipó:	**Inga spuria,**
Inga-chichí:	**Inga spruceana,** Bth.,
Inga-pena:	Inga sp.,
Pupunha:	**Guilielma speciosa,**
Umari:	Poraqueiba sp.,
Quiinha:	Capsicum (muchas especies),
Guayaba:	Psidium (dos especies),
Namao:	**Carica Papaya,**
	y otras cuatro.

Raíces comestibles

Uaramá: Marantaceae,
Uarcá: "
Paacua-rana: Urania sp., raíz larga y elástica, y otras cinco.

(El incidente siguiente, muy curioso, que ocurrió en Panuré, forma la conclusión de un largo artículo sobre las experiencias del autor relativamente a culebras venenosas, insectos, etc.; una parte considerable aparece en el capítulo de Spruce sobre su residencia en Tarapoto, donde se desarrollaron los sucesos descritos aquí. Otras partes aparecen en el Diario, especialmente las experiencias sobre mordeduras de culebras y picaduras de hormigas en San Carlos. La anécdota del trompetero y la culebra, con las reflexiones que siguen, sirven de conclusión a este capítulo algo árido).

¿Qué hay en la constitución de ciertos animales, sobre todo aves, que los vuelve casi o totalmente invulnerables a las mordeduras de culebras venenosas? El agamí o trompetero (**Psophia crepitans**) parece ser inmune a la mordedura de culebra. He sido testigo de que el agamí agarra a la culebra de cualquiera parte del cuerpo, de manera que ésta puede agarrarlo a su vez al agamí. Cuando estuve en Panuré, en el río Uaupés, tuvimos un agamí manso que se pegó tanto a mí que me habría seguido a todas partes como un perro, y nunca dejaba pasar la ocasión de matar una culebra cuando tropezaba con ella. Una vez estuve sólo con el agamí en una selva a cuatro millas de la aldea. Permanecí un buen rato en un lugar relativamente desprovisto de bosque, pero abundante en ciertas plantas diminutas (Burmanniaceae) que me interesaban mucho recogerlas. Mientras yo cazaba plantas el agamí cazaba culebras, y ya había agarrado a tres o cuatro que las trajo a mi presencia. Supongo que yo no lo había notado ni elogiado su

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

proeza cuando el agamí, decidido a atraer mi atención, me trajo otra culebra depositándola en mi pie desnudo, mientras yo estaba absorbido en la contemplación de una pequeña Burmannia con mi lente. La culebra había sido apenas herida e inmediatamente se enroscó en mi pierna. Agarrarla y lanzarla a la maleza fué obra de un instante; pero después ya tuve el cuidado de dejar el agamí en casa, cuando me dirigía a la selva. Pero un cazador profesional de culebras no podría hacer nada mejor que llevar consigo un par de agamís. El gobierno brasilero debería fomentar el cuidado de estas aves en grandes cantidades, a fin de reducir la peste de culebras de las cercanías de las ciudades, en lugar de los pocos agamís que se conservan ahora en las casas. No necesitan ningún entrenamiento para la caza de culebras, sino simplemente estimularlas. El agamí podría ser introducido también en la India inglesa con gran resultado. En la India hallaría un clima favorable; el agamí es inofensivo y leal, le gusta la sociedad y la protección del hombre. En efecto, uno no ve la razón por qué no haya sido más utilizado el mangoose nativo con tal objeto, pero creo que el agamí resultaría un mejor cazador de culebras que el mangoose.

Es divertido observar un grupo de gallinas lanzándose contra una culebra, destrozarla y devorarla, y en contraste con esto, el terror que les causa la vista de un escorpión, y especialmente el sonido de espanto que emite cuando quieren advertir a otra que está a punto de picar al escorpión; porque este último, aunque resulte destrozado por el pico de la gallina, se revolverá con su cola escamosa, y le picará a la gallina mortalmente en la cabeza.

Los cerdos son grandes enemigos de las culebras y las devoran ávidamente. Una persona que había tenido rebaños de puercos en las sabanas de Guayaquil, me contaba que sólo los lechones se habían dejado picar por la culebra. Decía que el puerco es un animal de vista aguda y cuando una culebra se dirigía a él, éste se erizaba inmediatamente, de manera que la ponzoña de la culebra no le alcanzaba.

El hombre no es invulnerable a las mordeduras de culebras como el agamí, ni tiene la rapidez de vista y de movimiento que tienen otros animales, en mayor grado todavía que los cerdos y las aves domésticas. Lo único que pue-

FUNDADA EN 1
QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

de hacer el hombre cuando cruza una selva es conocer **donde pone sus manos y sus pies.** Esta es la regla que yo me he impuesto mentalmente, pero no siempre he tenido la suficiente rapidez para actuar, y he corrido peligros por mi negligencia.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1651
QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CAPITULO XI

SAN CARLOS Y LOS CERROS DEL RIO NEGRO SUPERIOR

(Del 8 de marzo al 27 de noviembre de 1853)

(Este capítulo consta de fragmentos algo detallados de su diario y de cartas a sus amigos de Inglaterra.—Ed.)

Diario

1853.—El 8 de marzo partimos de Panuré y después de un viaje de trece días llegamos a Marabitanas a las nueve de la mañana del 21. Había muy pocas plantas en flor, pero algunas más estaban en fruto; y la vegetación del Río Negro Superior parecía similar a la del Uaupés. Aquí y allá en la selva aparecía un Japurá, con su copa grande y redonda completamente llena de frutos rojos. El agua estaba bastante mezclada con lodo, debido sin duda a que el río se llenaba rápidamente, pero talvez también a que estábamos cerca de la desembocadura del Casiquiari. Aquí, entre el crepúsculo y la salida de la luna, principiamos a ser visitados por un mosquito negro, casi silencioso pero muy virulento; felizmente no había gran número.

UNIVERSIDAD GENERAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1651 QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEPOSITO BIBLIOGRÁFICO CENTRAL

MARABITANAS, LA CIUDAD FRONTERIZA DEL BRASIL

En Marabitanas ví un árbol de retama (**Thevetia neriifolia**, Juss.) plantada cerca de la casa del comandante. Es

una apocínea, muy lechosa, baja y extensa (20 pies de alto) ; el tronco media cerca de un pie de grueso, con ramas casi desde la base. Carga flores y frutos casi todo el año. Las flores son del mismo tamaño que las de la **campanula latifolia,** de un olor semejante al de la prímula, nacidas conjuntamente cerca del ápice de los retoños, muy fugaces, porque caen pocas horas después de la expansión. Se dice que el árbol es abundante en el río Apuri, pero siempre cerca de las casas. Las drupas trígonas obtusas, de tamaño casi igual al de las cerezas de jardín, son verdosas o amarillentas cuando están maduras. Observé que las aves de corral del comandante picaban los frutos tan pronto como caían, devorando ávidamente la corteza carnosa, y pensando que lo que era alimento para ellas no sería un veneno para mí, comí tres o cuatro de ellas, notando que tenían muy poco sabor —ligeramente dulce— o no sentí ningún mal efecto. Y sin embargo, el jugo lechoso del árbol es un veneno mortal.

Los endocarpos huesosos, del mismo tamaño que las drupas, son perforados y unidos, formando largas cuerdas, por los indios, que los llevan ligados alrededor de sus tobillos, de manera de producir el sonido de una matraca en sus bailes.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

En Marabitanas, como en otras partes, veía que las aves espiaban los árboles machos de la papaya y picaban las flores que caían copiosamente, sobre todo por la tarde.

(Mientras estaba en Marabitanas Spruce trazó el bosquejo de dos muchachas indias; son muchachas de la tribu Macú de la cual nos da la siguiente descripción) :

"Los Macús son una de las pocas tribus errantes, sin residencia fija, que viven en las selvas del Amazonas y que se encuentran casi en toda la extensión del Río Negro, pero sobre todo al occidente de éste. Dos muchachas Macú tomadas durante una incursión en la desembocadura del Içanna, habían sido compradas por el comandante de Marabitanas cuando visité a éste en 1853. Los pocos hombres que yo había visto de esta nación eran ejemplares tan miserables de la humanidad que yo me sorprendí mucho al ver en la muchacha una de las mejores caras; y a pesar de su piel morena, creo que debía tener alguna sangre blanca en sus venas. Las pobres criaturas estaban consternadas, cosa muy natural en cautivas, y no podían conversar con

nadie, porque no sabían ni portugués ni lingoa geral; pero con la ayuda de signos obtuve una buena cantidad de palabras de su lengua. Por desgracia, se me ha perdido el libro que las conservaba".

Parece que Spruce permaneció en Marabitanas unos doce días (del 20 de marzo al 1° de abril; probablemente para hacer acopio de provisiones o algunas reparaciones en su canoa; pero no hay otro recuerdo de este período en su diario que la nota precedente; tampoco parece que realizó ningún trabajo botánico en los alrededores, una vez que en el registro descriptivo de sus plantas (cuidadosamente reunido en volúmenes) no hay ninguna entrada entre la última del río Uaupés y la primera de San Carlos, sino con un intervalo de más de un mes. Esto nos indica que estuvo enfermo, aunque él no alude a ello.—Ed.)

Durante mi estadía aquí encontré a un joven de Uruana en el Orinoco, donde Humboldt observó que los habitantes comían la tierra; sin embargo, esta persona me asegura no haber visto nunca tal cosa, y que no cree que exista tal costumbre.

Pero en el alto Río Negro, por ejemplo en Marabitanas, los indios comen ocasionalmente la arcilla blanca llamada Tabatinga, que está expuesta en algunos lugares a orillas de los ríos, cuando el agua baja. Amasan la tierra en las manos hasta formar una pequeña pelota que la ponen al fuego hasta que se vuelva roja. Así hacen cuando la tierra es comida sin disolverla antes en el agua. Pero ésta es una práctica ocasional, porque los indios no consideran que la arcilla sea suficiente para sostener la vida.

Los niños del Río Negro son muy aficionados a comer tierra, y muchos mueren por esta causa. Para quitarles este defecto, sus parientes los cuelgan en canastos de los techos, permitiéndoles bajar solamente a la hora de las comidas, etc.

1° de abril (viernes).—Partimos de Marabitanas con dirección a San Carlos. En la tarde del 3 llegamos a la frontera donde hay un destacamento de tres soldados, en la orilla derecha, frente a frente de la Piedra del Cocuí, que se eleva en la llanura, a corta distancia de la orilla izquierda. Su altura es talvez de mil metros. . . . . .

6 de abril.—Por la tarde tomé la montaria y pasé a la orilla izquierda del río para visitar algunos sitios en busca de comestibles. Al principio hallé algunos naranjos; llenamos nuestros canastos de esta fruta, que era para mí un gran lujo, porque no existe en el Uaupés. Pero ni aquí ni en otro sitio, no hubo chacho ni aves de corral, ni siquiera un bocado de pescado cocido. Me mandaron a un tercer sitio que estaba dentro de un caño (igarapé). El caño era tan ancho como el Derwent en Kirkham; había un gapó ancho y bajo a cada lado que parecía convertirse en caatinga en la tierra seca. Finalmente descubrimos el sitio, muy bien oculto en la selva, encontrando en la casa una mujer india mayor, con algunos muchachos. Era tan rica que tenía tres patos, dos de los cuales eran los padres de un grupo de patitos que descansaban en un canasto en medio del piso. Inmediatamente principié a negociar el pato suelto que la mujer parecía no tener el menor apuro de venderlo. Con alguna dificultad la induje a poner precio, que ella fijó en la modesta suma de tres dollars. Le ofrecí una vara de una tela fuerte (que aquí vale un dollar). Respondió: "No, si Ud. no da más de una vara me quedaré con mi pato", y al decirlo apretaba el ave contra su pecho. Por fin notó que yo llevaba un pequeño machete en mis manos, y me preguntó si quería dárselo por el pato. El machete no valía más de dos dollars, pero era demasiado por un solo pato.

(Aquí se produce un vacío de más de tres meses en el Diario, pero los principales sucesos son descritos en varias letras que vamos a insertarlas aquí.

En una carta al Sr. Bentham (25 de junio de 1853) Spruce escribe: "Partí de Sao Jeronymo en el río Uaupés, en marzo, y durante más de un mes no hallé literalmente descanso para las plantas de mis pies. Desde el 11 de abril, cuando llegué a San Carlos, hasta la fecha presente, he empleado mi tiempo en buscar materiales para esta existencia miserable. Escribo ahora en las circunstancias más desagradables, y sólo Dios sabe si viviré para terminar esta carta". Estas circunstancias son descritas plenamente en una carta dirigida una semana más tarde a su amigo Teasdale, que refiere la historia como sigue:

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Al Sr. John Teasdale
San Carlos, Venezuela, 1° de julio de 1853.

. . . . . Los únicos extranjeros en San Carlos, fuera de mi, son dos jóvenes portugueses, establecidos aquí algunos años y con familia. Los venezolanos, igual que los brasileros, sienten disgusto de los europeos que se establecen con ellos, conociendo la mejor industria de éstos, y que por consiguiente, se llevan la mejor parte del comercio. Los racionales (blancos) nativos han insinuado en varias ocasiones a los indios que era necesario librarse de los portugueses; pero estos racionales (españoles) no eran populares entre los indios y no podían contar con su piel, en caso de que los indios hubiesen derramado sangre de blancos. Algún tiempo antes de la fiesta de San Juan (24 de junio) circularon confusos rumores de que se había proyectado una masacre general de blancos con tal ocasión, y cuando los portugueses pasaban por las calles los indios gritaron que venía la fiesta y que se saldarían las cuentas antiguas. Muchos decían que los indios se habían sometido ya mucho a los blancos y que ahora era una cosa común en el Orinoco matar a un blanco, arrojando después su cadáver al río, sin que se supiera nada más de éste. Quince días antes de la fiesta partió el comisario para estar lejos del lugar, si ocurría alguna "novidade", y dejó a otro blanco en reemplazo; pero éste desapareció también en la madrugada del 23. Mencionaré también que antes de su partida, el comisario había desplazado a un indio honorable, que había desempeñado el puesto de capitán durante muchos años, nombrando en su lugar a uno de los indios más borrachos y degenerados.

En la mañana del 23 llegó al puerto un buen número de mujeres procedentes de sus cunucos (campos de yuca), trayendo consigo gran cantidad de bureche (ron), que lo habían destilado algunas semanas antes. Los anuncios de la fiesta principiaron con disparos de mosquetes y ejecuciones de carrizos (instrumentos musicales hechos de bambú y empleados en una danza especial que lleva el mismo nombre). Entonces destaparon las damajuanas de bureche. Poco después de la madrugada, vinieron los portugueses a contarme sobre la mala situación en que estábamos, debido a que no sólo nos había abandonado el comisario, sino tam-

bién su suplente. La ama de llaves de uno de los portugueses es también la hija de uno de los indios principales, y ella había oído por la noche a sus parientes conversando sobre sus planes, de los cuales resultaba cierto que se había resuelto una masacre general de los blancos, sea para la noche próxima, sea para la noche del 24. Yo me encontraba aquí poco tiempo, y no había tenido todavía ninguna riña con uno de mi color; pero estaba acusado de tener piel blanca y de ser un extranjero, y como con mi pequeño stock de mercaderías me consideraban el más rico de San Carlos, se imaginaban dejarme limpio en el día del saqueo de mi casa. Estando así las cosas, me declaré listo a participar en cualquier plan de defensa que hubiera sido aconsejado; y lo mejor que convinimos los tres fué unirnos en una sola casa que estaría fortificada hasta donde lo permitiera nuestra capacidad y defendida con todas las armas que pudiéramos recoger. Yo tenía tres carabinas, una de dos calibres, que me puse a arreglarla enseguida y a cargarla. Por desgracia, pocos días antes, uno de los portugueses había prestado una carabina de dos calibres, y además, había quedado inutilizado un formidable trabuco, dando salvas al Comisario general en su reciente visita. A pesar de todo, teníamos siete armas de fuego, dos espadas y una infinidad de machetes; estábamos también provistos de suficientes municiones. Pasó el día sin que nos molestaran, salvo algunas partidas de indios que venían a pedirnos ron; visitas muy desagradables, porque si todo hombre que está borracho es muy molesto, un indio borracho se vuelve el ser más pesado bajo el sol. No salí de mi casa en todo el día, pero en el Ave María, cuando todos estaban en la iglesia, me dirigí al lugar de la cita, donde encontré a mis compañeros reunidos con sus familias. Terminamos presurosamente nuestros preparativos y nos sentamos en espera de los acontecimientos, estando colocadas nuestras armas al alcance de las manos. Pero, aunque desfilaban partidas de indios borrachos por las calles con tamboriles y carizos, pasaron sin atacarnos. Ud. puede imaginar nuestra ansiedad que todavía debía ser mayor por parte de mis compañeros que de mí, porque ellos estaban rodeados por sus familias temblorosas. Siempre que oíamos acercarse alguna partida de indios borrachos que gritaban, tocaban sus tambores y ocasionalmente disparaban sus mosquetes, sus-

pendíamos la conversación, agarrábamos las armas y esperábamos cualquiera tentativa de ataque.

A eso de las cuatro de la tarde del día siguiente, aunque todavía quedaba una cantidad considerable de bureche y habían llegado provisiones frescas, todos dejaron de beber. Hacia la puesta del sol no se veía a nadie en las calles y todo parecía muerto. Los portugueses, que habían vivido en San Carlos muchos años, y siempre habían visto pasar la noche de San Juan entre bailes, bebidas y luchas, temieron que este insólito silencio fuera el preludio de un ataque, y que los indios querían estar más sobrios para realizar mejor su ataque. Tenemos razones para creer que tales fueron sus intenciones; una de ellas era que a la mañana siguiente se reanudó la bebida que duró varios días todavía. Cuando cerró la noche observamos que dos hombres subían y bajaban por la calle frente a la casa; eran una especie de exploradores o centinelas, y eran relevados a cortos intervalos durante toda la noche. Pero los indios no se atrevieron a atacarnos. Sabían que habíamos hecho nuestros preparativos bélicos, y calculaban que en el asalto habrían pagado con sus vidas muchos de los asaltantes. Era lógico que no había duda respecto a su éxito final, porque ellos eran ciento cincuenta contra tres. Mi firme resolución, en caso de ataque, era no caer vivo en sus manos y vender cara mi vida.

QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Al otro día los indios se trasladaron con su bureche al otro lado del río, donde siguieron divertiéndose hasta que su provisión del líquido precioso se había agotado. Supimos también que su pólvora se había agotado en las salvas, y así quedamos libres de recelos para el presente. . . . . .

(Mientras se desarrollaban los sucesos que acabamos de referir, Spruce escribió una carta muy larga a Sir William Hooker, en la cual, entre otras cosas, hacía una relación completa de muchas investigaciones realizadas entre los mercaderes e indios respecto a las fuentes del Orinoco y las montañas en que éste nace, con el objeto de alcanzar estas montañas, a ser posible, que hasta entonces no habían sido visitadas ni a ellas se había acercado ningún europeo. Estas investigaciones pueden ser de gran valor para cualquier viajero futuro que quisiere hacer este viaje, y también serán útiles a los geógrafos para completar lo que Spruce pudo hacer en sus exploraciones por esta región casi incóg-

nita. Por estas razones, me parece conveniente reproducir aquí la carta; pero como ella es de interés casi exclusivo para los geógrafos la daremos en tipo pequeño).

A Sir William Hooker

San Carlos, 27 de junio de 1853.

Todos los días marco el máximo y el mínimo del barómetro, y es interesante observar la regularidad con que se presentan las mareas atmosféricas en la línea equinoccial, sin sufrir aparentemente casi ninguna influencia del tiempo. Casi en el espacio de dos años, sólo dos veces ha sucedido que el mínimo se atrasara considerablemente de su hora ordinaria, que es de 3 a 4, mientras el máximo se presenta de 9 a 10.

Desde el tiempo que estuve en el Río Negro he hecho investigaciones respecto a la posición y posibilidades de llegar al nacimiento del Orinoco, sin esperar, sin embargo, de mi parte, llegar a resolver este importante problema. Inesperadamente se pusieron a mi alcance los medios de conseguirlo. Hace poco nos visitó en San Carlos el comisario general de Río Negro, don Gregorio Díaz, que reside en San Fernando de Atabapo; y al manifestarle cuánto me gustaría llegar hasta la corriente principal del Orinoco, él aceptó ardientemente el proyecto, diciendo que esto era lo que había ansiado hacer en toda su vida, y que si yo le prometía acompañarlo, él reclutaría y armaría bien a los hombres necesarios para emprender la expedición a principios de 1854. Parece que todos los blancos del cantón quieren unirse a nosotros, poseídos por la idea de que en el Orinoco habia alguna Jauja. Don Gregorio está ahora recorriendo su jurisdicción, habiendo venido a San Carlos por el Atabapo y Guayana, y regresando por el Casiquiari y Orinoco. Se propone ascender el Esmeralda hasta la desembocadura del Manacá, y viajar por tres días en este río, donde hay un pueblo establecido unos pocos años hace. Se compromete a hacer todas las investigaciones para conocer la mejor ruta que nos lleve al nacimiento del Orinoco, y las facilidades o dificultades que podemos encontrar. Recibí noticias de él hace pocos días, de medio camino del Casiquia-

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

ri; y me promete escribir otra vez de la Esmeralda, si hay alguna oportunidad.

Respecto a las maneras de llegar al nacimiento del Orinoco, fuera de seguir el curso del río, hay varios otros. Cuando estuve en la Barra, parecía ser el río Padaurí el camino más directo. La desembocadura de este río parece estar un poco al este del meridiano 64. Este río grande tiene su origen en la Serra de Tapiíra-pecú o Lengua de Buey, y se cree que el Orinoco nace en los declives noroeste de la misma Serra. Las personas que han subido el Padauirí, en busca de zarzaparrilla, me aseguran haber encontrado indios del origen del Orinoco. Pero el río Padauirí da disentería y paludismo a todo el que entra, y aquí fué donde mi compatriota, el Sr. Bradley, adquirió la enfermedad que le fué fatal, mientras cortaba piassaba con una partida de indios. El Marania es el siguiente gran río que entra al Río Negro por el mismo lado, pero se asegura que su curso es mucho más corto que el del Padauirí. El río Cauaborís, que entra al Río Negro en el meridiano 66, probablemente se extiende cerca del Orinoco. En su parte más baja describe una curva grande hacia el oeste, casi paralela a la del Río Negro, y me aseguraron indios de Sao Gabriel que no corría mucho al oriente de dicho lugar. Desde Marabitanas, la ciudad brasilera fronteriza, podía ver distintamente, aunque a larga distancia, la serranía llamada Pira-pukú o sea el Pescado largo, cuyas faldas están bañadas por el Cauaborís. Esta sierra parece correr al occidente, con una ligera desviación al norte, y la porción que se divisa desde Marabitanas se extiende en un ángulo de 90 grados (del Este casi al Norte); su prolongación al occidente se oculta de la vista por la selva del lado opuesto al río. Con mi telescopio pude distinguir laderas escarpadas, desprovistas de selva, pero en ninguna parte pude distinguir los árboles, pudiendo reconocerse la parte revestida de selva sólo por su color. Supongo que en su parte más alta, un pico abrupto truncado en medio camino, podía ser de cerca de 4.000 pies de altura. Los que han subido por el río Cauaborís lo describen como muy pintoresco y que tiene una vegetación peculiar. Ciertas plantas curiosas, semejantes a las palmeras y helechos, por la descripción hecha, sólo podían ser Cycades. Sentí mucho gozo al encontrar una Cycas en el Uaupés, aunque no mostraba señales de florecimiento: es

la única especie de su tribu que he visto en Sud América.

El río Cauaborís es fácilmente accesible desde San Carlos, siguiendo ei curso del Pacimoni, afluente del Casiquiari, y por su parte sur el Bariá, que tiene un corto paso al Cauaborís; pero nada importante puede observarse por aquí y tengo razón para creer que el Cauaborís no llega al cerro de Tapiíra-pecú.

Una ruta más verosímil para nosotros es el Siapa, el más largo afluente del Casiquiari, llamado en su parte superior el río Castanha, y que tiene seguramente su origen en el cerro antes mencionado. La única objeción a ello es que se debe pasar varias cataratas, pero éstas pueden evitarse haciendo un rodeo por la desembocadura superior del Casiquiari y subiendo por el Manaca, de donde hay un corto paso al Castanha.

Hemos discutido ésta y la otra ruta, sobre todo para evitar a los Guaharibos hostiles, con tanta mayor razón que estos indios se cree que no se extienden hasta el nacimiento del Orinoco; pero se sabe que viven ahí tribus con las cuales se han establecido relaciones amistosas por el Castanha y Padauirí. Por lo demás pienso que nos aventuramos a sostener una batalla con los Guaharibos, y no dudo que cincuenta hombres bien armados podrán abrirse paso.

Poco después de la separación de Venezuela de la madre patria y mientras había todavía una policía armada en el Cantón del Río Negro —ahora no hay ninguna— el comandante de San Fernando fué mandado con un contingente de hombres bien armados para entablar relaciones amistosas con los Guaharibos. Llegó al raudal de los Guaharibos con su pequeña flota de cincuenta piraguas, y como el rio estaba lleno habrían pasado todas; pero no se consideró necesario. Sólo atracó su canoa y las restantes esperaron su regreso. Un poco más arriba encontraron un gran campamento de indios Guaharibos, por quienes fueron recibidos amigablemente, en recompensa de lo cual atacaron a los indios por la noche, mataron a todos los hombres que pudieron y se llevaron cautivos a los niños. Uno de los cautivos está todavía viviendo cerca de la desembocadura superior del Casiquiari, y yo espero verlo y conversar con él. Un tratamiento de esta clase fué tal vez la causa de la hostilidad de todos los indios Guaharibos hacia los blancos. Lo mismo parece haber sido practicado en

otro tiempo cerca de las aguas principales de todos estos ríos. En el Río Negro, donde los portugueses tenían en otro tiempo grandes **fazendas reaes** (haciendas reales), donde se cultivaba gran cantidad de café, índigo, etc.; era ya una costumbre de tiempo en tiempo reclutar los brazos necesarios para la agricultura, mandando hombres armados por los varios ríos que desembocan en el Río Negro y Yapurá, a fin de hacer pegas (incursiones) entre los habitantes. Las haciendas reales han desaparecido y el gobierno brasilero ha promulgado edictos contra el ataque a los nativos para reducirlos a la esclavitud. Pero todavía existe la práctica. Hablo de esto con seguridad, porque desde el momento que llegué al Río Negro, dos expediciones análogas han sido enviadas a un afluente del Uaupés llamado río Paapuris, para hacer pegas entre los indios Carapanás. . . . También he visto y conversado con dos niñas robadas a los carapanás en una de estas expediciones.

. . . . . .

Volvamos a hablar del Orinoco. En San Carlos he encontrado a varias personas que han ido hasta el Raudal de los Guaharibos. El más inteligente de todos, y talvez la persona que mejor conoce la región comprendida entre el Casiquiari y el nacimiento del Orinoco, es un anciano caballero llamado don Diego Pina, residente en Solano (un poco más adentro del Casiquiari) ahora; pero cuando Schomburgk pasó por aquí, residía en San Carlos en calidad de comisario. Por desgracia está ya bastante ciego, y no puede señalar nada en los mapas; pero su memoria parece perfecta para los lugares y las distancias. Según su opinión, se tarda para llegar al Raudal desde la Esmeralda, viajando tal como los mercaderes están acostumbrados a hacer aquí; esto es, deteniéndose en todos los caños, donde los indios suelen tener sus viviendas. El Orinoco, encima del Raudal, es todavía un gran río, que en lo más cerrado de la estación lluviosa puede ser surcado por piraguas (1) de tamaño considerable. El cree que el origen

---

(1) La piragua venezolana es semejante al igaraté brasilero; tiene como base, un tronco bien cavado de árbol, sobre la cual se aseguran tres o más tablas a cada lado.

del Orinoco está más al oriente de lo que supone Humboldt en sus **Aspects of Nature;** y parece ya cosa segura que está bien al oriente del origen del Río Branco, o en otras palabras, que el sistema del río Branco **cubre parcialmente** (si se puede expresar así) el dél Orinoco: una circunstancia que existe en otros sistemas fluviales.

Don Diego es talvez el único blanco que vive ahora en el cantón del Río Negro, quien recuerda la estadía de Humboldt en Venezuela. Recogía aceite de tortuga en el Orinoco, en una playa cercana a la desembocadura del Apuré, cuando este distinguido viajero pasó con dirección a las cataratas. Hace dos o tres años murió una persona en San Fernando; ésta había visto a Humboldt y Bonpland en Esmeralda; recordaba la dificultad que habían tenido para recoger las flores de la Juvaa (**Bertholletia excelsa**), por la cual ofrecían una onza de oro. Cuando el fruto de este árbol están en sazón, los Guaharibos bajan mucho más allá del Raudal para recogerlo; y en el mismo tiempo, los indios del Casiquiari, en partidas no mayores de cinco o seis, están en acecho para raptar a cuantos indios puedan, convirtiéndolos en esclavos para el cultivo de sus cunúcos. Muchos indios del Casiquiari muestran las heridas producidas por las lanzas de los Guaharibos en estas expediciones.

AREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Indicaré que don Gregorio Díaz ha viajado también mucho en los ríos que se encuentran al oriente del Casiquiari, y en sus viajes por la corriente principal del Siapa, debió acercarse mucho al nacimiento del Orinoco.

He estado dos veces en la confluencia del Guainia y el Casiquiari. El agua de este último no es muy blanca, lo cual se explica porque en su curso recibe del Orinoco dos ríos grandes de agua negra, el Pacimoni y Siapa. El Guainia y el Casiquiari parecen ser aproximadamente del mismo volumen, pero ni el uno ni el otro pueden compararse con el Uaupés. Anotaré que el nombre Guainia no se extiende más abajo de la desembocadura del Casiquiari; la confluencia de estos dos constituye el Río Negro. "Quiare" es el nombre antiguo del Río Negro (1), y Casiquiari tiene probablemente alguna rela-

---

(1) Véase Baena: "Ensaio Corografico sobre a provincia do Pará", pág. 530.

ción con este hecho; pero yo no estoy preparado para saberlo. **Posiblemente** el prefijo "casi" es puro español (lat. "quasi"); porque aquí el Río Negro está considerado como la continuación del Casiquiari ("como si fuera el Quiare"), y nó del Guainia.

Estoy preparando una canoa para subir el Casiquiari y, de ser posible, explorar las montañas que se encuentran detrás del Duida de Esmeralda; para lo cual la ruta preferible parece ser entrar al río Cunucunúma, cuya desembocadura está a medio día de viaje del Orinoco, más abajo del Casiquiari. Se dice que la cumbre del Duida es inaccesible a causa de las murallas perpendiculares de roca que se elevan a cada lado. Sin embargo, todo el mundo cree saber perfectamente que hay un lago circular en la cumbre misma, habitado por una gran tortuga, el "genio" de la montaña. Dependerá de las noticias que reciba de don Gregorio, cuando éste llegue a San Fernando, saber si iré directamente del Cunucunúma al origen del Orinoco, o si antes regresaré a San Carlos.

La satisfacción que siento al encontrarme bien **on terra Humboldtiana** ha disminuído notablemente por ciertas circunstancias adversas, siendo una de ellas, la gran dificultad para conseguir víveres, sobre todo, cuando el río principia a subir. Nos sentimos muy bien en San Carlos cuando podemos comer una vez al día. Antiguamente, cuando había misiones en la mayoría de los pueblos del Orinoco y Río Negro, los viajeros podían proveerse; pero hace veinte años más o menos, no ha habido un solo padre residente en el cantón del Río Negro, y apenas uno en el Orinoco, lejos de Angostura. Un país sin curas, abogados, médicos, policía y soldados no es tan feliz como Rousseau lo creía; y el país en que ahora me encuentro ha decaído gradualmente desde su separación de España, tiempo en que (o tal vez un poco más tarde) los habitantes se desprendieron de estos funcionarios en la forma más inescrupulosa.....

(Reproduciré ahora cronológicamente la relación que hace el Diario de las principales excursiones que hizo Spruce de San Carlos antes de emprender viaje por el Casiquiari y el Orinoco al Esmeralda, y por sus más importantes tributarios, el Cunucunúma y el Pacimoni. Se verá, por una nota que aparece al fin del capítulo siguiente, que un

viajero francés llegó al origen del Orinoco en 1877; pero nada se ha conseguido con ello sino saber que es accesible).

ASCENSION A LA PIEDRA DE COCUI

19 de julio de 1853.—Partí a las 6 de la mañana del segundo sitio brasilero, en la orilla izquierda del Río Negro, más abajo de un igarapé blanquizco. Tardamos dos horas para llegar a la desembocadura del igarapé estrecho que conduce a la serra. Nos fué muy difícil empujar la canoa por el igarapé debido a que estaba enmarañado con ramas de árboles. Dos horas más tarde, recogiendo plantas por el camino, llegamos a la falda de la serra. La vegetación se parecía mucho a la que hay alrededor de la serra de Sao Gabriel: los mismos helechos comunes, y en grandes bloques dispersos por la falda de la serra, crecía la misma Selaginella delicada. . . . . .

Gran parte de la selva está compuesta de caatinga elevada. El cerro de Cocuí no es menos de 1.000 pies de alto respecto al río. El lado que mira al río está desprovisto de vegetación casi hasta el ápice; la roca cuelga casi de su base y está desprovista de surcos o fisuras. En la parte cóncava está salpicada de blanco, amarillo y rosado; talvez debido a la descomposición de su superficie; pero también parece haber una gran proporción de mica en el granito. Como corre poca agua, esta parte no está revestida, como el resto de la roca, de la misma Conferva negruzca que cubre casi todo el granito de la región.

En la cumbre está revestida de selva y dos rocas peladas se yerguen como pezones; éstas parecen ser los ápices de las dos partes en que la montaña está dividida cuando se la contempla un poco más arriba del río. Yendo un poco más arriba, el mismo pico a mano izquierda se divide, y toda la montaña presenta la forma de una pirámide truncada con un ápice de tres dientes.

En las faldas es imponente el espectáculo de la inmensa masa colgante. Es un gran panorama cuando al mirar hacia la llanura, el río naciente aparece saliendo de las rocas, entre las cuales la superior, que cubre a las restantes, es un inmenso paralelepípedo más o menos igual al Ro-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO
ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES

yal Exchange en tamaño; la montaña rugosa se eleva detrás de una faja delgada de selva, cerrando el cuadro.

Bordeamos la falda de la montaña hasta llegar al lado opuesto donde la roca se hunde hasta la llanura por ondulaciones graduales. La selva ha dejado atrás a la roca hasta cerca de un tercio de la altura total de la montaña, y la roca presenta aspecto singular, estando revestida de raíces de árboles que se adhieren estrechamente a la superficie y se extienden en líneas casi paralelas en una extensión casi interminable. Su dirección es la de los aluviones que bajan de la parte superior de la montaña con todas las lluvias copiosas, y cuya tendencia es lavarlas; este efecto se evita porque las raíces presentan la menor superficie posible al avance del aluvión. Cuando llegamos al margen superior de la vegetación, donde la inclinación de la roca es por lo menos de 45 grados, notamos que la planta que por su resistencia a la inundación ayuda a sostener a los otros que están debajo de ella es una Bromeliácea, de hojas algo parecidas a las del pino, pero menos rígidas; y sus tallos muertos de 6 pies de alto. Debajo de ésta hay alfombras de una orchis (**Sobralia dichotoma**), cuyos tallos hojosos y disticos se elevan a 5 o 6 pies y llevan en el ápice unas pocas flores grandes, hermosas y aromáticas, cuyas partes son blancas, menos el borde que es amarillo con franjas del color del bermellón. Junto a las raíces de estas orchis estaban los hacecillos de un musgo, Calymperes, en fruto, aparentemente la misma especie que es frecuente en la selva arenosa del Alto Río Negro. Las únicas plantas herbáceas que había aquí, fuera de éstas, eran una Cyperacea (Scleria sp.), una Scrophulacea de flores rojas, del tamaño de las del **Antirrhinum majus,** una Utricularia de flores verduzcas en un lugar donde el agua goteaba constantemente, y una Dioscorea delgada. Enlazándose con esta última sobre las orchys y las Bromeliáceas, había una Echites suffruticose notable por sus brácteas blancas salpicadas de rosa. La vegetación arbórea comprende una hiedra, una Cordia (**C. graveolens**) de hojas aromáticas, una melastoma de grandes flores blancas, y un arbusto Malpighaceo de racimos compuestos erectos y flores amarillas. La misma especie crece en grandes sotos en la desembocadura del Guainia, y a cierta distancia tiene gran semejanza la escoba común; y algunas otras que, no es-

tando en flor ni en fruto, yo no podría señalar con seguridad su género u orden. Ninguna de éstas sobrepasaba los 12 pies de alto, y formaban una banda de unas veinte o treinta yardas de ancho, bordeando una selva más elevada, aunque siempre inferior en comparación con la de la llanura.

Encima de ésta hay una gran extensión de roca pelada, muy seca fuera de dos o tres lugares donde el agua gotea por surcos estrechos. A primera vista parece imposible subir por ella, pero al hacer la prueba noté que las asperezas de la superficie bastaban para impedir que mis pies descalzos resbalaran. Trepé hasta donde pude tener una vista clara de la región, porque el descenso es peligroso y sólo puede hacerse apoyándose con pies y manos y con la cara dirigida al cielo. Pero mis indios, ágiles como monos, subieron hasta la zona siguiente de vegetación, a medio camino de la montaña, trayéndome una cantidad de orchis mencionadas más arriba. También me trajeron otras dos especies del mismo orden, una de grandes y delicadas hojas rojas, ya marchitas por el calor; la otra era un Epidendrum, de pequeñas flores rosadas y hojas redondas, tan carnosas como las de un Mesembryanthemum. Me dijeron que se podía subir todavía más por la montaña, aunque la roca era escarpada, pero debía hacerse muy temprano, antes de que el rocío se secara; porque el calor volvía resbaladiza a la roca, además de tostar los pies.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Desde el punto que alcancé, donde un hoyuelo de la roca me permitió sentarme, contemplé una cadena de montañas llamadas Pira-pukú, que se extienden de S. S. E. al E., y su prolongación está oculta por la selva en la falda del Cocuí . . . . .

Sin embargo, el cuadro más sorprende era la montaña a mi espalda, y cuando yo dirigí mis miradas hacia esa parte, me pareció el objeto más digno del pincel de un pintor, que yo viera en toda América del Sur. Es imposible dar en palabras todo el mérito que tenía el panorama. Los dos picos se elevaban con toda claridad; el de la derecha (Este) era ligeramente más alto que el otro; de la forma de un pan de azúcar, exento de vegetación, salvo en la cumbre, pareciéndome imposible ascender. El pico de la derecha era más ancho, lleva una buena porción de selva, entre la cual me pareció distinguir dos palmeras, probablemente Inajás,

pues mis indios hallaron una palmera Inajá que crecía en el punto máximo que alcanzaron. Yo mismo había visto antes esta palmera al dominar grandes alturas.

EFECTOS DE LAS PICADURAS DE LAS HORMIGAS

(Diario)

15 de agosto de 1853.—Ayer tuve el placer de experimentar por primera vez el agujón de la gran hormiga negra llamada tucandera en Lingoa geral. . . . . .

Después del desayuno había ido a herborizar en una caapoera al norte de San Carlos, donde había una buena cantidad de troncos caídos. Me incliné para cortar un hacecillo de musgo (Fissidens) de un tronco, y observé que al hacerlo descubría un gran hueco en la madera podrida; pero cuando me volví para depositar el musgo en el vasculum, no ví que un grupo de hormigas furiosas brotaban del agujero que yo había hecho. Me dí cuenta por una picadura que recibí en la cadera, que me pareció fué causada por una culebra, hasta que al saltar de mi sitio ví que mis pies y piernas estaban cubiertas de la temible tucandera. No había otro recurso que la huída y así lo hice rápidamente entre las ramas entrecruzadas; finalmente conseguí desprenderme de las hormigas, no sin antes haber sido picado horriblemente en los pies; pues en ese momento sólo llevaba zapatillas sin tacos, y éstas se me cayeron en la lucha. No estaba sino a cinco minutos de la casa (regresaba cuando me pasó lo que relato); quise caminar rápidamente pero no pude. Me parecía agonizar y poco me faltaba para tirarme al suelo y revolcarme, tal como había visto a los indios cuando han sido picados por esta hormiga. En mi camino tenía que cruzar una faja de arena calcinante y vadear una laguna, seca en parte y no más de dos pies de profundidad. Todo esto aumentó mi tortura; sin embargo a mí me parecía que el contacto con el agua habría aliviado el dolor.

Cuando llegué a casa, busqué inmediatamente sal. Pero no había. Una india, mi cocinera, sin que yo le

dijese nada, me lió bien en cada tobillo. Después de frotarme algún tiempo con la sal sin sentir alivio, le dije que me frotara con aceite y luego con aceite mezclado con sal. Ninguno de éstos parecía tener efecto; cuando se calentaba el aceite me aliviaba un poco, muy poco; y las heridas que recibieron menos frotaciones dejaban de dolerme más pronto. Una que no había sido tocada fué la primera en curarse.

Eran las dos de la tarde cuando me picaron las hormigas y hasta las 5 no sentía ningún alivio. Durante todo este tiempo eran mis sufrimientos indescriptibles. Puedo comparar el dolor al de cien mil alfilerazos reunidos. Pies y manos me temblaban como si tuviera la parálisis, y por algún tiempo sudaba de dolor. Con mucha dificultad pude contener un fuerte deseo de vomitar. A las 4 tomé una dosis de láudano, y creo que esto hizo más que cualquiera otra cosa para amortiguar el dolor. Me habían picado en los dos dedos grandes y en las plantas de los pies, pero las picaduras que me hacían sufrir más eran cuatro localizadas entre las venas delgadas debajo del tobillo. Cuando el dolor de las otras había pasado, éstas seguían atormentándome, y los dolores se extendían hasta la parte delantera del pie y hacia la pierna, a pesar de las vendas.

CIUDADA EN QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN TURÍSTICA

Cuando el dolor era ya un poco tolerable, volvió con gran fuerza en dos ocasiones, a las 9 y media de la noche; saltaba de la hamaca con el pie izquierdo, y cada vez me duraba el dolor una hora. Cerca de la madrugada me quedé dormido, y cuando me desperté ya no sentía molestias fuera de cierto atontamiento en los pies, pero la inflamación siguió durante treinta horas. Es curioso que por la parte exterior nada era visible fuera de la huella que dejara una aguja ordinaria. Posiblemente se evitó la hinchazón por la aplicación de aceite y sal, porque yo he oído contar casos en que la hinchazón era considerable. Pero la frotación de los ingredientes servía para aumentar el dolor en el mismo momento y después.

Mi vasculum y una zapatilla quedaron en el campo de batalla. Para recuperar el primero, que para mí era un artículo inapreciable, me aventuré a visitar el lugar al día siguiente, y caminando cautamente conseguí retirar con una vara de punta de gancho, tanto el zapato como el vasculum, sin molestar a una sola tucandera.

Este encuentro me resultó peor que cualquier otro desde mi llegada a Sud América. Muchas veces me habían picado las hormigas y avispas pero sin consecuencias tan graves. Una vez en San Gabriel, en mi visita a las cataratas de Camanaos, me dirigía a un pequeño campo; una rama se me interponía en el camino, yo la corté con mi machete, sin notar que un nido de avispas estaba colgado de ella; pero mi ignorancia no duró mucho tiempo, porque una nube de insectos me atacó furiosamente de pies a cabeza. Eché a correr, sacudiéndome de las avispas; mi sombrero voló y un buen número de las mismas se quedó con él; pero algunas me siguieron, se enredaron en mi pelo, y me picaron en la cabeza y cuello. Cuando estuve libre de ellas me senté en el suelo, porque me sentía atontado y mareado; me parecía que la cabeza iba a estallar, porque sólo en la cabeza y cara tenía no menos de veinte picaduras. Principió a llover, y yo expuse mi cabeza y cuello a la lluvia, lo cual me produjo gran alivio. Después de un rato pude reanudar mi marcha, aunque todavía con gran dolor; me abrí paso por otro lugar para evitar el nido de las avispas. El dolor disminuyó gradualmente, pero no pasó en todo el día. Un indio que venía conmigo, y que se había rezagado un poco, tuvo la suerte de chocar contra el mismo nido, recibiendo las mismas picaduras que yo. . . . . He sido picado dos veces por el escorpión común de casa, pero el dolor no era mayor que el producido por una avispa inglesa. Hay una especie más grande, cuya picadura dicen que es más grave. La picadura de la escolopendra común o cientopies es igual a la del escorpión; pero nunca me ha picado la escolopendra inmensa que se presenta en los montones de madera o entre la basura de las casas abandonadas (1).

. . . . . .

Hasta la fecha actual, agosto de 1853, gracias a Dios me he librado de las picaduras de culebras venenosas, ni he visto a nadie bajo la influencia de la picadura de la cu-

---

(1) Entre las tablas amontonadas de un aserradero en Tomo hallé una escolopendra de 11 pulgadas de largo y una de ancho.

lebra, aunque muchos han sido picados en la vecindad. La jararaca es muy frecuente en las caapoeras y en los muladares cerca de las casas del Río Negro. En Panuré, en el Uaupés, estuve una tarde poniendo papel seco en mis plantas, y había ya extendido el papel frente a mi casa, cuando acerté a mirar a través de la puerta abierta, ví algo que se parecía a un escarabajo en movimiento entre las hojas de la puerta. Me lancé para agarrarlo, pero antes de hacerlo descubrí que lo que parecía ser un escarabajo era la cabeza de la culebra, la jararaca venenosa. Como la mayor parte de las culebras venenosas, es muy tarda en sus movimientos, y yo no tuve ninguna dificultad en matarla con un bastón. Pocos días más tarde, mientras me ocupaba en la misma operación, oí un débil ruido junto a mí, y al levantar la vista ví a un pobre sapo que cruzaba el piso a toda velocidad seguido por una jararaca. Yo salté y la jararaca me miró y retrocedió al forno (campo de yuca) que estaba cerca. Debajo de éste se escondió antes de que yo hallara algo con que matarla.

. . . . . .

(Los casos siguientes de mordedura de culebra que tuvieron desenlace fatal y que Spruce lo oyó contar a los parientes de las víctimas, además de otro caso en que él pudo atestiguar el restablecimiento, le dieron suficiente experiencia para poder salvar la vida de un indio dos años más tarde en el Perú).

11 de octubre de 1853.—Hace dos días un muchacho de unos doce años de edad fué mordido por un crótalo mientras cazaban al peccari con sus padres en la selva que rodea su cunuco, a un día de distancia de San Carlos. Estaba de pies en un lugar casi desprovisto de matas; su madre acababa de separarse cuando parece que la culebra saltó de la espesura, lo picó en la parte posterior de la pierna, debajo de la pantorilla. Lo llevaron a casa a toda prisa, aplicaron pólvora a la herida y le dieron bebida. Le dieron también la corteza raspada de la buta (tonnina) en la cual tienen los indios gran fé (aparentemente sin ninguna razón). A pesar de estas aplicaciones, la herida resultó fatal. La culebra lo había mordido a la una de la tarde y a

las tres de la mañana del día siguiente ya era cadáver. Trajeron el cuerpo a la aldea para el entierro. . . . . .

Frotar el jugo de limones en la herida y tomarlo son remedios que gozan de gran reputación contra las mordeduras de culebras en San Carlos. Pero la mayor parte de la gente que recibe mordeduras, muere. Hace poco, un vecino mio, perdió a su hija, una linda muchacha que había sido mordida por la culebra pararaca, y la mujer que preparaba mi comida perdió a su padre hace pocos años debido a mordedura de la misma culebra. Cuando estuve en Sao Gabriel, un poco antes de que llegara una joven, hija del piloto de Camamnaos, murió mordida por la jararaca.

Marzo de 1854.—Cuando regresé de mi excursión por el Orinoco y el Casiquiari, encontré que en San Carlos se hallaba establecido un mercader mulato que se había casado con la hija de un negro rico de la Barra; con su fortuna se habia embarcado en el comercio de productos por el Río Negro. Tanto él como su mujer eran muy aficionados a la caza, y un día estaban en la selva en busca de caza cuando él fué mordido en el pie por una jararaca. El reptil se preparaba a una segunda mordedura cuando fué muerto por la mujer. Se dirigieron pronto a la casa que estaba cerca, lavaron bien la herida con vinagre; pero sin hallar alivio para el dolor, y comprendiendo que iba a morir, quiso ahogar el dolor y principió a beber buenos tragos de aguardiente. Con tal ardor se dedicó a la bebida que, cuando su mujer vino en busca del comisario y de mí, media hora más tarde, lo encontramos completamente atontado. Observé que la herida había sangrado copiosamente, y con la sangre habia salido una parte del veneno, de manera que el temor de un desenlace fatal había disminuído. Durmió un buen rato, y aunque su cuerpo se agitaba convulsivamente de tiempo en tiempo, el pulso principió a ganar en firmeza. Cuando despertó estaba ya fuera de peligro, aunque se quejaba de dolores ocasionales muy fuertes y se imaginaba que moriria inevitablemente; pero una taza de café bien cargado completó la cura y al día siguiente se había normalizado completamente.

(Por este tiempo, habiendo permanecido seis meses en San Carlos y en las cercanías, Spruce recogió en su Diario diversas notas respecto a las numerosas plagas de insectos

que abundan en el distrito, estorbando seriamente la comodidad personal y la capacidad de trabajo. Debe notarse que desde su llegada a los distritos de lengua española pertenecientes a Venezuela, y desde entonces, emplea la palabra "mosquito" (como todos los habitantes) para las pequeñas moscas de aguijón, que varían en tamaño desde las que llamamos moscas de arena hasta los tábanos, mientras que para los que nosotros llamamos **mosquitoes,** emplea la palabra "zancudo". Se verá que en esta región del Río Negro el primer grupo es mucho más numeroso y la plaga es mayor que el segundo. Reproduzco aquí estas notas que son interesantes en sí mismas, y porque sirven para dilucidar la que debe llamarse la "plaga" mayor que encontró en el Orinoco).

LAS PLAGAS DE INSECTOS EN EL RIO NEGRO

Desde el momento en que principió a descender el Casiquiari (28 de julio) no han faltado los mosquitos de San Carlos; pero desde la primera creciente parcial, esto es en septiembre, 4, han sido tan abundantes que han impedido toda comodidad. Cuando una persona está en movimiento, los mosquitos no se alojan mucho en ella; pero cuando estoy obligado a permanecer quieto, al escribir o al observar con el microscopio, el tormento es casi insoportable.

Aunque llevo medias y lío mis pantalones más abajo de los tobillos, y a menudo me pongo guantes, los mosquitos hallan siempre lugares vulnerables, y tienen una verdadera tenacidad para picarme el cuello, el pecho y la frente. En mi visita a Solano (2 y 3 de octubre) me sorprendí de no hallar un solo mosquito, y la gente que viene del Casiquiari nos ha contado que los mosquitos son mucho menos abundantes allí que aquí. Se dice que hace muchos años San Carlos estaba tan plagado de mosquitos como cualquiera otra parte del Casiquiari, pero por algún tiempo los mosquitos han sido escasos aquí. Este año parece volver a otras épocas. Alternativas iguales de salud y epidemia parecen ser comunes en los trópicos.

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA EQUINOCCIAL DEL ECUADOR
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Los mosquitos son aquí de dos clases principales: una de las cuales, el píum, es una pequeña mosca de color obscuro; pica todo el día; rara vez principian a picar antes de las siete de la mañana y cesan poco después de la puesta del sol. Dejan una pequeña pústula llena de sangre, y a las personas que todavía no están acostumbradas a tales picaduras, la picadura les causa una notable inflamación. Los indios suelen exprimirse bien la sangre (extravasada). Hacia la noche es muy común ver a las mujeres que se pasan revista las espaldas y se exprimen la sangre de cada picadura mediante una vara punteada. De esta manera se dice que evitan la ulceración. Rara vez he visto yo haberse producido la ulceración; esto ha pasado sólo cuando el paciente se ha rascado las picaduras, especialmente si la sangre ha estado impura por algún contagio venéreo. La irritación que se produce es grande en las muñecas, tobillos, pies; las medias más delgadas preservan contra las picaduras de los mosquitos, en tanto que los zancudos pueden picar a través de los vestidos de lana gruesa. Y los marinos ingleses de Pará afirman que los zancudos penetran hasta en las botas. Los mosquitos se cruzan por los ojos, la nariz, la boca, estorbando el trabajo sedentario, antes que causando dolor.

Además de este insecto hay otro de un tamaño más o menos igual, y de un color verde claro, que se parece algo a nuestras moscas del bosque. Y todavía puede haber muchas otras especies si se examinan cuidadosamente.

Hay un mosquito más grande, notable por su cabeza grande; dè aquí procede su nombre en español: mosquito colorado y en Lingoa Geral, Píum-piraga. Había un buen número de esta clase en Sao Jeronymo y Sao Gabriel, pero son escasos en San Carlos.. Chupa una enorme cantidad de sangre, permaneciendo adherido a la piel hasta que su abdomen aumenta al doble o triple de su volumen primitivo, y cayendo entonces impotente al suelo; pero su picadura causa menor irritación que la de los otros.

Todas las moscas pican de la mañana a la noche, cediendo un poco sólo cuando el sol es muy ardiente; se congrega en los lugares umbríos, bajo los árboles y dentro de las casas. En la obscuridad completa cesan en sus ataques; puede además obtenerse un ligero descanso cerrando puertas y ventanas y tapando las rendijas. En el Casiquiari la

gente está acostumbrada a poner una especie de estera (llamada carí en Brasil y cacuri en Venezuela) en la entrada durante el día. Consta sólo de tiras de la palmera Gravatana liada con sipó, pero con intersticios suficientes para el paso de una avispa; sin embargo se dice que es suficiente para impedir la entrada de mosquitos y, en cambio, dejar pasar la luz.

A la puesta del sol en algunos días, pero no en todos, hemos sido visitados por una mosca de arena, el maruím del Brasil, ehén de Venezuela, que, aunque aparece como un punto para la vista, y cuando vuela apenas puede distinguirse de un polvillo, causa una herida mucho más dolorosa que las otras. A mí me ha causado una mayor o menor inflamación de la parte afectada.

Al viajar por los ríos de agua blanca o negra, la mayor plaga parece ser durante el día la mutuca (en Venezuela se llama tábano). La especie más común en el Amazonas no parece ser mayor que una mosca común; es de un verde obscuro, con pocas manchas blancas; su proboscis es corta y ancha, de manera que no puede penetrar por el vestido. Pica ferozmente en las partes desnudas del cuerpo, y debido a su abundancia es una plaga. En el Río Negro eran comunes dos o tres especies, todas las cuales se parecen al tábano (creo que éste es el nombre que lleva en Demerara); poseen largos proboscides semejantes a agujas, que son más penetrantes que las del carapaná. Sus heridas producen hinchazón y gran irritación; especialmente cuando son en los empeines y plantas de los pies. Generalmente son poco abundantes en tierra; pero en Sao Jeronymo son muy abundantes; cerca de la media noche solían picar salvajemente, dejándose matar antes que desprenderse si no han chupado sangre hasta llenarse. Hay una especie de cuerpo rojizo, la mutúca-piranga, algo más frecuente en las caatingas: su picadura es muy aguda. Hablando en general, las selvas del Río Negro no están muy atestadas de estas moscas de aguijón. Por los arroyos hay ocasionalmente unos pocos mosquitos y zancudos, y en selvas arenosas, abiertas y bajas, hay en ciertos momentos una buena cantidad de moscas más pequeñas y la matuca-piranga antes mencionada.

En el Amazonas, hasta la Barra, la única plaga es la mutuca. A un día o dos más abajo de la Barra, el pium

nos visitaba de cuando en cuando; pero en el Solimoes el píum y la mutuca de día, y el carapaná de noche, apenas dejan descansar al pobre viajero; y mientras más avanza por el río, más penas padece.

(La carta siguiente, escrita unos pocos días antes de partir de San Carlos hacia el Orinoco, ilustra muy bien las penalidades a que está expuesto un viajero en estos países; también hace una buena descripción del bote que Spruce había construído para realizar este viaje) :

Al señor John Teasdale
San Carlos, 20 de noviembre de 1853.

. . . . . No puede ser más de tres meses que escribí a Sir William Hooker para decirle que estaba a punto de partir. Nada había que me detuviera: mi canoa estaba terminada y en dos días podía ser calafateada y lanzada al agua; mis artículos estaban listos para el embarque. Pero aquí no se puede calcular cuando va a partir una persona, o cuando llegará al lugar de su destino. En aquel tiempo estábamos aquí en una especie de interregno. El comisario de San Carlos había sido destituído y nombrada en su lugar una persona que vivía por el Guainia. Este último declinó el honor y pasaron muchas semanas en correspondencia con el comisario general que vive en San Fernando. Viendo que no había nadie que los controlara, los indios se dirigieron a sus cunucos (1), y por lo menos tres semanas estuvo el pueblo desierto. Durante este tiempo podía yo morir de hambre, porque las selvas vecinas a San Carlos no tienen caza, pero felizmente había recibido poco tiempo antes la carne salada de un buey que yo había mandado a conseguir en las cataratas de Mayoures. También de mi parte había traído una considerable cantidad de arroz y yuca. Ud. sabe cómo se adoba la carne en los trópicos. se corta en tiras pequeñas, se la seca al sol poniendo poca sal, y cuando ya está adobada tiene el aspecto de cuero. No sé

(1) Cunuco (sitio en el Brasil) es el nombre que tienen los sembrios de yuca, que están generalmente en las orillas de algún arroyo, muy adentro de la selva.

si ésta será tan dura cuando hierve, porque nunca la probé; sin embargo, tal como estaba, llegó muy oportunamente para conservarme en vida. Cuando ví que los indios se preparaban a partir me dirigí a los calefateadores —que en este lugar son cinco o seis— pero aunque les ofrecía dos veces el valor del calefateo que están acostumbrados a recibir, se negaron a trabajar, y no tuve manera de retenerlos. Mi barco no había sido construído en un lugar protegido, y después de su construcción, permaneció unas seis semanas secándose al sol, con lo cual se abrieron sus junturas y se agrietó la madera. Mientras estaba en el suelo —porque no tenía soportes— las termitas se habían abierto paso hasta él y habían principiado a roer algunas tablas hechas de madera más suave de lo que debía ser. No descubrí a las termitas sino en el momento de lanzar el bote al agua, causándome un gran trabajo matarlas con agua hirviente, porque eran millares y millares.

Por fin, Dn. Diego Pina, anciano caballero que reside en Solano en el Casiquiari, y talvez es el único racional del Río Negro, que recuerda haber visto a Humboldt, fué nombrado comisario, pero después de trasladarse a San Carlos, tardó dos o tres semanas para conseguir que los indios regresaran al pueblo. Cuando llegaron, cada uno traía su provisión de bureche (la cachaça del Brasil), porque no hay indio que no tenga su barril y su cañaveral. Dos calefateadores se pusieron a trabajar en mi bote, pero como casi siempre se intoxicaban trabajando sólo medio día, tardaron una semana en terminar el calefateo; pero el trabajo estaba tan mal hecho que el día en que lanzamos el bote al agua, se fué a pique. Me había costado tres galones y medio de ron para ponerlo a flote, y medio galón para sacarlo. Luego puse a los calefateadores a tapar los huecos por donde entraba el agua; pero, como patrones y ayudantes estaban intoxicados, el trabajo resultó muy imperfecto, y ahora mismo mi canoa hace mucha más agua de la que debiera; pero confío en que las aguas fangosas del Casiquiari taparán completamente los agujeros.

Esto puede darle a Ud. una ligera idea de lo que es aquí la construcción de barcos, y Ud. puede ya suponer si estaré disgustado. Lo peor de todo es que Ud. no puede saber si el bote durará más de un par de años, porque la madera que sirve para hacer la canoa viene de las orillas

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN QUITO AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

inundadas de los ríos. La cortan cuando los ríos están crecidos, de manera que caen al agua y son flotadas a manera de balsas. Por esta razón, pronto se descomponen. Hay muchas maderas excelentes en tierra firme, pero no hay aquí manera de llevarla hasta la orilla de los ríos.

El nombre piragua se da aquí a los barcos construídos en un curiará (nombre de los botes de una sola pieza) como base. Los barcos de mayor tamaño son hechos de tablas desde la quilla y se llaman lanchas. Mi piragua tiene 11 varas (cada vara es igual a 2 pies 9 y un tercio de pulgadas) de largo, un poco menos de tres varas en su parte más ancha y no llega a una vara de profundidad. En la parte posterior la carroza (camarote) ocupa 5 varas; es hecha enteramente de tablas y no está cubierta de hojas de palmera como se acostumbra aquí. El piso está a seis pulgadas más abajo del borde del barco, y el techo, que es casi plano o ligeramente convexo, y tan alto que puedo sentarme cómodamente dentro de la carroza en una silla india de 6 pulgadas de alto. Hay una pequeña ventana cuadrada a cada lado y una en la popa de la carroza que puede ser abierta para admitir el aire necesario, para lo cual se cierran las puertas asegurándolas con un candado. Es muy difícil hacer el techo a prueba de agua (lo he hecho calefatear dos veces y todavía destila agua); después hice coser varias tiras de una fuerte pieza de algodón del tamaño del techo haciéndolas untar con la leche de un árbol llamado Pondari, hasta formar una especie de encerado; lo pegué al techo y parece que está sirviendo bien. Además, tuve una estera grande y a prueba de agua, que sirve para aliviar el calor del sol. En la parte delantera de la piragua están los bancos de los remeros, y me propongo depositar en el mismo lugar mis provisiones, tales como canastos o mapires de yuca, y muchas otras cosas que los indios no están inclinados a robar; el conjunto estará cubierto por dos esteras. En la proa misma hay un gran rollo de cable, muy esencial para arrastrar la piragua por los raudales (cataratas), de las cuales hay varias pequeñas en el Casiquiari. Usamos —como puede suponerlo, remos de varias clases y formas; algunos tienen una hoja redonda y otros son ovales. Mi tripulación va a constar de siete hombres y un grumete. Creo haberle dicho que en este país no puede ejecutarse ningún trabajo sin haber pagado por él de ante-

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

mano. Así, la mayoría de estos hombres han recibido ya el pago de todo el viaje que está calculado en tres meses. Los carpinteros indios están casi siempre endeudados con algún racional u otro, y si una persona necesita los servicios de otra, debe pagar antes las deudas que ésta haya tenido, y todavía ella no se pondrá a trabajar antes de haber recibido un adelanto en artículos. Así, por ejemplo, yo tuve que "comprar" un par de carpinteros, y después de que ellos habían terminado mi piragua y hecho algunas cajas, uno de ellos me debía todavía cuarenta dollars. Si no tengo más trabajo para él a mi regreso a San Carlos, procuraré "venderlo". Esto es ya otra cosa, porque nadie tiene dinero aquí; y si yo recibo piassaba y tablas (que es lo único que pueden ofrecerme), debo construír un bote para llevármelo a la Barra y venderlo; pero esto será talvez una especulación peor que perder el dinero. . . . . La primera noticia que yo tuve acerca del cambio de presidente en Venezuela me llegó con el periódico **Times,** vía Amazonas.

(La siguiente es la última nota del Diario antes de partir de San Carlos con dirección al Casiquiari):

4 de noviembre de 1853.—Esta fué la fiesta de San Carlos de Borromeo, el santo patrón de la iglesia y la aldea.

Durante muchas noches anteriores, la mayoría de los indios pasaron bailando y bebiendo, y cuando llegó la mañana, muchos de ellos estaban inconscientes. Cerca de las ocho de la mañana me llamaron para visitar a un indio llamado Maestro Conde, de quien me dijeron que estaba en agonía. Era el mejor carpintero del lugar, y yo lo había contratado durante dos meses para hacer la carroza de mi canoa, tarea que acababa de cumplirla cuando principiaron las fiestas.

Lo encontré en su hamaca, insensible y mudo; sus ojos y boca estaban completamente cerrados; tenía estertores y apenas había pulso en sus manos; su cara estaba hinchada.

En este estado había pasado toda la noche. Lo había trasladado hasta la puerta para que recibiera más aire, y con la ayuda de dos hombres lo levanté; con gran dificultad conseguí que abriese la boca; le dí sal y agua por cucharaditas. Después le dí aceite dulce y agua caliente, pero no conseguía que los tragara ni que se sofocara.

Frotamos su garganta con una pluma para provocar el vómito, pero parecía no tener fuerza para vaciar su estómago. Aplicamos ropas frías y húmedas a la cabeza, ropa caliente a su cuerpo y piedras más calientes todavía, a sus pies. Con la ayuda de un portugués le puse ventosas detrás del hombro, y después de varias tentativas le extrajimos sangre. Después matamos una gallina y le servimos el caldo a intervalos. Así pasamos varias horas sin haber conseguido que vomitara ni que volviera en sí. Entonces me retiré ordenando que le hicieran los mismos fomentos. A eso de las 4 de la tarde vinieron a comunicarme que después de sufrir un fuerte espasmo y vomitar sangre, había dejado de existir.

Las muertes por intoxicación en la bebida son muy frecuentes en San Carlos y recientemente se presentó el caso de la muerte de dos jóvenes. Conde dejó dos hijos, robustos mozos de diez y seis a diez y ocho años. Poco después de su muerte, contraté al mayor de ellos para que me cortara leña. Cuando le pregunté cuánto quería que le pagara, contestó enseguida: trago; esto es, licor. Le pregunté si tan pronto había olvidado la muerte de su padre y la causa de la muerte. Pero él dijo riendo: "O, el trago no ha matado a nadie; mi padre fué embrujado". Cuando regresé del Casiquiari a fines de febrero, supe que el joven Conde había muerto por exceso en la bebida: murió exactamente de la misma manera que su padre.

(Poco después de partir de San Carlos para el Orinoco, Spruce escribió dos cartas botánicas, al Sr. Bentham y a Sir William Hooker. La primera está dedicada a una descripción general de la vegetación del Alto Río Negro, interceptada por observaciones sobre la cantidad y el carácter de sus colecciones, y sobre varias cuestiones que se refieren a sus exploraciones pasadas y futuras. Así yo creo que ella no sólo será interesante a los botánicos sino a todos los amantes de la Historia natural, en su sentido más lato. La otra carta está dedicada a una relación de localidad bastante rica en musgos y Hepaticae, grupos que eran especialmente interesantes a su corresponsal, y de los cuales hizo Spruce el objeto principal de su vida. Pienso que ésta interesará a todos los que tengan algún conocimiento de estas bellas y pequeñas plantas).

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Al Sr. George Bentham
San Carlos, 23 de noviembre de 1853.

Mis colecciones son muy pobres y dejo una sola caja que debe ser despachada a la Barra en la primera oportunidad. Aunque no hubiese pasado el tiempo en busca de indios perezosos y borrachos para el trabajo, no habría podido hacer mucho en la estación húmeda, cuando muy pocos árboles florecen, ni hay tampoco helechos como en Sao Gabriel para dedicarme al trabajo. Además, la vegetación ribereña está compuesta de plantas que ya han sido recogidas antes, sea en el Alto Río Negro o en el Bajo Uaupés. Pero entre las plantas que yo he recogido hay varias muy interesantes por su estructura anómala. El otro día recogí en el Casiquiari un árbol, talvez afín del Achthocosmus (Ternstromiaceae), pero también próximo a las Humiriaceae, Olacaceae y Ebenaceae. Tengo algunos otros que tienen algo de común con los tres órdenes que acabo de mencionar, pero no pertenecen claramente a ninguno de ellos; un nuevo género de Rhizoboleae afín del Anthodiscus, pero apenas podía combinarse con él, una hermosa serie de Dimorphandras, al parecer todas nuevas; más nueces moscadas y Commianthi; y varias otras que me parecen le serán interesantes, si le llegan en buen estado.

. . . . . .

QUITO
FUNDADA EN 1534
AREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

No he mirado la flor de la **Caraiaa paniculata** (murápiranga), pero se parece a una mirtacea por su estructura. En el alto Río Negro y en el Uaupés hay otras mirá-pirangas, aparentemente todas rubiáceas, notables por la madera y sobre todo, por la corteza, que se vuelve roja al ser cortada. Tengo en mi poder algunas varas que encontré el otro día en casa de un indio; cuando se pela la cutícula gris, queda expuesta la corteza interior, del más hermoso color carmesí. De esta corteza se prepara una brillante tintura roja, muy superior a la del anatto y carajurú. Me gustaria que la conocieran en Inglaterra, aunque el arte de la química parece haber revolucionado la tintorería. Recogí dos especies en fruto, en el Uaupés. Me gustaría saber si pertenecen a las Sprucea, aunque talvez son solamente Amaiouas (Cinchonaceae).

. . . . . .

En el **Hooker's Journal** hay una carta de D. C. Bolle, en la cual, al hablar de los meses lluviosos en las islas del Cabo Verde, dice: "Aún dentro de la casa, ¿cómo podrían secarse las plantas en un clima donde las ropas, zapatos, muebles, todo se cubre de su mucor apropiado? Bien, esto y mucho peor podría afirmarse del Río Negro en todo el año, y sin embargo, las plantas pueden disecarse. Si yo tuviera posibilidad de construír una casa con todos los requisitos que la ciencia me ha enseñado aquí, no dudo de que podría disecar plantas, tal como han sido disecadas en todas partes del mundo. No quiero decir que el trabajo sería fácil, porque hay que tomar muchas precauciones. Desde el día que partí de Pará no he vivido en una sola casa cuyo techo no dejara filtrar el agua. En la Barra me fastidió mucho una hormiga pequeña, roja y virulenta que se introducía a mis cajas y anidaba en mis ropas y plantas. Al pasar revista a un paquete de plantas disecadas hallaba varios papeles embebidos en ácido fórmico, y algunas plantas en tal estado que yo preferia arrojarlas.

(En una carta escrita de Tarapoto, tres años más tarde, Spruce se refiere otra vez a este tema como sigue):

En San Carlos la humedad excede la que yo había experimentado en Sao Gabriel y en el Uaupés. Si dejo caer un papel al suelo y no lo recojo inmediatamente, al cabo de cinco minutos está tan mojado que no permite ya la escritura. Las muestras disecadas y puestas en una caja se cubren de moho al cabo de un mes; pero si las dejo en la mesa, basta una noche para enmohecerlas. Cualquier artículo de metal o de marfil, que quedara en la mesa durante una noche, se cubriría a la mañana siguiente de moho.

A Sir William Hooker
San Carlos, 17 de septiembre de 1853.

En el ángulo formado por los ríos Negro y Casiquiari he conseguido algunas Hepaticae y musgos que me han interesado mucho. Como conocen muchos mi predilección por estas tribus, talvez le han preguntado si yo hacía algo con ellas y si pensaba distribuír las especies. He evitado aludir a los musgos en mis comunicaciones a Ud., porque eran muy escasas y yo no creía que su número fuera lo suficiente para dedicarme a la distribución.

En el Alto Río Negro yo he tenido mejor suerte, y pienso que un día u otro yo puedo formar grupos de las hepaticae y musgos que he recogido en cantidad suficiente. El número de musgos es relativamente pequeño, si consideramos el espacio de terreno que hemos pasado, y con cuanta atención los he buscado en los cuatro años de viaje. Supongo que en este tiempo no he recogido más musgos de los que habría recogido en Europa en un mes, y en un espacio de cincuenta millas de diámetro. Y con todo, son interesantes y un buen número de ellos, nuevos. El carácter general de la vegetación criptógama en el Amazonas y en el Rio Negro parece ser la de Demerar y Surinam, pero su semejanza con la del Brasil es muy escasa. Los musgos son en su mayor parte, plurocarpous, y comprenden un gran número de Hypnums diminutos y muchas Hookerias. Una especie bonita del último género, abundante en los maderos de la selva cercana a San Carlos, parece ser la **Hookeria pallescens** que Ud. describió en los **Musei exotici,** entre las muestras recogidas por Humboldt en el Esmeralda. Procuraré observar todas las especies de Humboldt de esta región. Entre los musgos acrocarpous el más común y talvez el más hermoso es el **Octoblepharum albidum,** que crece en todas partes en árboles, tanto en la estación seca como en la lluviosa. El **O. cylindricum** es mucho menos abundante, y lo he visto más en los troncos de las palmeras. Creo tener una o dos especies de este género. Hay muchas Fissidens diminutas cuyo habitat es preferentemente en nidos de termitas, en el suelo o en árboles. Los géneros Macromitrium, Syrrhopodon, Calymperes tienen sus representantes, pero están lejos de ser tan abundantes como yo lo esperaba. Por otra parte, he encontrado varias especies de géneros considerados peculiares de climas más frescos; por ejemplo, una Anacalypta de Santarem, y un Phascum de Sao Gabriel. En el Río Negro un musgo muy común y bonito es el **Leucobryum (Dicranum) Martianum;** crece en maderos húmedos, y tiene el mérito adicional de fructificar copiosamente. Estoy algo desengañado porque desde el día en que posé mis plantas en América, hace más de cuatro años, no he visto una sola vez la **Funaria Hygrometrica,** musgo del cual alguien ha dicho, con más poesía que verdad: "brota en todas partes donde el indio salvaje ha encendido su fuego". He visto centenares de sitios donde los

indios amazónicos, salvajes y pacíficos, han encendido sus fuegos; pero las plantas que crecen junto a éstos no son musgos. Algún día podré decirle a Ud. lo que son. Hay un musgo que parece adicto a los troncos chamuscados; se parece a un **Hyonum tamariscinum** en miniatura, y yo lo tomo por un **H. involvens.** El **Ceratodon purpurens** es un compañero casi constante de la **Funaria hygrometrica** de Europa, y tiene la reputación de ser cosmopolita, pero yo nunca la he visto aquí.

Las Hepaticae han sido en todas partes mucho más numerosas que los musgos, y muchas, lo espero, serán nuevas. La mayoría pertenece al género Lejeunia, pero hay varias especies de Omphalanthus, Phragmicoma, Mastigobryum, Plagiochila, Aneura, etc. Una de las hepáticas más comunes del Río Negro es la Sphagnoecetis, muy parecida a nuestra **Jungermannia Sphagni** en su aspecto, pero más pequeña; fructifica copiosamentte a fines de la estación lluviosa. Tengo muchas especies nuevas, afines de las formas europeas comunes; por ejemplo, a la **J. bicuspidata** y a la **trichophylla;** y una serie de especies, que talvez no han sido descritas, intermedias entre las hepáticas hojosas y frondosas.

Muy pocos musgos crecían en las márgenes inundadas de los ríos grandes, aunque son especies que se presentan en todas partes. Es necesario internarse en la selva y buscar los riachuelos rocosos y los troncos de árboles caídos junto a ellos. De aquí que cuando subí por el Río Negro en noviembre de 1851, estando el río bajo, aunque había abundancia de árboles en flor, los musgos de las orillas estaban tan secos que casi parecían inexistentes. Lo contrario pasó cuando vine a San Carlos por el río Uaupés en marzo pasado, cuando los ríos aumentaban su caudal y las lluvias eran frecuentes y violentas. Los troncos de los árboles inundados estaban revestidos en muchos casos de una capa de musgos y hepáticas, pero casi todos los árboles estaban exentos de flores.

Haré todo lo posible para explorar las montañas que están detrás de Esmeralda, pero no espero mucho de ellas. La gran peculiaridad de las montañas que he visitado hasta ahora es que son colinas sin valles, trozos de granito que emergen de la llanura. Todas ellas parecen ser desprovistas de agua, y ésta es la razón por qué parecen deshabita-

das. Hasta donde yo he preguntado, sé que no hay una sola cabaña indígena en todas las montañas del Río Negro y Orinoco.

Me alegro saber que mis muestras, tanto para el herbario como para el museo, lo han satisfecho a Ud. Es la seguridad de que mis amigos europeos apreciarán mi trabajo la compensación a las fatigas que traen los viajes en estas regiones. No dudo de que un hombre más fuerte que yo podría hacer más, pero estoy seguro de que el hombre más fuerte tendría que perder mucho tiempo entre este pueblo letárgico. El Sr. Wallace podrá informarle mejor. Respecto a mi salud, por la cual pregunta Ud. tan amablemente, le diré que es lo que fué en Inglaterra: se descompone fácilmente, pero (con cierto cuidado) no se afecta seriamente. Estoy tan aclimatado al trópico que me parece que puedo enfermarme al volver a un clima frío.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CAPITULO XII

EN EL PAIS DE HUMBOLDT: VIAJE POR EL CASIQUIARI AL RIO ESMERALDA EN EL ORINOCO, Y POR LOS RIOS CUNUCUNUMA Y PACIMONI

(Del 27 de noviembre de 1853 al 28 de febrero de 1854)

NOTA DE INTRODUCCION POR EL EDITOR

(El diario sobre esta expedición es extraordinariamente lleno y Spruce mismo lo ha mirado como una de las porciones más interesantes de sus viajes. En primer lugar, se refiere a una gran extensión de territorio ya visitada por otros viajeros botánicos, Humboldt y Bonpland, y en parte, por Schomburgk; y en segundo lugar, porque Spruce ascendió, hasta donde lo permitían las circunstancias, dos ríos que no habían sido visitados antes por ningún viajero europeo, familiarizándose con algunas tribus poco conocidas de indios. Por consiguiente, me ha parecido obligatorio presentar este diario casi en su totalidad, omitiendo sólo algunos detalles del viaje que no tienen importancia especial, al mismo tiempo que retengo todo aquello que sirva para ilustrar las dificultades y peligros de esta región casi desconocida que me parece está casi en las mismas condiciones en que Spruce la halló. He reproducido en su lugar una descripción muy animada de Esmeralda (hecha por Spruce a su amigo Sr. John Teasdale) que complementa la descripción más técnica del diario, y he separado las partes de la carta que son exclusivamente botánicas, imprimiéndolas en tipo pequeño. Al final del diario mismo, re-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
QUITO
AREA HISTORICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

produzco una carta algo larga dirigida a Sir William Hooker, y que contiene una relación legible y conexa de toda la expedición, la cual es útil porque nos descubre las causas que impidieron a Spruce llegar a la meta de su viaje. La parte especialmente botánica de esta carta está también en tipo pequeño. Con excepción de estos pasajes, creo que el conjunto será interesante para todos).

Diario

El 27 de noviembre de 1853 (domingo) me embarqué con dirección al Casiquiari. Después de grandes dificultades debidas a las borracheras y mala voluntad de los indios, zarpamos a las 10 de la mañana. A las cuatro de la tarde llegué al raudal que se encuentra en la desembocadura del Guainia. La furia de este río había declinado desde la creciente, y sin embargo era muy difícil avanzar más de una **curiara.** Pasamos a la orilla oeste, porque mi piloto era de la opinión de que más fácil era ir a ese lado. Después de dos horas de trabajo mi cable, que era de piassaba de cuatro pulgadas de diámetro, se rompió justamente cuando mi canoa estaba en la mitad de la catarata. Dió tres o cuatro vueltas y se escapó de hacerse pedazos contra la punta saliente de la roca. Se formó en la quilla un hueco por el cual oíamos al agua deslizarse, aunque no había luz suficiente para poder localizar el agujero. Pegamos a la orilla y mis hombres pasaron toda la noche vaciando el agua. No me atreví a dormir un solo momento, y levantaba a los hombres por turno para el desempeño de sus tareas. Por la mañana hallamos la filtración y la cubrimos con arcilla, y al llegar a Solano el 29, la calefateamos toscamente sin brea, y el fango que arrastran las aguas del Casiquiari completaron la impermeabilidad.

Al examinar el cable roto, noté que había sido cortado más de la mitad con algún instrumento cortante; de otra manera no podía romperse tan fácilmente un cable nuevo. Al regreso del viaje, me contaron los indios que lo había hecho así mi piloto Carlos, un pícaro chistoso y alegre, que había pensado nada menos que en la destrucción de mi bote contra las rocas, con lo cual pensaba en librarse de las penalidades de un viaje que le había sido ya pa-

gado por adelantado. El y sus compañeros se habrían salvado a nado en el momento del hundimiento, porque se arrojan sin miedo a las cataratas más furiosas (1).

Para este viaje llevaba conmigo algunos grandes frascos portugueses (botellas cuadradas de vidrio grueso y negro) para conservar los frutos suculentos en alcohol; y con el mismo objeto había conseguido una damajuana (con capacidad de seis galones, igual a doce frascos) de reseca-do, esto es, alcohol de caña dos veces destilado. Además llevé dos frascos de boca estrecha para beber. Durante nuestra primera noche insomne, cuando buscábamos la filtración de agua en la canoa, brindé abundante alcohol a mis hombres. El piloto tenía mucha sed y tomó una buena porción de licor quedando "bastante borracho". En las tardes siguientes me pedía más, y dos o tres vasos que le dí le pusieron díscolo e impertinente. Ví entonces que la posesión de este líquido habría sido una fuente de inquietud y que los indios lo tomarían, aunque pusiera en él frutas venenosas. Así pues, en la cuarta noche, me levanté muy quedamente, saqué la damajuana y vertí su contenido en el río. Los hombres dormían en la proa, pero cuando se despertaron alcancé a oír a uno de los hombres decir a su vecino: "¿Qué sería lo que el patrón arrojaba al mar? ¿No oían ustedes, pop, pop, pop? Seguramente no sería bureche". El otro pensaba que debía ser aceite que se había vuelto rancio, pues yo llevaba también dos pequeñas damajuanas de aceite de tortuga para freír pescado y para mi lámpara. No cupo ninguna duda cuando a la hora del desa-

---

(1) En mi viaje siguiente a las cataratas del Orinoco, Carlos desertó de mi tripulación, llevándose consigo a un buen muchacho llamado Antonio, que había sido mucho tiempo mi ayudante por tierra y agua. Este fué el único caso de un indio que huía de mi lado durante toda mi estadía en Sudamérica, lo cual no debía sorprenderme, si se tiene en cuenta que el Alto Río Negro, una de las regiones más hambrientas de todo el mundo, se encontraba entonces en un estado que tocaba la hambruna. Nos encontrábamos en la aldea de Tomo, procurando provisiones para poder seguir al Atabapo en el Orinoco, pero apenas pude cubrir mi subsistencia diaria. Cuando llegué otra vez a San Carlos, Carlos y Antonio se me acercaron arrepentidos, y acusándose mutuamente de haber instigado la deserción; pero ellos honradamente me reintegraron los artículos que les había adelantado para el viaje, con gran asombro de los residentes blancos que decían no haber visto nunca tal cosa de los indios.

yuno puse la damajuana a gotear. Uno tras otro se acercó furtivamente a oler la damajuana y yo alcancé a oír sus murmullos de horror al saber que había arrojado al río un líquido tan precioso. Pero para mí significaba aliviarme de una gran molestia. Sólo conservé un frasco de alcohol mezclado con dos onzas de ruibarbo en polvo, esperando hacerlo desagradable y aumentar su potencia curativa. Cuando mi cazador, el mejor hombre, se enfermó con calofríos y fiebre, le dí una fuerte dosis de alcohol que lo puso muy bien. El me dijo: "su medicina es muy amarga, pero muy buena". Temía que me pidiese más, y por esto le aseguré que las medicinas fuertes sólo podían tomarse en pequeña dosis, si no querían que se volvieran venenosas; por supuesto, desvanecí la idea de que en ella había alcohol.

En el lecho de granito, cuya mayor parte está ahora seco, tuve la oportunidad de atestiguar las salidas de los murciélagos debajo de las planchas que cubren a la roca. Poco después de la puesta del sol salían en continuos enjambres que duraban dos o tres minutos. De debajo de una sola piedra creo que hayan salido no menos de dos o trescientos. Pero en la tarde del 30 fuí testigo del mismo fenómeno en mucha mayor escala en la roca del Guanari. Acababa de regresar a mi camarote, después de la cena, cuando a mis oídos llegó un largo bramido en la selva en dirección de la roca (la cual estaba invisible por los árboles interpuestos, a pesar de que la distancia no era mayor de doscientos pasos), casi igual al de una tormenta inminente. Ordené a los indios recoger la ropa blanca que se secaba en la tolda, pero ellos rieron y me manifestaron que no era lluvia sino murciélagos que se acercaban, y me señalaron una nube negra que se extendía al otro lado del río y encima de la selva. No me convencía de que aquella era una masa viviente hasta que, mirando atentamente, percibí claramente los aleteos de los animales que salían de la roca para cazar los insectos que constituyen su alimento. Temo calcular el número; posiblemente no bajaba de millón.

Cuando me he sentado de día en una de estas rocas planas y yacentes, mis sentidos han sido afectados por un hálito tibio y muy poco odorífero, y si se aplica el oído al borde de la roca, se puede distinguir un incesante murmu-

llo y aleteo. He visto a los niños azuzar a los murciélagos con varas largas.

Mi tripulación consistía de nueve hombres: el piloto, siete remeros y un grumete.

El 29, a las ocho de la mañana, llegamos a Solano, un pueblo algo más pequeño que San Carlos, y el único establecimiento antiguo del Casiquiari. Aquí hay un anciano llamado Silvestre Caya Meno, quien recuerda a los jesuítas y pudo haber visto a Humboldt. Es ya bastante sordo, pero su mujer, casi de la misma edad, está en perfecto uso de sus facultades. Ambos hablan español mucho mejor que tantos indios de la generación actual. Don Diego Pina, que reside aquí en su calidad de gobernador, supone que no tengan menos de cien años de edad.

En la tarde del 30 llegamos a la roca de Güanari, que es un Cocuí en menor escala. Creo que se eleva a menos de 300 pies sobre el nivel del río. Consta de una gran masa abrupta y tres o cuatro pequeñas a la derecha, de las cuales dos erectas están a cada lado, y dos están un poco encima del centro, y son llamadas "varón y hembra". Hay también, como en Sao Gabriel, muchos bloques dispersos cerca de la base, bajo la cual se anidan las hordas de murciélagos. Entre estas rocas trepan los Arums en tal cantidad que es apenas posible abrirse paso por sus raíces colgantes. Hay muchas palmeras Paxiuba, pero no hallé nada nuevo.

Permanecí aquí hasta el mediodía del primero de diciembre para abrir una trocha que sirviera a los remeros. A las cinco de la tarde llegué a Buena Vista, un pequeño sitio de 6 casas.

El 2 de diciembre, cerca de la puesta del sol, llegamos a Santa Cruz. Hay poco más o menos ocho casas y una iglesia. El suelo consiste en una arcilla roja modelable como en Marabitanas, el puerto de Tomo, y parcialmente en Sao Gabriel. La selva cercana es alta, y ví muchos árboles Seringa. Había un gran número de palmeras Piassaba, con penachos muertos semejantes a los del Jará. Había también alfombras de una pequeña Lepidocaryum (una palmera) de flores vermellón.

Permanecimos todo el domingo para matar y salar un puerco. Mis hombres pescaron un gran tambaki (murucuto en Venezuela), en el puerto. Es el primero que he

visto desde mi partida de la Barra, y parece ser desconocidos en las aguas negras; ni en San Carlos lo pescan. En el Orinoco y en el Amazonas es muy abundante.

5 de diciembre.—Este día pasamos la desembocadura del Siapa un poco después del medio día. . . . . Hay un raudal en el lado opuesto, y un poco más allá hay otro raudal en un ángulo donde el río se contrae mucho; éste se extiende de un lado al otro del río y lo pasamos con algún trabajo y riesgo.

. . . . . .

El Siapa entra por un canal simple y estrecho (talvez no llega a 150 yardas de ancho), y con todo es un río mucho más grande que el Pacimoni. El agua es blanquecina, y el agua del Casiquiari es más blanca cerca de su desembocadura que más abajo de Quirabuena.

6 de diciembre.—Hoy pasamos otro raudal, y también dos puntos donde hay raudales a la altura de la estación seca. Encima de éste hay un cambio bien notorio en el margen del río que es, además, considerablemente más estrecho. La tierra es baja e inundada, a menudo tiene alfombras de palmeras Jará-assú, y con pequeños lagos que se forman en ciertos lugares. . . . . Dentro del gapó ví un árbol de azafrán, de 4 pies de diámetro y más de 100 de alto. El año pasado había sido cortado con una hacha, llegando el corte hasta la pulpa del árbol, donde había un hueco de las dimensiones de un brazo. Una pequeña cantidad de goma estaba coagulada dentro de la herida.

Ai caer la noche había un buen número de aves que gimoteaban en la selva, especialmente socos (garza real) y curucurus. . . . . .

7 de diciembre.—Cerca de las 4 de la tarde llegamos a un lugar donde había bloques que se erguían del río; algunos llevaban árboles; y en la orilla izquierda, a corta distancia de la orilla izquierda, se elevaba una roca negra a distancia un poco mayor que las copas de los árboles; se llama Cerro de Cunumata. Hay orillas altas y terra firme.

8 de diciembre.—Esta mañana, antes de la salida del sol, todo el aire de la selva, a cada lado del río, estaba lle-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

no, como si fueran copos de nieve, de un insecto de alas blancas, parecido a la mosca. A medida que el sol salía, la masa de insectos descendía hasta llegar a tres o cuatro yardas del rio; muchos insectos caían a gotas al agua hasta que hacia las 9 no habia ninguno. Recorrimos una parte inundada que me recordó algunas secciones del Amazonas. La superficie estaba cubierta por una Inga baja, sobre la cual se arrastraban Convolvulae y otras enredaderas, de manera de formar una masa impenetrable, y fuera de ella se erguían varias Crecopias delgadas, de 15 a 50 pies de alto, de hojas algo pequeñas y no lobuladas. En los dos últimos días mis hombres han pescado dos lablab (pescado); uno nos lo comimos fresco y el otro lo salamos.

9 de diciembre.—Humboldt dice que el Casiquiari, hasta la desembocadura del Vasiva, es de 250 a 280 toezas de ancho (esto es de 530 a 600 yardas), y por consiguiente, tan ancho como el Río Negro en San Carlos. . . . . Llegamos a la entrada del lago Vasiva a las 2 de la tarde. La desembocadura tiene talvez 150 yardas de ancho, en dirección continua con el Casiquiari. En cierta parte de su curso se estrecha hasta 50 y talvez 30 yardas. La selva es baja, completamente igual a la del Guainia. En dos horas de movimiento lento llegamos al lago del cual tengo recuerdos vagos. Había dos grandes lechos de madera de balsa en las playas arenosas que permanecen secas en el verano. La selva es baja y tiene mucha novedad, pero casi nada **en flor,** porque todavía era **invierno.** Hallé varias melastomaceae nuevas, dos Swartzias de hojas pequeñas, etc. El agua es negra, su confluencia con el agua amarilla del Casiquiari es muy notable, pero la corriente es apenas perceptible. En el lado ulterior del canal el río se continúa por un canal de poca profundidad y ancho. Me dijeron que correría un buen trecho hacia arriba, y que su curso es casi paralelo al del Casiquiari. Cerca de su corriente principal, el Duida es visible. Cuando el agua está baja, en este lago se encuentran muchas tortugas y cabezón.

11 de diciembre.—A las 3 de la tarde llegamos al pueblo de Ponciano en la orilla izquierda. Su fundador, Ponciano, fué traído a Solano por el padre Juan; hace treinta o cuarenta años se estableció en este lugar, donde mu-

rió después de dos años. En el mismo lugar había antes un establecimiento indio llamado Yamadu-bani; esto es, la tierra de Yamadu; animal fabuloso que se parecía al hombre en tamaño y aspecto, pero de brazos y piernas largos y flacos; que de tiempo en tiempo aparece en la selva para aterrorizar a las mujeres y niños. Entre los indios del Amazonas y de Río Negro hay una arraigada creencia en la existencia de esta especie de ogro. . . . . .

Ponciano llevó consigo a varios de sus paisanos (Pacimonares), y parecen haberse multiplicado más que de ordinario entre los indios. Las seis u ocho casas parecían albergar varias familias, con un gran número de niños. La viuda de Ponciano vive todavía y parece haber sido traída también por el padre Juan, en prueba de lo cual ella sabe todavía todas las oraciones de la iglesia, y habla un castellano puro que ofrece gran contraste con el castellano tan imperfecto de los indios modernos. Ella recuerda que cuando era todavía muy pequeña vinieron dos viajeros por el Casiquiari: el uno era alemán y el otro francés (Humboldt y Bonpland), que se ocupaban en recoger flores de día y en mirar las estrellas de noche. Ella misma no los había visto, porque estaba en su cunuco, pero Ponciano los veía y hablaba frecuentemente de ellos.

Hay mucha Piassaba detrás del pueblo, pero el comercio principal de los habitantes consiste en tortugas y maderas. Pasamos el caño Itiniuini, a lo largo del cual hay un paso del Guainia al Casiquiari cuando el río está crecido.

13 de diciembre.—Esta mañana muy temprano llegamos al sitio del pueblo desierto de Capibara, donde había un declive de hierba que bajaba al agua. A media milla en la selva había grandes lechos de granito, interrumpidos por caatinga.

Aquí hay también mucha escritura gráfica, de la cual he copiado las figuras principales; generalmente son perfectas, pero en algunos lugares están casi borradas por la arcilla que cubre la roca.

Más arriba del Capibara se erguían dos rocas a una distancia de tres o cuatro pies hendidas.

15 de diciembre.—. . . . . Esta tarde llegamos a un ángulo de donde obtuvimos una vista algo confusa del cerro

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR QUITO
ARCHIVO HISTÓRICO DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Duida. . . . . El mismo día es digno de recordarse por haber hallado dos nuevas nueces moscadas.

16 de diciembre.—Esta mañana tuvimos una vista confusa del Duida. Los mosquitos estaban terribles, sobre todo a las cuatro y media de la tarde, cuando nos detuvimos a preparar nuestra cena. . . . . Al mirar dentro de la tolda, se parecía a una colmena de abejas.

17 de diciembre.—Esta mañana muy temprano, llegamos al pueblo de Monagas, llamado Camaciano, desde un raùdal que se encuentra un poco más arriba. Aquí encontré a un Guaharibo, prisionero de los Monagas hace treinta años; y como entonces era un joven de unos veinte años, ahora debe tener cincuenta. Apenas habla español, pero mediante un intérprete Monagas, pude conversar con él. El nombre que tenía en su tierra nativa era Kudé-Kubui, pero se bautizó con el nombre de José Miguel. Es de estatura baja (cinco pies), ventrudo, de piernas corvas (particularidades de los Macús vegetarianos), de piel fina y de ojos color de avellana. Su cabello era negro con ligera tendencia a rizarse sobre la frente, de acuerdo con la costumbre del Río Negro. Parecía de muy buena índole, pero mucho menos inteligente que los Barrés, etc., y cuando los que lo rodeaban se reían de las palabras que pronunciaba (de las cuales anoté todas las que pude), él se reía también de muy buena gana.

Monagas y otros seis se encontraban recogiendo nueces de Juvia en un río que parecía ser el Manaviche, y habían subido mucho cuando llegaron a un claro del bosque que constituía un pueblo Guaharibo. Las casas eran anulares, el techo bajo descendía suavemente hacia fuera y era de dos o tres varas de ancho, mientras todo el centro estaba al aire libre. El techo y la pared exterior estaban hechos de la simple hoja de palmera, más o menos igual a la Bussúde Pará. Bajo el techo fueron tendidas las hamacas de varias familias. Varios senderos amplios y limpios conducían a la selva. En una casa había dos jóvenes con tres muchachas. Uno de los hombres huyó, pero Monagas y el resto de sus compañeros capturó al resto. Después de atar a los prisioneros, fueron atacados por una partida de Guaharibos, pero escaparon, después de matar a uno de

ellos, a lo más espeso de la selva, y regresaron sanos y salvos a sus botes. . . . . Las tres mujeres murieron pocos años más tarde de escarlatina.

Según Kudé-Kubui, había varios pueblos de su nación por todo el Orinoco. Nunca ha estado en estos pueblos, pero sabe que están situados al otro lado de la serranía, y cuando se cruza estos últimos, se llega al Río Branco en un día. Más arriba del Raudal de los Guaharibos hay montañas más altas que el Duida. En todo el camino hay muchos mosquitos y zancudos. Poco pude saber de sus costumbres. Sólo una mujer podía tener acceso a un hombre. Queman los cuerpos de sus muertos, reúnen los huesos calcinados, los muelen en un mortero, y los conservan en sus casas en canastos globulares de mamuri bien tejido. Cuando cambian de residencia o viaje, llevan consigo los huesos de sus antepasados. Monagas halló varios de estos mapires (canastos) en la casa en que entré.

Cuando Monagas volvió a visitar el mismo lugar dos o tres años más tarde con varios compañeros, esperando apresar a más Guaharibos, el pueblo había desaparecido y los caminos se habían llenado de hierba.

Cuando Schomburgk bajó por el Casiquiari Monagas se encontraba en Quirabuena y llevaba al Guaharibo consigo, pero dice que el viajero no desembarcó en Quirabuena.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

18 de diciembre.—Partimos de Monagas un poco antes de mediodía. En una hora y media pasamos el Caño de Dorotomuni. Los indios me aseguran que no hay lago en este caño. En el Caño de Dorotomuni casi todas las plantas del Río Negro han desaparecido. **Campsiandria laurifolia** y **Outea acaciaefolia** se presentan por todo el camino y también hay en el Orinoco. Hay también dos o tres Phaseoleae que no he podido distinguir de las especies recogidas en Río Negro, y que se presentan aquí y en todo el Casiquiari. **Swartzia argentea** es tan frecuente como en el Río Negro hasta cerca de la desembocadura del Vassiva, donde la perdí de vista. . . . . .

Japura —**Erisma japura,** Spruce (Vochyaceae)— apenas se presenta en las selvas del Casiquiari, y el Uacu parece perderse un poco más arriba, pero el Cumirí se encuentra en toda la tierra firme. Chiquichiqui (la Piassaba del Brasil) es abundantísima. En la parte posterior de Pon-

ciano y Monagas hay nobles sotos de esta planta mezclados con arbustos, pero con muy pocos árboles elevados, siendo su efecto muy impresionante. A un día de viaje de Dorotomuni las orillas tienen un aspecto amazónico, siendo algunos lugares de un suave declive, arenosos y revestidos de hierbas robustas (principalmente un Panicum de la estructura del **Paspalum pyramidale**) mezclado con la **Mimosa asperata** y un par de Ipomoeas. En medio de esta masa se elevan los frágiles tallos de la Polygonea hasta la altura de 30 pies, y en la margen del agua ví unas pocas plantas de un polygonum real que se parecían a las del Solimoes. Una Inga con pecíolos de flancos anchos se presenta en alfombras continuas, y la especie tan frecuente más abajo, casi desaparece (pero reaparece en el Orinoco). Hay grandes cantidades de un laurel de hojas estrechas, aparentemente uno de la especie de flores blancas, y que es frecuente en las orillas de las aguas blancas y negras. Una Xylopia semejante al cedro y de hojas estrechas (Anonaceae), muy frecuente en el Alto Uaupés, Río Negro y Uaupés, y muy ornamental y vistosa por su estructura singular, apenas pasa la desembocadura del Pacimoni, pudiendo llamarse la misma **Heterostemon mimos.** En el alto Casiquiari y en el Orinoco es también frecuente otra Xylopia de estructura similar, pero tiene pocas hojas, más pequeñas y menos rígidas, siendo el árbol generalmente más elevado Si en las orillas no hay Heterostemon, otra especie más notable (**H. simplicifolia,** Mgf.), reunida en Sao Gabriel, es muy frecuente por todo el camino hacia arriba. También son bastante frecuentes las nueces moscadas en las orillas. La especie más común se ha desprendido ya de la flor, y estaba cargada de una profusión de fruto rudimentario. Mi anteojo descubría que ella tenía hojas alrededor del ápice como en la especie reunida en el Uaupés. Una especie muy notable, de hojas que llegaban a veces a dos pies de largo, tenían más o menos la forma y la estructura de la **Vismia macrophylla,** y aun cuando yo me acerqué para ver si las hojas eran alternas u opuestas, no pude distinguirlas, porque la Vismia es también muy frecuente. Recogí cuatro especies que parecían nuevas, evitando cuidadosamente todo lo que se parecía a la **Myristica sebifera.** Siempre que entraba a la selva en tierra firme, observaba atentamente (casi siempre lo hacía cuando preparábamos nuestra comi-

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

da) las familias que constituían la vegetación, por las hojas y el modo de desarrollo; en cada sitio había siquiera una especie de nuez moscada, y en algunos lugares había tres o cuatro especies desconocidas para mí. De las cuatro recogidas, sólo una era de tierra firme; el resto era del gapó.

Más abajo de Monagas hay buen número de árboles de un Anacardium robusto pero bajo, que se parece por sus hojas al **A. giganteum.**

El rasgo más curioso del Casiquiari es la presencia, un poco escasa, de la Crescentia (calabaza) en el gapó; las primeras que veía eran selváticas, pero no tenían flores ni frutos.

Esta mañana, 18 de diciembre, llegué hasta un pequeño grupo de Pontederia de pecíolos inflados, recogidos en las ramas sumergidas en la margen del río. Ha venido evidentemente del Orinoco y ha sido el primero que he visto desde mi partida de la desembocadura del Río Negro.

21 de diciembre.—Un poco después de mediodía llegamos al Caño de Calipo, encima de éste, pero al otro lado del río (a la derecha) hay alfombras rocosas con numerosas figuras esculpidas, pero la mayor parte de ellas están bajo agua (1). Entre las tres y cuatro llegamos al Orinoco. En los dos últimos días, el Casiquiari había tenido orillas escarpadas de arcilla y arena; el Orinoco las tiene también. En ambas hay puntos rocosos y a veces bancos descubiertos de arena. El Casiquiari se estrecha un poco más arriba, pero cerca de su desembocadura es más ancho. Parece alejarse del Orinoco casi en ángulo recto. Hay dos palmeras Jagua a la entrada en la orilla derecha. El Orinoco es casi igual al Río Negro en San Carlos, pero más arriba se ensancha y las playas surgen en varios sitios. Tuvimos alguna dificultad para pasar con la piragua.....

Cenamos en un lugar rocoso de la orilla izquierda, donde numerosos bambúes y otros signos indicaban la existencia de un antiguo establecimiento indio. (Ahora se conoce bajo el nombre de Puebloviejo y antes fué habitado).

---

(1) (A su regreso estaban secas, habiendo copiado algunas. Véase el fin de este Capítulo.—Ed.).

23 de diciembre.—Esta noche estamos anclados en una playa frente a Esmeralda; pero, como no habríamos podido llegar de día, y no hay viaje por la noche, preferimos aplazar el resto del viaje para el siguiente día, muy de mañana. El Duida nos mira de la izquierda, y nos parece cerca desde el momento que entramos al Orinoco. Nuestro cambio de posición no ha cambiado su aspecto hasta esta tarde en que al rodear un punto, su extremidad sur nos pareció dividida en cuatro picos abruptos. En la puesta del sol, la montaña era muy grande; los picos adquirían un matiz purpúreo; mientras que los intersticios parecían envueltos en densa obscuridad, y un estrato de nube blanca flotaba cerca de su cima. La conformación se parecía mucho a la de la Serra de Curicuriarí, pero menos pintoresca. Mi telescopio me muestra que fuera de unos pocos lugares donde la roca es muy escarpada (blanquecina, alguna vez con franjas pardas), la montaña está revestida de selva hasta su cumbre. Tan clara aparece ante nuestra vista, y tan cerca nos parece, que uno diría que la montaña está cubierta enteramente de helechos. Dos cimas planas al norte del centro de la montaña parecen ser los puntos más altos, a juzgar por la altura de las nubes que flotan encima de aquellos. El espacio que está debajo de estos picos se halla excavado y se dice que está ocupado por una laguna. La extremidad norte es un pico subcónico.

Anoche cenamos en una playa muy grande y hoy hemos llegado a varias otras. A veces queda seco un espacio tan grande que sólo hay un estrecho canal a cada lado del río, y el agua debe contraerse todavía más cuando el río está en vaciante. . . . . La vegetación tiene casi el mismo aspecto que la del Solimoes, aunque posiblemente todas las especies son diferentes. Hay muchas orillas sin gapó. Donde la orilla es descendente como en algunas islas (de las cuales hay varias), hay las mismas dos Ingas como en el Casiquiari, pero las palmeras son escasamente iguales en número.

Llegamos al Esmeralda cerca de las diez de la mañana del 24.

La aldea consta de seis casas dispersas alrededor de una plaza. Una de ellas es la casa real o posada. En el centro se ve una cruz, habiendo una cruz más alta hacia el norte en las laderas del Cerro de Zamurro. (Esta cruz fué

erigida hace pocos años para resguardarse de los rayos que han causado varias veces muchos daños a Esmeralda). Este cerro es un pico de bloques graníticos acumulados fantásticamente, formando un circo en la parte posterior de la aldea; se extiende del S. E. 10 S. al N. W. 5 W., tal como se ve desde la cruz en el centro; y casi llega al río a cada lado. Su punto más alto está cerca de tres o cuatrocientos pies más arriba del pueblo. . . . . .

Los habitantes de Esmeralda me aseguran que casi todos los veranos aparece fuego en la cumbre del Duida, iluminando los cielos, y emitiendo un grado considerable de humo y nada más. No es la selva la que arde, porque tal cosa ocurre sólo a los lados.

En invierno grandes pedazos de roca se desprenden por los torrentes que se precipitan formando surcos de líneas blancas y espumosas. A veces están acompañados de un ruído tronante que alarma a los que descansan en sus hamacas.

(Aquí incluyo la ágil descripción que hace Spruce de Esmeralda, tanto desde el punto de vista de la residencia como del panorama, tal como aparece de una carta dirigida a su amigo, el Sr. John Teasdale).

Al Sr. John Teasdale
San Carlos, 22 de mayo de 1854.

En el Orinoco visité Esmeralda que se encuentra al pie de la alta montaña Duida —cerca de 8.000 pies de alto—; Ud. hallará referencias a ella en los libros de Humboldt **Narrative** y **Aspects of Nature.** Esta aldea, reducida ahora a seis cabañas miserables, se eleva en el sitio más espléndido que yo he visto en Sudamérica. Entre el cerro Duida al oeste y las montañas del Guapo y Padamo al este, se extienden amplias sabanas herbosas en la cual están dispersas casi únicamente las palmeras de abanico (Moriches). En el lado próximo al Orinoco una hilera semicircular de bloques graníticos fantásticamente acumulados, en cuyas grietas crecen unos pocos arbustos dispersos, cortan una pequeña sabana en que se levanta Esmeralda. Arriba y abajo del Orinoco, y en las márgenes de la sabana, se yerguen colinas de granito y pizarra. . . . ., algunas casi peladas, otras, revestidas de selva, y en la parte posterior (al N. W.)

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO
SALA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

se eleva la masa abrupta y rugosa del Duida. Si Ud. puede imaginar todo esto a la puesta del sol: las llanuras profundas que surcan el Duida, por el este, sumergidas en las tinieblas nocturnas, mientras los bordes salientes resplandecen como plata (la roca es principalmente de pizarra. . . . micáceo), Ud. llegará a comprender en algún grado este cuadro que casi no conoce rivales. Mirando las sabanas hacia el norte, desde la cumbre de las hileras antes mencionadas de granito, recordaba el panorama que se ofrece al viajar de Killarney a Kenmare, donde al llegar a la cumbre del Paso de Cairn-a-Dhur, uno mira al valle donde hay 30.000 acres de pantano fino como no hay otro en toda Irlanda. Pero el Duida está a 8.000 pies sobre el nivel del mar, mientras que Macgillicuddy's Reeks están sólo a unos 3.000.

Ud. me creerá si le digo que al verla Esmeralda es un paraíso; en realidad es un infierno apenas habitable por el hombre. Cuando me paré en la plaza alrededor de la cual están las pocas casas de Esmeralda: las puertas de paja estaban cuidadosamente cerradas y parecía que nada humano salía de su interior; el tibio viento de levante me acariciaba la cara y levantaba la arena de la plaza, pero no traía la vida consigo; entre la exuberancia de la vida vegetal, la vida animal estaba casi extinguida, no se veía un ave ni una mariposa; me pareció el cuadro inefablemente triste. Pero la ausencia de vida era más aparente que real. Si me pasaba la mano por la cara la retiraba cubierta de la sangre y de los cuerpos aplastados de los mosquitos. Aquí tiene Ud. la clave para explicarse este silencio ultraterreno. Las casas, aparentemente sin dueños, guardaban a sus habitantes que, como murciélagos, pasaban adormitados el día, y sólo salían por la mañana y muy de tarde en busca de sus escasos medios de subsistencia. Todo el día podía decirse que el aire estaba cuajado de mosquitos, de los cuales uno casi no puede librarse ni con las puertas bien cerradas. Constantemente regresaba de mis paseos con manos, pies, cuello, cara cubiertos de sangre, y veía que no había manera de escapar de esta peste. Si trepaba los cerros o me internaba en la selva, o buscaba el centro de las sabanas, era lo mismo, pero en el río era peor que todo. En San Carlos eran los mosquitos bastante molestos; al subir el Casiquiari cada día aumenta el número

de mosquitos, pero al llegar a la desembocadura del mismo rio y ya en el Orinoco, causan un fastidio indescriptible. Muchas veces no hay manera de sentarse y servirse la comida; uno debe pasearse con el plato en la mano y estar muy contento de comer su comida bien sazonada con mosquitos. Me fué muy difícil trabajar en mis plantas, aunque me ponía guantes y me liaba los pantalones alrededor de los tobillos. La cara y el cuello estaban necesariamente descubiertos, y mis guantes y mangas estaban manchados con la sangre de los pequeños insectos al espantarlos. La mayor parte de estos mosquitos dejan pequeños coágulos de sangre en el lugar que han estado succionando, y en mí estas heridas sangraban muchas veces considerablemente.

(El diario continúa):

Tal como se ve el Duida de Esmeralda parece una masa cúbica, un lado es paralelo al Orinoco y el otro, al Guapo..... En todo el cerro había selva (desde las llanuras hasta la cumbre misma, menos donde la roca es perpendicular. El ángulo del sureste parece ser de schist micáceo y resplandece como plata cuando el sol lo alumbra. La mayor parte de la roca próxima a Esmeralda es schistosa, y donde las piedras están colocadas con sus láminas perpendiculares, se gastan por la acción de las aguas y de la atmósfera, y se forman bordes muy cortantes que tratan cruelmente a los pies desnudos.

Los habitantes de Esmeralda son de raza diferente a la encontrada por Humboldt. Cuando se despobló, unos pocos indios del Caño que está más arriba de San Miguel (Uarikena) vinieron a establecerse en ella..... Cuando por muerte o migración se redujo otra vez la población a una mujer anciana, con sus hijas, nietas, y sobrinos, vinieron varios indios Manaca para casarse con las mujeres. Ahora parece haber ocho o diez familias de Manacas mezclados con Uariquenas. La anciana habla un magnífico español. Todos los hombres hablan imperfectamente el español, pero casi todos hablan algo de Lingoa Geral; esto se explica por el capitán de los Manacas que es brasilero (un asesino prófugo de la Barra), y también por los indios Manacas que comercian en zarzaparrilla con los mercaderes

brasileros, pasando del río Manaca, por el Castaño y Mararí, al Padauri.

. . . . . .

(Partiendo de Esmeralda el 28 de diciembre, Spruce bajó por el Orinoco a la desembocadura del río Cunucunuma, que ingresa al primero por el norte, más abajo del Casiquiari en la misma distancia en que el Esmeralda está más arriba de él. Es un río de poca profundidad y de agua negra, un poco más pequeño que el Casiquiari, pero lleno de pequeñas cascadas, varias de las cuales pueden ser ascendidas cuando el río está lleno; mientras el río tiene su origen entre las montañas Marayuaca en la parte posterior del Duida. El primero de enero pasó la primera cascada (una plancha de roca que se extiende de un lado al otro del río) y el 2 del mismo mes tuvo un paso ininterrumpido hasta la tarde. El diario nos cuenta por qué no pudo continuar la ascensión de este río desconocido y prometedor, tal como él había pretendido)..

2 de enero.— . . . . . Por la tarde, cuando preparábamos nuestra cena, vino una curiara con siete Maquiritares a quienes su jefe (Ramón Tussari) los había mandado para ayudarnos a pasar la segunda catarata (Uarinama). Lo había encontrado en Esmeralda, bajando con tortugas del Guapo, habiéndome prometido mandarme ayuda hacia el domingo, fecha en que suponíamos llegar a las cataratas. Algunos de los hombres eran altos; todos notablemente hermosos (de color trigueño) y de nariz aguileña, pero no tan bien parecidos como los Uaupés. Sólo uno, un cuñado de Tussarí, llevaba camisa y pantalones (1).

El resto llevaba una gran tanga o delantal de un pedazo rectangular de algodón con flecos en las esquinas, enlazados bajo una cuerda que rodeaba la cintura, y por la parte posterior, cruzando uno de los hombres o colgante.

---

(1) Sólo este último hablaba un poco de español; era un hombre alto, bien formado y llamado Miguel. Estaba en Sao Joaquim en el río Bronco cuando Schomburgk partió en su expedición a Esmeralda, y fué contratado por él como guía. Permaneció al lado de Schomburgk durante tres meses.

Estas tangas las compran a los Piaroas, quienes las fabrican. Más abajo de la rodilla llevan fajas de muchas vueltas tejidas con su propio cabello. El brazo está muy oprimido más abajo del hombro por una liga semejante a la de los Uaupés. Llevan una gran masa de cuentas de vidrio (la mayor parte azules) alrededor del cuello, y cinturones también de cuentas. Eran muy vocingleros y muy curiosos para examinar todo lo que se relacionaba con la piragua.

Esta mañana, a las 8, llegamos a la segunda catarata, que es muy larga y donde el río se extiende sobre un lecho de guijarros redondos, rara vez más grandes que la cabeza humana. Luchamos dos horas para hallar un paso, pero la piragua se iba a fondo corriendo el riesgo de empantanarse. Toda nuestra fuerza no fué suficiente para arrastrarla hasta medio camino. El río se había secado mucho desde el momento que nosotros entramos a él, y en realidad desde el momento que partimos de Pueblo de Monagas parece que los ríos se secaban rápidamente. Con el corazón entristecido dí mi palabra de regresar, y otra vez tomé posición en la base del caño donde un caño pequeño entra por la izquierda. Recogiendo prontamente unas pocas chucherías para los Maquiritares, me embarqué en la curiara (pequeña canoa) con cinco hombres y zarpamos para visitar a Tussarí. Era más de las diez de la mañana cuando partimos y era ya cerca de las cinco de la tarde cuando llegamos al pueblo en la base de la tercera catarata (Tauarupana). Esta catarata es muy difícil de cruzar, porque el río estaba lleno de rocas entre las cuales el agua va dando tumbos (1).

El pueblo fué fundado sólo hace dos años; anterior-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(1) Al ascender, los raudales del río Cunucunuma son: (1) Casurubi; (2) Uarinama; (3) Tauarupana; (4) Curiripana; (5) Urukurutfori, (El raudal de Puerco); (6) Mapaku; (7) Matfipirima; (8) Paikitú-pupe, (Cabiza de Peceri), San Francisco; (9) Mauari-pupe (cabiza de culebra), San José; (10) Amekui; (11) Uamupatari, frente al monte Marayuaca. De todos estos raudales, el octavo es el más alto. Los orígenes del Cunucunuma están al pie del cerro de Kinena. Los orígenes del Guapo están en las faldas del cerro de Marauaka. Los orígenes del Padamo están en las faldas del cerro de Arapami. Según Tussarí, estas montañas son casi iguales en altura.

mente, su asiento estaba mucho más arriba del río, y Tussarí se trasladó debido al peligro de la navegación (1).

Al ir de la segunda a la tercera catarata pasamos una callejuela que alguna tormenta la había abierto por los árboles, extendiéndose hacia el oeste hasta donde alcanzaba la vista; su ancho era talvez de 40 yardas. Rara vez se desarraigaban los árboles, pero a la altura de 15 pies se tronchaban como si algún gigante hubiera pasado sobre ellos.

. . . . . .

Había dos casas completas según el estilo del Río Negro y el Orinoco; la una es la de Tussarí, la otra es la posada. Son muy limpias: blanqueadas por fuera y por dentro, pintadas en figuras originales por el mismo Tussarí; los colores eran blanco y negro. Dentro observé algunas figuras de hombres que llevaban sacos y algunas a caballo. Pero yo tenía mayor interés por las otras casas (dos o tres) en el antiguo estilo de los Mariquitares: desde su base circu-

---

(1) El pueblo siguiente más arriba de Sta. Ramona es San Francisco, que contiene cuatro casas al estilo de las de los blancos y una casa redonda. Se eleva en medio de una pequeña sabana igual en tamaño a la que sirve de asiento a Esmeralda. Directamente al norte del pueblo y en apariencia cerca, pero a más de medio día de viaje, se extiende un muro elevado de roca sobre el cual hay cuatro o cinco cascadas en invierno, y dos en todo el año. Una porción del cerro, que está encima del muro parece ser selvosa, pero muy poco de ella es visible desde San Francisco. El muro está casi desprovisto de selva, habiendo sólo aquí y allá unas protuberancias. Igual a otras montañas, ésta muestra ciertas zonas de mica.

Hay otro pueblo, San José, más arriba de San Francisco, y con un sólo raudal entre ellos. .De uno a otro hay un paso por tierra.

De San Francisco al Ventuarí hay cuatro días de viaje por tierra.

Un portugués me dió esta información sobre el alto Cunucunuma. Fué el Sr. José do Elrado que en junio de 1854 lo visitó. Durante su estadía con Tussarí vino cierto número de Maquiritares de Padamo; su capitán y otros seis, por agua, y catorce por tierra. Su objeto era hacer un Debocuri para Tussari, y trajeron regalos: ollas, guapas, sapos asados y larvas.

Los artículos con que los Maquiritares comercian con los blancos son curiaras (cascos, de los cuales hacen las mejores y más grandes canoas que aparecen en el Río Negro), guapa, curari, gravatanas, manioc, aceite de cuparba, seringa (artículo recientemente introducido), caraná, taçamahaca; los dos últimos son comerciables sólo cuando se piden de antemano.

El senhor Eirado dijo que el agua del Cunucunuma le había parecido de un tinte blanco. Había pocos mosquitos, lo mismo que en el Orinoco y en Esmeralda.

FUNDADA EN 1651 QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

lar llegan hasta un ápice que se parece mucho a un minarete turco. Todas ellas están hechas de las anchas frondas de la palmera Bussú, aseguradas contra pilares que se encuentran en el ápice y que se apoyan en una columna central. Una de estas casas tenía 24 pies de diámetro por 15 de alto.

La casa de Tussarí constaba de dos cuartos grandes y dos pequeños. Colgué mi hamaca en uno de los primeros. Los utensilios eran semejantes a los de las otras casas indias, con la añadidura de asientos bajos hechos de una sola pieza de madera, en ruda imitación de un armadillo, pero mucho más toscos y pesados que los asientos de los Uaupés.

En las grandes trochas había evidencias de la industria de estos indios, en varios mapires de yuca, masas de canastos circulares, y una especie de retícula muy usada para llevar yesqueros en esta región, tabaco y otros artículos. Colgados del techo había gran cantidad de camazos y taparos; también unas pocas cerbatanas, de paxiuba por afuera y de bambú por dentro; las primeras traídas de los orígenes del Guapo cerca de la base del Marayuaca.

Tussarí es un indio notable y su mujer es, como india, todavía más notable. Ella y sus hijas preparan la yuca, guapos, etc., y ella entiende la venta de los mismos tan bien como Tussarí, que no hace ningún buen negocio sin consultarla antes, y la lleva a San Fernando y a otros lugares cuando va a comerciar.

La única industria en que se ocupa Tussarí es la fabricación de cascos (canoas); los que ha hecho él gozan de gran renombre. La madera es de laurel, posiblemente el Paraturí.

Tussarí ha viajado mucho. Hace muchos años, él, con su familia, sus dos hermanas y los maridos y parientes de éstas fué hasta la Fortaliza do Sao Joaquim en el Río Branco para comerciar, pasando del curso principal del Cunucunuma al Padamo y de allí al Parime. De Cunucunuma a Padamo se hacen cinco días; el camino es malo y el terreno es alto. De Padamo a Parime se hacen tres días. En lugar de regresar, se establecieron ahí, abrieron un cunuco, construyeron una casa y aún criaron un poco de ganado. Aqui comerciaron con los Macusis en artículos que los últimos habían comprado a los ingleses en Demerara. Pocos

años pasaron cuando murió en Cunucunuma el jefe de los maquiritares. El comisario de San Fernando mandó a llamar a Tussarí para que ocupase el lugar de aquel; Tussarí regresó a la tierra de sus padres. Una hijita que nació después de su regreso parece tener seis años. Tussarí estaba en Sao Joaquim cuando Schomburgk pasó por ahí.

El único vestido que llevan las mujeres es un guayuco (pequeño delantal) de cuentas de vidrio, tejido según un bonito modelo en algodón. Las cuentas son generalmente rojas y blancas o negras y blancas, prefiriendo las más diminutas. Por la cantidad de cuentas que usan, debe ser para ellos un artículo muy valioso y posiblemente tardan varias semanas en su fabricación. (Yo ví uno en proceso de elaboración: el bastidor en que se tejía constaba sólo de un bastón doblado en forma de arco, mediante una cuerda que unía sus extremidades). Dudo de que el guayuco sea llevado **en famille;** especialmente porque la primera mujer que encontramos estaba casi desnuda; de aquí presumo que el guayuco se usa sólo con ocasión de una fiesta o para recibir la visita de un forastero.

Permanecí dos noches con Tussarí, y le compré una gran cantidad de yuca, guapos, etc. En la noche siguiente invitó a toda su gente a beber jaraki y a presentar los bailes nativos al hombre blanco. Los hombres vinieron con sus cuerpos untados con anatto.

Unos traían collares de cuentas, otros de dientes de tigre, de peccarí o de mono. Trozos de caña de flecha, de un pie de largo, atravesaban la parte inferior de sus orejas, y proyectándose sobre la cara, daban la impresión de colmillos. De sus espaldas colgaban pieles de aves (tales como loros y tucanes) y rabos de monos, y el que tenía la felicidad de poseer un cuchillo, lo llevaba colgado de la espalda. Uno tenía un instrumento de forma cónica en sus manos, hecho de alguna madera resistente (posiblemente de murá-piranga); me contó que antes se lo usaba para encuentros cuerpo a cuerpo, y el que lo manejaba, solía blandirlo debajo y detrás de la oreja de su antagonista. La danza se interrumpió desde el principio, por desgracia, debido a una muchacha recién casada que se negaba a permanecer más tiempo con su marido, un hermano de Tussarí. Un mozo robusto, llamado Aranáu, cuñado de Tussarí, defendió la causa de la mujer; pero no porque él quisiese

para sí la mujer (una vez que ya era casado con una hermana de Tussarí), sino, como me lo contaron las mujeres, porque era el primero en intervenir en las riñas. La muchacha se aferró al brazo de su padre, y aunque llorosa, parecía firme en su resolución. El hermano parecía apoyar que ella siguiera sus inclinaciones. Tussarí se esforzaba por aplacar a las partes e inducir a la mujer a regresar al lado de su marido; pero la riña se encendió, Aranau arrancó la antorcha de manos de la mujer de Tussarí, derribó a Tussarí mismo y se lanzó contra el marido. Los hombres y las mujeres gritaron; nos encontrábamos totalmente a obscuras en un cuarto no más de 14 pies cuadrados y todos los combatientes llevaban cuchillos. A un paso de distancia estaba mi escopeta de dos calibres, bien cargada; podía hacer uso de ella; pero no quise que, al darme cuenta de sus riñas, se valieran de tal pretexto para volver su cólera contra mí. Así pues, me dirigí a la puerta opuesta para salir; en la salida me encontraron mis hombres que también temían verse complicados en la riña. En poco tiempo Aranau fué sacado del cuarto por su hermano (el susodicho Miguel) quien lo había agarrado de los brazos antes de que pudiera atacar al esposo abandonado. La tormenta había pasado, pero la danza se había terminado también. La bebida del jaraki (caxiri del Brasil) siguió como antes. Esta bebida es hecha casi siempre de yuca, pero también se hace de yams. Se prepara en grandes ollas donde se sumergen las calabazas que después se sirven a los invitados con la bebida. Bebían copiosamente; al principio bebieron dos o tres calabazas, una después de otra. En cualquier momento en que sus estómagos se llenaban inconvenientemente, parecían tener la facultad de vomitar todo su contenido, pero sólo para tener espacio y seguir bebiendo jaraki. El piso se puso pronto en un estado muy desagradable.

El agua del Cunucunuma es negra y clara como la del Guainia. El fondo es arenoso y a veces las rocas emergen del agua; pero de la primera a la segunda catarata el lecho es rocoso en su mayor parte. Más arriba, el río es tranquilo otra vez y su lecho es arenoso, hasta el tercer raudal muy rocoso, desde donde el río parece correr principalmente sobre la roca.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
HEMEROTECA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Hay muy pocos gapós, pero en unos pocos lugares donde las orillas son descendentes y arenosas, noté las mismas Ingas del Orinoco y Casiquiari . . . . .

Las piedras que están debajo del agua en la segunda catarata están cubiertas de una masa verdosa de vegetación, la cual, al surgir con el descenso de los ríos, se yergue y arroja flores. Está compuesta de dos especies: la una es Hygrophila (Acanthaceae) y la otra es una curiosa Eriocaulaceae (Papalanthus). Hay también aquí y ahí una pequeña cantidad de Podostemon, pero en la tercera catarata las rocas estaban cubiertas por la misma especie que principiaba a descubrirse.

La caza es tan frecuente como en el Orinoco, así como la pesca. No hay tortugas.

La corriente es rara vez fuerte, y sólo una vez tuvimos que usar cables (excepto en los raudales) un poco más allá de la desembocadura. El lecho tenía fondo tan escaso que casi podíamos atravesarlo con varas.

4 de enero de 1854.—Esta mañana temprano partimos del pueblo de Tussarí. Me acompañó hasta la piragua donde le pagué por sus artículos. Cerca del mediodía seguimos nuestro viaje río abajo llegando bien hasta el primer raudal. Adelantamos la curiara y los hombres me informaron que el agua había bajado mucho y que no había suficiente profundidad para que flotara la piragua. Sin embargo, creímos que afirmando nuestras manos al timón, podría pasar la catarata aunque rozara las rocas. Nos arriesgamos y llegamos al borde de la catarata, donde la corriente impetuosa nos arrastraba. Una rosadura y un golpe y habíamos descendido a la catarata, pero por desgracia saltábamos de una roca para caer en otra. El barco giró para caer sobre un costado y después sobre el otro entre las olas rugientes que nos impedían oír nuestras propias voces. Pensamos que la canoa se había anegado inevitablemente, pero finalmente se irguió con su proa dirigida a las cataratas y se quedó quieta. Yo tomé el timón y todos mis hombres saltaron al agua para aplicar sus hombros a la proa, pero no pudimos alejar a la canoa de la roca, pequeña y redonda en su parte posterior que había agarrado por la mitad a la canoa dejando libre sólo la proa y la popa. Entonces tuvimos que trasladar la carga poco a poco a la cu-

riara, y dirigirla con gran riesgo a una roca plana que estaba en la margen derecha debajo de la catarata. Después de dos horas de trabajo conseguimos arrancar la piragua de la roca, y felizmente su sentina no había recibido ningún daño. Cuando volvíamos a embarcarnos caía la noche, y desistimos de continuar el viaje hasta la mañana siguiente.

El 6 de enero, a las ocho de la mañana, entramos al Orinoco y cerca del mediodía del 7 llegamos a la desembocadura del Casiquiari. . . . . .

10 de enero.—Llegamos al pueblo de Monagas ayer antes de mediodía, y como toda la gente estaba ausente en sus cunucos, esperamos su regreso, porque yo quería comprar algunos puercos en este pueblo famoso para la cría. Mientras tanto, vagaba por la selva. El chiquichiqui (Piassaba de Brasil) era muy abundante; en algunos lugares era casi gregaria. El panorama era magnífico, en ciertos lugares. Cuando los árboles están altos y no se corta la barba, cae por su propio peso; pero aún así queda una especie de vaina en la parte baja del tronco, y cuando se forma la nueva barba, en el ápice, el tallo tiene un aspecto singular. El fruto del árbol estaba verde, y por la ramificación del penacho no vacilé en relacionarlo con la Leopoldina. Junto a él había una Aldina (Leguminosae) y una Rhizobolea (gen. nov.) en flor, pero los árboles eran tan gruesos y altos que no se pudo trepar a ninguno. Durante el viaje recogí hoy un Connarus de hojas pequeñas que estaba en flor. Una Bignonia de grandes flores amarillas ha sido también abundante en estos dos últimos días. Otra bignoniácea (**Arrabidaea inaequalis**) de flores rosadas y pequeñas coronaban un árbol elevado (de 100 pies de alto), de manera que parecía pertenecer a este último, hasta cuando un indio con gran peligro de su vida ascendió y me trajo muestras.

Cuando volvimos a entrar en el Casiquiari, éste había bajado dos pies. La misma noche habíamos tenido una lluvia continua que no pasó hasta las diez de la mañana siguiente. Al amanecer el agua crecía y así siguió. El 12 hacia la tarde llegamos al pueblo de Ponciano, y hallamos que el Casiquiari estaba más alto que cuando subimos. No partimos hasta la mañana del 22, porque quería secar y

empacar mis plantas antes de subir por el Pacimoni. Durante este tiempo, caían muchas lluvias, y fuera de un día (el 19) el sol era apenas visible. El río creció constantemente hasta el 19, habiendo aumentado 4 pies (desde el 7). El 19 y el 20 bajó unas pocas pulgadas, pero ayer (el 21) crecía otra vez en el momento de la partida.

. . . . . .

Entramos al Vasiva cerca de la noche del 21, y partimos en la tarde del 25. Los tres primeros días con sus noches fueron terriblemente lluviosos, y como las aguas seguían subiendo, era inútil esperar que los bancos de arena aparecieran. Nuestra situación era confusa y estábamos completamente solos. Aquí ocurrió una circunstancia singular. Todos los días cerca de la noche, entre las cuatro y las cinco, nos asustábamos al oír el fogonazo de un mosquete en la selva al otro lado del río que en esta parte no tiene más de ochenta yardas de ancho. Apenas es posible concebir lo extraño de tal sonido en un lugar tan desolado, en selvas donde apenas podía posarse la planta humana, y menos un hombre acostumbrado a llevar armas de fuego. . . . . .

Incapaces de explicarlo de otra manera, mis marinos llegaron a la conclusión de que se trataba del Yamadú en persona que cazaba cerca de nosotros, y predijeron que nos mandaría una lluvia torrencial u otra calamidad. En efecto, en los dos primeros días tuvimos lluvias que duraban desde las cuatro de la tarde hasta media noche, y en los dos días siguientes, desde las siete u ocho durante toda la noche (1) . . . . .

ASCENSION DEL RIO PACIMONI

El 27 de enero, un poco después de mediodía entramos a la desembocadura del Pacimoni. El río era ancho, negro y tranquilo; así se mantuvo un largo trecho. En la

---

(1) Este sonido notable se explica más tarde en el Capitulo XXV.

misma desembocadura y, especialmente, en la orilla opuesta del Casiquiari, se divisa una larga hilera de montañas (Aracamuni). Volvimos a ver las montañas el 2 de febrero. A fines del quinto día (31 de enero), llegamos a la desembocadura principal o baja del Bariá, un caño grande que viene del sur, de donde puede alcanzarse el Cauaborís, mediante un corto paso. . . . . .

Hasta la desembocadura del Bariá y por una jornada más arriba de él, la selva es muy baja (de 30 a 50 pies), y generalmente inundada en una gran extensión, de manera que es muy difícil hallar una parcela de suelo seco para establecer la cocina; y una vez caminamos más de medio día antes de poder preparar nuestro desayuno, habiendo caminado desde el alba. Más arriba hay tierra que no ha sido inundada y selva más alta, pero todavía predomina la caatinga.

Durante mi viaje río arriba, casi ninguna planta llevaba flor. . . . . .

La vegetación era muy análoga a la del Guainia y casi idéntica a la del Vasiva, porque casi todas las plantas del Vasiva se repetían en el Pacimoni. En los tres ríos no había planta más abundante que la Terminalia de hojas grandes, que todavía no cargaba una buena flor ni fruto. La **Parkia americana** (Mimoseae) era excesivamente frecuente, siempre colgaba sobre el borde del agua, y era muy ornamental por sus zarcillos de color carmesí. Sólo ví una palmera más arriba de la desembocadura del Bariá, a saber la Jará, aparentemente la especie común del Río Negro. . . . . .

En las desembocaduras anchas de las lagunas había lechos de Palo de Balsa y de Jará en racimo. No hay duda de que éstas permanecen secas cuando hay un buen verano.

. . . . . .

El 2 de febrero encontré la primera nuez moscada. Las palmeras aparecían simultáneamente con nueces moscadas: Bacaba, Inajá, Assaí. En la caatinga sólo ví Jará. Tanto las palmeras como las nueces moscadas son señales de un mejor terreno; la selva es más alta y hay pocos gapós. Hasta este lugar no había un suelo propicio para la yuca. El 3 y el 4 pasamos tres cunucos, cuyos propietarios residen en Santa Cruz.

. . . . . .

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN QUITO ÁREA HISTÓRICA DIRECCIÓN DE INFORMACIÓN Y ARCHIVO

Cerca de las cuatro de la tarde del 4 de febrero llegamos a un nuevo pueblo fundado hace un año por un mulato llamado Custodio que, hace muchos años, se había escapado de la esclavitud en el Brasil. El pueblo cuenta con 60 almas (de las cuales una gran parte son niños); las otras familias, fuera de la suya, son parientes de su mujer (una india Yabahanas de los orígenes del Marania), y de una india Baria. El terreno es alto —talvez se eleva a 150 pies sobre el nivel del río— y el terreno, bueno; pero los vientos fríos que vienen de los cerros, soplan sobre el pueblo, sobre todo por la noche; y las ráfagas se descargan con tanta fuerza que parecen derribar las casas (1). Hasta este punto subió mi piragua sin dificultad, pero un poco más arriba la corriente se estrecha mucho, y muchos caños y lagunas se forman. A un día de viaje y en las faldas de un cerro cónico abrupto (Araucana), hay un pueblito donde Custodio se estableció al principio . . . . .

Permanecí un día con Custodio, y dejando la piragua, seguí en mi curiara para visitar el pueblo de Santa Isabel.

El Pacimoni, más arriba del pueblo de Custodio, se estrecha considerablemente y gira más. Varios caños y lagunas se comunican con él. Aquí y ahí hay pequeñas islas. La Mauritia en racimo es frecuente. En el segundo día la corriente gira tanto como si no pudiera abrirse paso por un Morichal (**M. vinifera**) . . . . . En medio camino encontramos una Posoqueria (Cinchonaceae), de 18 a 25 pies de alto; se inclinaba sobre el agua, y estaba revestida por una profusión de flores odoríferas. En el fondo de un tubo largo habia una cantidad de miel que mis indios la absorbieron con gran placer.

. . . . . .

Tardamos dos días para llegar al caño de Santa Isabel (Uaranaka), que se ramifica a la izquierda (cuando uno sube). Es agua blanca, mientras el Pacimoni sigue siendo negro. Este último es ligeramente más grande, pero ambas son corrientes insignificantes, que crecen con todas las lluvias; en muchos lugares son tan estrechas que no

---

(1) Estos son verdaderos huracanes como los de las Indias occidentales, pero de corta duración, y aparentemente no describen espirales.

AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

permiten el giro de la curiara, y en la estación seca el fondo es tan corto que las canoas pequeñas son arrastradas por la arena. En toda época del año es necesario ir provistos de hacha y machete para cortar los árboles que interceptan el paso. Casi no pasa un día sin que se descargue una fuerte tormenta procedente de los cerros, que nunca deja de derribar los árboles de raíces inseguros que encuentra a su paso. Durante mi estadía en el Pacimoni oía frecuentemente el ruido de la caída. Yo iba provisto de machete, pero por desgracia, no llevaba hacha, porque no sabía que ésta era tan necesaria. Nos vimos en apuros, porque encontramos dos troncos caídos que se extendían a través del caño y surgían de él a una altura de 1 a 3 pies, altura que ya no permitía el empleo de machete. Con mucha dificultad arrastramos la curiara por los troncos, y con gran riesgo de precipitar la carga al río, porque los densos matorrales impedían desembarcarla. . . . . Sólo cuando el sol está casi vertical penetra los árboles interpuestos y las trepadoras. Maderos y ramas de árboles se inclinaban hacia el rio, y a veces, piedras cubiertas del gran Hypnum, que tienen la estructura del **H. riparium,** pero más próximo a la especie común del Río Negro. . . . .

Habiendo partido en la madrugada, era ya mediodía cuando llegamos al pueblo de Santa Isabel y entonces tuvimos un portal de dos millas, por lo menos, a través de la selva para llegar al pueblo. Hallamos fácilmente la senda; maderos habían sido colocados sobre los caños y huecos llenos de agua; pero como la mejor vía para transportar artículos pesados es el agua, un pueblo está mal situado cuando se encuentra lejos de aguas navegables.

Santa Isabel está habitada principalmente por indios Cunipusana, de los cuales hay todavía un buen número desde la corriente principal del Pacimoni hacia Siapas, y en el Cañó. Hay también un buen número de indios Madauaca, que parecen haber sido los habitantes aborígenes del Alto Pacimoni, unos pocos indios Manaca, y una familia de Yabahanas traídos por Custodio de Marania.

Hay catorce casas (de las cuales una es la posada), y cada casa contiene dos familias por lo menos. Están construídas principalmente alrededor de una plaza que desciende levemente al cañito, el cual se dirige al Uaranaka. El suelo es arenoso, elevándose en su parte posterior (al N.

W.) a una colina baja. Hacia el noreste, en apariencia muy cerca, pero en realidad tan distante que apenas puede distinguirse la selva, se yergue un cerro abrupto (Tibiali, nombre dado por los indios Cunipusanas a una avecilla de color azul), que en su lado derecho es casi perpendicular (E. N. E. visto desde Santa Isabel). Relacionando el S. E. con el S. se eleva en forma de cono la extremidad de una hilera de altas montañas llamadas Imei (las avispas). Los venezolanos aplican el nombre Cerro de Avispa sólo a este cono; otro pico que se yergue en la mitad se llama Cerro de Danta, y la extremidad sur (muy distante, y visible sólo al subir la colina que se encuentra detrás del pueblito), el Cerro del Mono.

Perdimos algún tiempo en Santa Isabel por culpa mía al olvidar la carcelina. Mis hombres habían olvidado también sus anzuelos, pero en realidad los pescados que había eran apenas más grandes que las sardinillas. . . . . Con mi canasto de farinha y mi escopeta, no me cuido del problema de las provisiones, especialmente cuando llevo conmigo (como en esta ocasión) un indio de buena puntería. Felizmente, mi escopeta tenía cargados ambos calibres, y en la tarde del primer día mi cazador mató dos cojubims (Penélope sp.), uno de los cuales nos servimos en la cena, guardando el otro para el desayuno del día siguiente. Después de esto no comí nada hasta cerca de las cinco de la tarde del tercer día. En Santa Isabel hallamos sólo dos familias de mujeres con sus hijos. Una de las mujeres tenía una gallina que me alegró comprársela, porque casi moría de hambre. Varias otras gallinas vagaban por el campo, pero sus dueños estaban ausentes en los cunucos. Como lo único que podía comer eran estas gallinas mandé al día siguiente a llamar al capitán que era el dueño de casi todas. El cunuco del capitán estaba bastante distante, y después de esperar ese día y el siguiente, hasta la tarde, llegó el capitán a quien le compré algunas gallinas. Cuando no tengo qué comer, me es imposible trabajar, y además, en la curiara sólo había podido llevar dos atados de papel secante que quise reservármelos para las plantas de escaso desarrollo que esperaba hallar en los cerros. Por esta razón había dejado varias plantas interesantes en el caño, cuyas muestras habrían sido voluminosas y rápidas de llenar los papeles. El tiempo estaba lluvioso, pero en estos dos días

reuni unas pocas plantas como cualesquiera otras, e hice un dibujo de la casa posada mirando hacia el Tibiali (1).

En la mañana del 11 de febrero, habiendo hecho asar una gallina para comerla en el camino, partí con dirección al Cerro de Imei (Cerro de Avispa), acompañado por un indio joven, como guía, y por dos de mis indios.

Me habían engañado con una falsa información respecto a la distancia, y pensaba regresar a Santa Isabel antes de la puesta del sol. En lugar de esto, aunque partimos antes de la salida del sol, tardamos hasta más de medio día para llegar a un cunuco en la falda del cerro. En este trayecto cruzamos los arroyuelos cuarenta y tres veces, sin incluír los estanques que tardábamos en cruzar, porque la selva donde el suelo era más bajo estaba convertida en un lago. Los caños habían sido atravesados por varas, pero algunas estaban ya podridas y casi todas cubiertas de agua; de manera que nos fué difícil pasarlas. Cruzamos el caño de Uaranaka tres o cuatro veces, una vez con el agua hasta la cintura. Esta fué la única corriente considerable que encontramos.

Después de descansar un poco, marchamos al cerro, pero sin ninguna esperanza de llegar a una altura donde hubiera buenas plantas. Cruzamos una colina baja y descendimos a un valle abrupto, después principiamos el ascenso de una ladera de la montaña, que parecía continuar-

---

(1) La mayor parte de los otros habitantes del pueblo vinieron con el capitán cuando supieron que un blanco había llegado. Como hacía una bonita noche de luna, conseguí sacarlos a la plaza para verlos bailar. En un lugar tan remoto de la civilización y donde el pueblo, desde el momento en que fueron reunidos en algo así como un pueblo cristiano, no habían sido visitados por ningún misionero que los bautizara, esperé hallar algo nuevo en sus cantos y bailes. Pero cuál no sería mi asombro cuando, al son de una especie de guitarra hecha de un internodo de bambú, los bailarines principiaron a saltar y a arrojar sus piernas al aire en una forma bastante extraña al indio grave y estólido, y a cantar en un buen portugués: "Vamos a ver, vamos a ver, vamos a ver a mai de Deos", justamente la canción y baile de los negros de la Barra de Rio Negro cuando, durante el festival de noche buena, visitan los altares en que se exhibe la imagen de la Virgen y el Niño, generalmente en las esquinas de las calles. Cuando les pedí que cambiaran de figura, cantaron una canción negra y bailaron un baile también negro. Entonces me dije para mí: "Mi amigo Custodio ha estado aquí". Efectivamente los indios me contaron después que habían aprendido sus habilidades al negro esclavo. Sin embargo, me divertí mucho y alabé su arte.

se ininterrumpidamente, estando revestida de selva hasta medio camino, donde (como podía verse desde abajo) aparecía la roca abrupta, desnuda. Seguimos el camino durante más de una hora, pero nada había en flor, y apenas ví unos pocos árboles que no los hubiera visto antes. El suelo era seco, pero principiaron a aparecer muchos helechos, que constaban sólo de dos especies altas, una de las cuales había sido ya recogida previamente. Vino la lluvia y una tormenta de truenos se preparaba al norte del cerro, yo juzgué que era mejor regresar. Llegamos al cunuco no habiendo conseguido otra cosa que mojarnos.

. . . . . .

Se podía ascender esta montaña hasta la cumbre (siempre que fuera practicable), o siquiera a una considerable altura, durmiendo dos noches en el cunuco y dedicando todo el día intermedio al ascenso. Pero no llevábamos provisiones y en el cunuco no había qué comer, fuera de cassave. Pasé una noche miserable: no había cenado y en vano procuré dormir en una hamaca delgada de tejido muy abierto; temblaba de frío, y los zancudos me atormentaban, los cuales dizque eran abundantes en toda la falda del Imei. Emprendimos regreso en la mañana siguiente sin otro desayuno que un poco de cassave empapado en tucupí. Me había lastimado el pié desnudo el día anterior y esta mañana se profundizó la herida al pisar en un tronco cortante. Ya puede Ud. imaginar si mi viaje sería penoso con el estómago vacío y con el pié sangrante. Pero esto no me impidió recoger algunas plantas que estaban en flor y que las había visto el día anterior.

Había un gran árbol tiliáceo que no presentaba ramas que fueran accesibles, aunque las flores amarillas y los frutos punzantes sembraban el suelo. Es del género Luhea y de Pará arriba he hallado estos frutos dispersos por las selvas, pero nunca en buen estado ni acompañados de flores.

. . . . . .

Regresamos a San Custodio el 14 de febrero; la mañana siguiente, en compañía de Custodio visitamos el cerro bajo Tururumari, que se yergue un poco al norte de la aldea. En la falda tiene declive suave y está cubierto de selva; más arriba es abrupto y la roca surcada es pelada, sal-

vo ciertas fajas de vegetación pigmea en los huecos. Sólo tiene cerca de 500 pies de alto, pero permite tener una vista extensa de las cadenas montañosas llamadas Aracamuni, Tibiali e Imei. La primera de éstas corre entre el Siapa y el Pacimoni, inclinándose más al Siapa en su extremidad occidental, y al Pacimoni en la oriental. Es casi de una altura igual en toda su extensión, y puede estar a cuatro mil pies de altura sobre el nivel de la llanura. Sobre la ladera oeste del Aracamuni apenas podíamos distinguir a la distancia los cerros que se elevan desde las mismas orillas del Siapa. Tibiali está situado en la parte posterior de Santa Isabel, y todavía un poco más al este un ascenso gradual conduce al cono fino de Avispa, que forma la terminación norte de la larga sierra de Imei. La Avispa está situada al S. E. ½ S. y debe tener cerca de seis mil pies, habiendo otros picos que se aproximan en elevación.

Frente a estas nobles montañas se extendía la selva plana, como una inmensa pradera, con su superficie continua salvo en la pequeña depresión que está cerca de nosotros y que marcaba parte del curso del Pacimoni. Yo había esperado hacer observaciones más amplias, pero cuando llegamos al Tarurumari llovía en los cerros, y hasta que pasara la lluvia me ocupé en recoger las plantas interesantes que crecían en las cercanías. Por desgracia, la lluvia llegó también a nuestra montaña y nos mojó completamente. Otras lluvias siguieron a la primera, y cuando pasaron éstas, apenas tuvimos tiempo para llegar a casa antes de que cayera la noche.

(Al fin de este Capítulo reproduzco la historia de Custodio, el esclavo mulato del Bajo Río Negro, que se volvió un poderoso jefe indio y un funcionario muy apreciado por el gobierno venezolano.—Ed.).

La vegetación de estos cerros que yo he visitado, tiene casi el mismo carácter que la de las montañas Cocuí y Marabitanas. En los declives hay bromeliaceae (talvez de la misma especie) con frondas iguales a las de una palmera Assaí joven. La planta más curiosa y que se presentaba en gran cantidad, era una mata de cerca de 5 pies de alto, con brotes y hojas carnosos, y unas pocas flores tubulares de color escarlata. Es una Rutacea afín de la Galipea. Una Sipanea de muchas ramas tenía 8 pies de alto, aunque todavía era herbácea, como otras del mismo género. El holly

era frecuente; y me sorprendí de encontrar otra vez la misma Remigia (Rubiaceae) que había recogido en Esmeralda (1).

Al descender el Pacimoni desde San Custodio por la tarde, llegamos a una roca en declive suave y en las faldas de un cerro bajo que no tenía una altura mayor de 200 pies. Como resolvimos pasar la noche aquí, trepé la montaña, asombrándome ante el magnífico cuadro que se abría ante mis ojos y que sobrepasaba el de Tarurumari, tanto por la extensión como por la claridad. Una nube tormentosa cruzada por relámpagos pasaba entre Tibiali e Imei, aumentando el efecto pintoresco. Todo el horizonte estaba visible, excepto de oeste a noroeste, que estaba cerrado por árboles en la cumbre del cerro. Como éste se encontraba casi en la dirección del Casiquiari, no creo que haya habido colinas que pudieran verse, aún en el caso de que la selva hubiera estado clara. No sólo se veían todas las montañas que eran visibles desde el Tarurumari, especialmente Imei en toda su extensión, pero cambiando ligeramente de posición podía verse el Cocuí (S. W. ½ W.) y los cerros que están más abajo de San Carlos, además de un grupo de colinas bajas que se extendían entre el suroeste y el sur, y a gran distancia y en la parte posterior, podíamos distinguir confusamente el Pira-rukú.

(El Diario del viaje de regreso se termina aquí; pero

---

(1) (Aquí daré una lista de las pocas plantas que Spruce recogió en estas montañas cerca de las vertientes del Pacimoni, en vista de que la localidad no ha sido visitada todavía por otro botánico. Por razones ya explicadas, no recogió más plantas que las que le eran nuevas.

En el monte Imei (al pie de las rocas):

Cephaelis sp. (Rubiáceae); Miconia sp. (Melastomaceae); Baduda sp. (Myrsineae); Davya sp. (Melast.); **Swartzia grandifloria,** Boug. (Caesalpineae); Faramea, n. s. (Rubiaceae).

En el monte Tarurumari:

Sipanea rupicola, Spruce (Rubiaceae); Aspidosperma sp. (Apocyneae); **Galipea oppositifolia** n. s. (Rutacea); **Echites anceps,** Spruce (Apocyneae); Myrcia sp. (Mirtáceas); **Liriosma micrantha** s. n. (Olacineae); Ruyschia sp. (Maregraaviaceae); Cupania ap. (Sapindaceae).

Debe recordarse que Spruce dedicó sólo pocas horas a cada una de estas montañas, y que ya había pasado dos o tres semanas en el examen de la llanura que las rodeaba.—Ed.).

la corta relación de las excursiones botánicas muestra que Spruce llegó a la desembocadura del Pacimoni el 24 de febrero de 1854, permaneció un día recogiendo plantas en la confluencia del Pacimoni con el Casiquiari, y llegó a San Carlos el último día del mes. Todo el mes de marzo lo dedicó a distribuír y empacar sus colecciones para despacharlas a Inglaterra, mientras dedicaba todo el mes de abril y la mitad de mayo en excursiones botánicas alrededor de San Carlos, hasta principiar su viaje a las cataratas del Orinoco por la vía de Guainia y Javita. La carta siguiente a Sir William Hooker da un esquema del interesante viaje que terminaba y explica algunas cuestiones que no habían sido tratadas en el Diario. Es también un ejemplo bueno del estilo literario de Spruce y sirve para ilustrar su interés general por todas las cuestiones científicas; y aunque puede repetir algunos hechos ya registrados en el Diario, no creo que ninguno de los lectores de sus viajes lo considerarán fuera de lugar.)

A Sir William Hooker

San Carlos del Río Negro, Venezuela,
19 de marzo de 1854.

. . . . . Calculé tardar un mes en mi viaje por el Casiquiari, pero después de pasar la desembocadura del lago Vasiva, los mosquitos eran tan abundantes que mis indios se ponían impacientes en las paradas. Mientras seguíamos en movimiento pocos mosquitos se reunían en la piragua, pero cuando nos deteníamos a cocinar o a recoger flores, eran insoportables, y la tolda se volvía una colmena. Ud. puede comprender bien que si bien mi entusiasmo como naturalista me volvía insensible al sufrimiento o al fastidio, no dejaba de participar en los sentimientos de mis marinos, y me alegraba cuando podía partir enseguida. El tiempo era extraordinariamente benigno y seco para esta región; de aquí la abundancia de mosquitos. La misma circunstancia era favorable para conservar las muestras, pero los árboles de la orilla estaban casi tapizados de flores y el fruto era demasiado tierno para tomarse la molestia de recogerlo. Sin embargo, tuve lo suficiente para ocupar-

me. En la tarde del 21 de diciembre, 1853, partimos de la desembocadura del Casiquiari. No pude mirar el Orinoco por primera vez sin sentir emoción, y pensé en los ilustres viajeros que hacían cincuenta años habían explorado su curso y los productos vegetales de sus orillas; yo tenía también la esperanza de recoger algunos de éstos en los lugares donde habían sido descubiertos. Mi intención primera (como Ud. bien lo sabe) era explorar el río Cunucunuma, que corre a lo largo de la ladera occidental de las montañas Marayuaca y Duida, y entra al Orinoco un poco más abajo de la desembocadura del Casiquiari; pero antes resolví visitar el Esmeralda.

Seguíamos el Orinoco, río arriba, y en la mañana del 24 llegamos al Esmeralda, habiendo tenido algunas dificultades en abrir paso a la piragua, porque el Orinoco bajaba rápidamente, y en algunos lugares donde se ensancha, apenas tenía tres pies de fondo, lo indispensable para mantener a flote a mi piragua. Como escaseaban mis provisiones, dediqué cierto tiempo a buscar a los indios del Esmeralda y obligarlos a cocer cassave. Con excepción de ésto, todos los momentos aprovechables durante el día fueron dedicados a recoger plantas de los cerros y sabanas circundantes. Me parece que ya le he dicho a Ud. que el comisario general del Río Negro (residente en San Fernando de Atabapo) me había invitado a acompañarlo a una expedición hasta los orígenes del Orinoco, dándome cita con tal objeto en el Esmeralda un día de navidad. Como lo dije antes, llegué al punto de cita un día antes del que fué acordado, pero supe que todo estaba revuelto en los círculos oficiales de Venezuela y que todos los funcionarios serían reemplazados en el país; pero supe que el comisario había impartido órdenes para preparar yuca en Esmeralda, Cunucunuma y otros lugares: ésta era una prueba de que había sido sincero en sus intenciones. Algún tiempo más tarde, cuando yo estaba en el Pacimoni, recibí una carta en la cual me decía que ya no era comisario, y que no podría dejar su puesto hasta la llegada del reemplazo, que se hizo cargo de la oficina recién el mes de marzo. Yo habría esperado de buena gana algún tiempo pero el Orinoco descendía rápidamente y yo temí no poder entrar al Cunucunuma; así pues, después de una estadía de cuatro días, me despedí de Esmeralda y de sus mosquitos. Tardamos todo

el día 28 y el 29 hasta el medio día para llegar a la desembocadura del Cunucunuma. Entramos a este último que puede compararse a la mitad superior del Casiquiari por su anchura y profundidad; pero el agua es negra y no blanca; y sin embargo los mosquitos son tan abundantes como en el Orinoco. Los indios que pueblan el Cunucunuma son maquiritares; yo tuve la esperanza de conducir mi piragua hasta su primer pueblo, que está al pie del tercer raudal (catarata).

Llegamos al primer raudal el día de año nuevo (1854). Había agua suficiente para mi piragua, que la arrastramos con alguna dificultad. A las ocho de la mañana siguiente llegamos a la base del segundo raudal, una larga catarata donde el río se extiende y ensancha, corriendo por un lecho de guijarros redondeados, de todos los tamaños hasta llegar al de la cabeza humana. Dos horas luchamos para poder arrastrar la piragua por esta catarata, pero fué infructuoso seguir luchando y con el corazón apenado ordené regresar. Había calculado pasar por lo menos un mes entre los maquiritares explorando su río mediante pequeños botes hasta los orígenes, que están en tierra alta hacia la corriente principal del Ventuarí y Caura; pero esto fué impracticable a menos que yo pudiera llevar mi papel y artículos a alguna estación donde establecer mi campamento, una vez que la parte del río Cunucunuma está encerrada en una selva tan densa que tuvimos que buscar sitio para preparar nuestra comida. . . . . .

Después de visitar el pueblo en una canoa pequeña y permanecer un día en él, regresé a la piragua, notando que el río había bajado; era evidente que no debíamos perder el tiempo, porque, si habíamos pasado el primer raudal con dificultad al subir, ahora sería insuperable.

. . . . . .

El 6 de enero salíamos del Cunucunuma y debía decidir cuál sería nuestro rumbo. Había pocas probabilidades de avanzar más por el Orinoco, debido a la escasa profundidad del agua. En mi camino por el Casiquiari había entrado al lago Vasiva, y aunque se había secado tan poco que no pudimos hallar un puesto para encender el fuego, las selvas vecinas parecían contener una vegetación pecu-

liar. Había grandes playas cubiertas de palo de balsa (1), que ahora se encontraban a varios pies bajo agua, pero que en la estación seca se descubrían. Mi piloto, que había pasado un verano en Vasiva cazando tortugas me contó que la arena se cubría de infinidad de plantas anuales. Por consiguiente, resolví explorar totalmente el Vasiva, y ya me imaginaba el gran número de Burmannias, Utriculárias, Ptychomeriae, etc., que yo recogería en sus orillas. Fué necesario ocupar a toda la expedición, porque cuando el Casiquiari está en su nivel más bajo, sólo las canoas pequeñas pueden navegar en su parte alta. Volvimos a entrar el 7 a medio día y principiamos la navegación río abajo. Llovía todos los días, y en lugar de bajar como creíamos, volvió a subir. El 12 llegamos a un pequeño establecimiento indio, un poco más arriba de la desembocadura del Vasiva. . . . . Esperando que la creciente de las aguas sería sólo temporal, esperé en Yamadu-bani hasta que bajaran. En el Casiquiari y en el Alto Orinoco, se consideran los meses de enero, febrero y marzo, los más secos del año, y en este último mes se cree que el nivel del río es bajísimo. Sin embargo, este año principió el punto de partida el 8 de enero, y la creciente de la corriente había seguido continuamente, con excepción de una ligera disminución a mediados de febrero, hasta la presente fecha en que el río está tan lleno como si fuera fines de junio. Por esta razón dicen aquí que en este año no ha habido vaciante, y que las consecuencias serían desastrosas. No podían extraer el aceite de tortuga en el Alto Orinoco ni en el Casiquiari; no podían cazar tortugas ni salar el pescado. . . . . Partí a Vasiva el 22, y en la tarde del mismo día tomé mis posiciones a la salida del lago, en el único pedazo de tierra que no se había inundado. Durante los cuatro siguientes días, que fueron terriblemente lluviosos y obscuros, exploré el lago en mi curiara, y viendo que no podría hacer nada, seguía el Casiquiari, río abajo. No estaba contento de regre-

---

(1) Spruce dice que ésta es una especie de Amyridaceae, orden de los árboles y matas resinosos, algunos de los cuales producen la mirra y el incienso del Oriente, mientras que algunas especies sudamericanas producen aceites, gomas y bálsamos, especialmente los de los géneros Icica y Hedwigia. Spruce no pudo conseguir flores de las especies a que se refiere aquí.—Ed.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

sar a San Carlos sin haber aumentado el contingente de mis plantas disecadas, y mi mejor plan parecía ahora ser explorar el Pacimoni. Sólo parcialmente pude realizarlo. El 27 de enero entré al Pacimoni y lo exploré durante un mes casi hasta su corriente principal, que está en medio de montañas magníficas; éstas son deshabitadas y casi inaccesibles, y apenas conocidas de los geógrafos por su nombre.

No tengo tiempo para escribir en detalle acerca de las plantas recogidas. Las del Pacimoni tienen mayor novedad, pero creo que la pequeña colección hecha en Esmeralda será vista por Ud. y el Sr. Bentham con mayor interés, aunque creo que todas las especies han sido ya recogidas por Humboldt y Schomburgk. Los cerros bajos cerca de Esmeralda —restos del Duida— tiene una escasa vegetación fructífera, entre la cual una de las plantas más notables es un Commianthus, aparentemente el **C. Schomburgkii,** Benth., aunque es una forma más pequeña que la que recogí hace dos años en un pequeño campo arenoso cerca de la Barra. Es tan abundante a un cuarto de hora de distancia de Esmeralda que casi no creo que no esté entre las plantas de Humboldt. Otro arbusto que crece con él en gran cantidad es una forma raquítica del **Humirium floribundum;** la misma especie ampliamente distribuída acompaña al Commianthus cerca de la Barra. Igualmente frecuente era una Remijia de cápsulas muy pilosas, más cortas de lo ordinario en este género. Me sorprendí de encontrar más tarde la misma especie en una montaña granítica cerca del Pacimoni; especialmente porque ninguna de las plantas que acompañaban a esta especie en la última localidad no era idéntica a las de Esmeralda. Otros arbustos eran una Byrsonima, en apariencia una forma de **B. spicata,** una Guatteria, una Pagamea, etc. Bajo las grandes piedras crecía el helecho más delicado que yo haya recogido; a primera vista se parece a un **Allosorus crispus** en miniatura, pero en realidad se parece más a la Schizaea. Junto a él crecía una hierba pequeña de hojas truncadas, que yo recogí abundantemente en ocasiones similares en las cataratas del río Uaupés. Enraizada en las grietas de las rocas y enlazada con los arbustos adyacentes o con las rocas mismas crecía una Asclepiadea, de hojas angostas y diminutas flores blancas, que se parecen al **Galium saxatile.** En los lugares rocosos y húmedos hallé un arbusto de cerca de 4 pies de

alto, de largas ramas pinnadas, hojas rígidas y diminutas que se terminan en arista, y frutos solitarios y axilares del tamaño y color de haws. Es nuevo para mí y me parece que es una Mirtácea capsular, pero no la he examinado atentamente. Había también unas pocas melastomáceas y otras plantas.

Las sabanas cercanas al pueblo (Esmeralda) estaban casi secas por el gran calor. Las hierbas aparecían en pedachos marchitos, pero reconocí entre ellos varias especies de Paspalum, Setaria, andropogos, Trichopogon, etc. Crucé las dos primeras sabanas en la dirección del Duida, pero no hallé casi nada en flor. Es curioso que en la segunda de éstas el único árbol, además de la palmera Moriche, es una Qualea, que me parece idéntica a una que recogí en un campo, de características similares, frente a la Barra y que el Sr. Bentham la llamó **Q. retusa.** El árbol de Esmeralda no tenía flores ni frutos, y si estaba en el mismo estado durante la visita de Humboldt, es probable que éste no recogió muestras.

En la sabana que se extiende hacia el Guapo, había algunos lugares húmedos, y en ellos recogí plantas interesantes. Entre ellas hay dos Burmanniaceae (talvez las verdaderas Burmannias), una de ellas de una flor violeta mucho más grande que las que he visto en especies de la misma tribu; cuatro Gentianeae, de las cuales dos son Lysianthi; la una es una pequeña especie de flores azules brillantes, exactamente iguales a la **Campanula rotundifolia;** la otra era una planta alta de flores verdes; las otras dos especies eran plantas diminutas afines de la Schuebleria, tres o cuatro Xyrideae, dos Asclepiadeae, dos rubiáceas diminutas de flores amarillas, especie de la Perama, una de ellas la **P. hirsuta** (recogida también en Santarem), tres Polygaleae, en una de las cuales reconocí a la **P. subtilis,** H. B. B., y varias otras.

Recogí también todo lo que pude en las orillas del Orinoco, inclusa la **Palma Jagua,** cuyas bellezas han sido tan justamente elogiadas por Humboldt en sus **Aspects of Nature.** Es una Maximiliana que todavía no ha sido descrita; llevé conmigo muestras y notas de la planta viva que me permitirían describirla. Había dos árboles espléndidos de ella en la desembocadura del Casiquiari. Había hecho cortar uno de ellos, y hecho embarcar una fronda y un espá-

dice del mismo en la piragua, donde podía examinarla tranquilamente y continuar mi viaje. La fronda media 34 pies de largo y estaba compuesta de 426 pinnae. El espádice llevaba cerca de dos mil frutos y era una buena carga para dos hombres. Varios espádices maduran simultáneamente. Esta estadística será suficiente para darle a Ud. una idea del magnífico aspecto de la Palma Jagua, que es uno de los principales adornos del Alto Casiquiari y el Orinoco. A medio camino del Casiquiari, donde el agua principia a ser indiscutiblemente blanca, las rocas de la orilla y las ramas colgantes inundadas de los árboles principian a revestirse de un musgo que tiene exactamente el mismo aspecto de **Cinclidotus fontinaloides.** Es tan abundante en el Alto Casiquiari y en el Orinoco, que creo que en una hora podría cargar de él un bote pequeño. Este musgo, que Ud. fué el primero en describir, bajo el nombre de **Grimmia fontinaloides,** es tomado de las muestras recogidas por Humboldt en el Alto Orinoco. Si es agradable descubrir una especie que no haya sido todavía descrita, el placer es por lo menos igual (y libre de egoísmos) cuando, después de un gran lapso de tiempo, uno recoge la misma planta en el lugar en que fué descubierta, por otro. Ya me imagino la alegría del Dr. Hooker al recoger otra vez los musgos descubiertos por Menzies en Nueva Zelandia.

Una de las cosas más notables del Pacimoni, era un árbol muy conspicuo desde lejos por ciertos conos blancos sembrados densamente entre el follaje verde. Mi telescopio descubrió que estos conos eran frutos, pero mis indios insistían en que eran nidos de avispas; y aun cuando ya llegamos directamente al árbol, que no tenía más de 40 pies de alto, nadie quiso aventurarse a trepar el árbol hasta el momento en que tocaron los conos con sus varas. La precaución de los indios no era de ninguna manera ridícula, porque en el Casiquiari pudimos constatar que había nidos de avispas de todos los tamaños y formas. Espero que este árbol constituirá un nuevo género de Clusiaceae, afín de la Platonia.

Al regresar de una de mis largas expediciones, siento una especie de humillación por lo poco que hago en favor de otras ciencias fuera de la botánica, y sobre todo cuando el país recorrido es más interesante al geógrafo que al botánico; y no me consuelo pensando que una sola persona

no puede hacer todo, que la conservación de las plantas en este lugar quiere decir gran trabajo mecánico, y que los cuidados y contratiempos de un viaje en que los trabajadores son indios y en que uno debe buscar su comida día tras día, requieren mucho tiempo. En mi último viaje, en añadidura a mis colecciones botánicas traje conmigo mapas aproximados de los ríos Pacimoni y Cunucunuma, con materiales para trazarlos mejor en un día cercano; unos pocos esquemas de la escritura pictórica; y vocabularios, más o menos completos, de seis diferentes lenguas, inclusa la de los indios Guaharibos. Pero hay personas que habrían hecho mucho más; y alguien que venga después de mí, con más salud y fuerza, ayudado por manos más industriosas, y con toda clase de recursos a su disposición, completará lo que ha quedado imperfecto.

(La siguiente es la historia de Custodio, el comisario del río Pacimoni en el Casiquiari, contada por Spruce mismo.—Ed.).

Custodio es un mulato casi negro, aparentemente de cuarenta y cinco a cincuenta años, alto, fuerte, bien parecido. Nació esclavo en la aldea de Barraroá (1) en el Río Negro.

Su patrón lo trataba muy bien, como si hubiera sido su hijo, porque no tenía hijo propio. Cuando Custodio creció acompañaba a su patrón a expediciones por el Uaupés, Maraniá, etc., en busca de zarzaparrilla y otros productos del país, y frecuentemente recibía el encargo de comerciar sólo con una cantidad de artículos. Así visitó el Maraniá ocho años sucesivos, y se relacionó bien con los indios Yabahana que viven en el nacimiento del río. Su patrón tenía una caseira (ama de llaves), mujer que ya no era joven, y a quien respetaba Custodio como a su propia madre. Pero habiendo quedado en el sitio mientras su patrón se había ausentado por pocas semanas, las malas lenguas convencieron al patrón que el esclavo y la caseira lo habían engañado. Entró a la casa teniendo la escopeta cargada junto a sí, y cuando Custodio entró a darle la bienvenida,

---

(1) (A veces llamada San Thomas y situada a medio camino de la Barra y Marabitanas.—Ed.).

FUNDADA EN 1651 QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN TURÍSTICA

sin decirle una palabra tendió la escopeta hacia Custodio y apretó el gatillo. Felizmente no acertó el disparo, y Custodio, aunque no podía explicarse la razón para tal acogida, comprendió por este acto y por el ademán de su patrón que estaba dispuesto a matarlo, y sin esperar advertencia, emprendió la fuga. Se internó pronto en la selva y por la noche bajó a la orilla del río; tomó una montaria y siguió río arriba. Cuando llegó a Santa Isabel, se atrevió a saltar a tierra; entró a casa de algunos indios que eran sus amigos y les contó su historia. Pero no observó que entre los que lo escuchaban había dos mestizos que resolvieron ganarse una recompensa llevándolo otra vez a la esclavitud. Lo esperaban, pues, con las escopetas cargadas fuera de la casa; pero a Custodio le contaron lo que pasaba. Su única arma era un largo cuchillo asegurado a la extremidad de una vara; lo agarró y blandiéndolo salió. Sus asaltantes retrocedieron y antes de que pudieran dirigirle sus mosquetes, Custodio dobló la esquina de la casa y se hundió en los cafetales y otras matas que casi nunca faltan en una aldea india. De aquí a la selva había sólo pocos pasos, y Custodio se vió libre de sus perseguidores por el momento. Resolvió no aventurarse a lugares habitados, y se abrió penosamente camino por la selva hasta llegar a la desembocadura del Maraniá, nadando por los caños que encontraba a su paso. Aquí, sólo con su cuchillo se hizo una canoa del tronco de un árbol, arte que había aprendido a sus amigos los Yabahanas donde quería dirigirse. Con su cuchillo hizo también un remo, y equipado así partió del Maraniá, alimentándose sólo de frutos silvestres y procurándose fuego cuando lo necesitaba fregando fragmentos de Cocurito. Así consiguió llegar a la tierra de los Yabahanas. Aquí permaneció seguro dos o tres años y tomó mujer; pero queriendo vivir en un lugar donde pudiera exhibir su habilidad de herrero, pasó al Pacimoni, de aquí al Casiquiari para llegar a San Carlos. Por la constitución venezolana, los esclavos brasileros que crucen la frontera son libres, pero por alguna traición, un portugués que iba a la Barra, agarró a Custodio de noche y se lo llevó atado por el Río Negro. Esto sucedió en 1836, hacia el fin de la revuelta de los cabana, y en la Barra había una chalupa a bordo de la cual fueron puestos los prisioneros (cabanos). El patrón de Custodio había muerto, pero los albaceas del patrón lo reclamaron y Custodio fué llevado a la chalupa, aherrojado jun-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1826 QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

to a los rebeldes hasta que el país se apaciguara. La chalupa zarpó por el Amazonas, río abajo, pero no había navegado muchos días cuando llegó un expreso para pedir la ayuda de ésta a fin de reprimir una nueva explosión de descontento. Al llegar otra vez a la Barra, ya no fueron necesarios sus servicios. Era navidad y la partida fué aplazada hasta el fin de la fiesta. Por concesión especial del capitán de la chalupa, los prisioneros podían saltar a tierra siempre que había baile, a condición de regresar a dormir a bordo cerca de las diez de la noche. En las dos primeras noches en que Custodio se aprovechó de esta licencia regresaba puntualmente a su prisión, pero la tercera noche, al desprenderse de la alegre muchedumbre para regresar a su miserable alojamiento, casualmente se encontró solo en la calle. Era una brillante noche estrellada y no hay que admirarse que en aquel momento Custodio fué atraído por un irresistible deseo de libertad, o que talvez le asaltaron los recuerdos de la casa de sus amigos indios, de su mujer y de sus dos hijos pequeños. Más de mil millas de selvas y ríos lo separaban de ellos, y no tenía amigo que lo ayudara; pero estaba familiarizado con el camino y acostumbrado a vivir en la selva. Tomó una resolución instantánea. Corrió al puerto. No se veía una sola montaria, fuera de una cargada de sandías y que una anciana había traído a tierra. Le dijo así: "Boas noites, senhora, usted viene con una carga muy pesada; permítame que desembarque su carga". "De boa vontade (con mucho gusto), hijo mío —dijo ella— "tu ayuda me sirve de mucho". Su casa estaba cerca y Custodio había ya vaciado el contenido de la montaria. La anciana estaba contenta y le dió una pataca por su trabajo. Esto no era lo que quería y Custodio había ya forjado su "historia" para alcanzar su objeto. "Madre —dijo él— ¿no me prestaría su montaria para ir a visitar a mis amigos al otro lado del igarapé?" (el igarapé da Cachoeira). "Toma la montaria —dijo ella— pero asegúrala bien al mismo lugar cuando regreses". Custodio se lo prometió rápidamente, saltó a la montaria y con un presuroso "até logo" (hasta luego), partió sin que la pobre mujer volviera a ver a Custodio ni a la montaria.

En la extremidad norte de la Barra hay una pequeña península rodeada por arrecifes abruptos, llamada San Vicenti, donde hay una especie de fuerte. Custodio bogó a lo

largo del arrecife lo más silenciosamente que pudo, pero no escapó de ser llamado la atención por el centinela, quien, sin embargo, lo dejó pasar al oír la misma historia que había contado a la anciana. Faltaban pocos minutos para las diez; su ausencia habría sido notada en la chalupa, y por esta razón se aplicó a los remos con toda fuerza. Al acercarse a la desembocadura del igarapé oyó el sonido de remos y numerosas voces que charlaban y reían. Este rumor procedía de varias montarias que se acercaban a la ciudad. No convenía ser descubierto por los ocupantes; así pues se apartó y no se acercó otra vez a tierra mientras no estuvo seguro de que no había voces ni figuras humanas. Advertido por su experiencia anterior, resolvió confiarse a los tigres antes que a los hombres, evitando toda apariencia de población. Para mayor seguridad se mantuvo siempre en la orilla izquierda del río, a lo largo de la cual casi nunca navegan los buques ni al subir ni al bajar; además no hay ninguna aldea antes de llegar a Santa Isabel. Remaba noche y día, y no se entregaba al sueño sino a medio día, para lo cual dirigía la canoa hacia un gapó, y cerraba los ojos seguro de que no lo asaltarían los hombres, pero con el peligro de ser estrangulado por alguna culebra acuática. Su comida por todo el Río Negro fué el fruto de una curiosa enredadera (Gnetum) de hojas unidas, las junturas eran hinchadas y llevaban un par de hojas correosas; en el Brasil se llama Ituán, y la especie que le sirvió a Custodio de alimento es común en todo el Río Negro, donde la he recogido en flor y en fruto. También me he encontrado con ella en el Pacimoni y Casiquiari. Recogía este fruto donde aparecía en cantidad y en lugares convenientes encendía fuego para tostarlos; amontonaba los frutos tostados en la proa de la montaria y cuando ya los había consumido cocía más. Así siguió hasta llegar a la desembocadura del Maraniá por el cual decidió ascender. Un camino más fácil y más corto habría sido seguir por el Río Negro hasta llegar a San Carlos, pero habría corrido peligro al pasar las guarniciones de Sao Gabriel y Marabitanas, sabiendo especialmente que buscaban esclavos fugitivos y cabanos. Siguió, pues, por el Maraniá; aquí no había ya Ituán; pero, había una escasa provisión de la palmera Miritĺ que apenas sostiene, aunque sea muy insípida. Después de treinta y cinco días desde la partida de la Barra, llegó salvo a Ya-

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

bahanas. Durante todo este tiempo no había hablado con ningún ser humano, ni había probado cassave ni farinha, ni otra clase de alimento producido por la industria humana. Después de corto descanso entre los Yabahanas, siguió su viaje a San Carlos, por la misma ruta de antes, y tuvo la felicidad de encontrar a su familia tal como la había dejado.

Varios años permaneció en San Carlos trabajando en su profesión, hasta que el comisario general del Cantón, que sabía las buenas relaciones que Custodio tenía con los indios del Maraniá, Pacimoni y Siapa, y la gran influencia que ejercía sobre ellos, le ofreció la dirección administrativa del río Pacimoni. Aceptó el ofrecimiento y se trasladó con su familia al Pacimoni. Ya había un pueblo cerca del Pacimoni, llamado Santa Isabel, que había sido fundado hacía pocos años por familias de indios Mandauaca y Cunucurana. Custodio incrementó este pueblo y fundó otro a alguna distancia más abajo del río, en un punto que puede alcanzarse en botes de considerable tamaño, y por consiguiente, mejor situado que Santa Isabel para el comercio, que sólo permite el acceso de botes del tamaño más pequeño, hasta la distancia de dos millas. No contento con éste, y habiéndosele unido varios parientes de su mujer con sus familias, se trasladó a un día de distancia más abajo del río, hace dos años, donde fundó un pueblo bastante enraizado y llamado San Custodio. De manera que Custodio, el mulato, el esclavo, el cautivo, figura ahora como "comisario del río Pacimoni y fundador de los pueblos de Santa María y San Custodio".

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

NOTA SOBRE LOS ORIGENES DEL ORINOCO

(En un volumen sobre **L'Orénoque et la Caura,** por J. Chaffanjon, París, 1889), el autor describe su viaje por estos ríos hasta llegar a los orígenes del Orinoco. Por desgracia, resulta que no tuvo medios de fijar la situación, y su mapa muy esquemático es poco fidedigno. Esto se nota, porque presenta la distancia de Esmeralda al punto más alto que alcanzó, en una montaña llamada Ferdinand de

Lesseps, mayor que la distancia de Esmeralda a San Fernando de Atabapo en la desembocadura del Guaviare; lo cual llevaría al autor hasta un punto más allá de la sierra Parima como aparece en todos los mapas.

Partiendo de Esmeralda en 2 de diciembre de 1886, en una gran canoa de ocho remeros, y subiendo las numerosas cataratas llegó al Raudal des Français el 13 del mismo mes. Después en once y medio días, en una pequeña curiara de dos hombres, llegó a un punto donde el río es impracticable debido a las obstrucciones rocosas. Dos horas a pie los llevó a un lugar donde por los pequeños arroyos de lechos inclinados y rocosos en un declive montañoso, puede considerarse bien como los orígenes de este gran río. Sin embargo, queda todavía para algún observador competente la oportunidad de fijar la posición del punto alcanzado.—Ed.).

EL RIO PACIMONI

desde el punto en que el caño de Uaiauaka principia a ser navegable hasta su confluencia con el Casiquiari. Febrero de 1854.

Reducido de los esquemas originales de Spruce.

Comparado el tiempo ocupado en cruzar a éste, así como al Casiquiari, cuya longitud es conocida aproximadamente, la escala de este mapa parece ser de una pulgada por 10 millas, y la distancia total, siguiendo las vueltas del río, cerca de 200 millas (A. R. W.).

El Pacimoni, desde la desembocadura de Baria, lleva el nombre de Yatúa. Sus orígenes están casi a medio camino del cerro Imei, y uno de sus brazos, el Atsibakiri, viene de la extremidad sur, llamada cerro de Mono, de esa montaña; el agua es negra. A cierta distancia recibe por la orilla derecha al caño de Uaiauaka, ligeramente inferior al de Yatúa, y como él, estrecho, de bajo fondo, torrentoso, sin cataratas. Sus orígenes están entre las montañas Tibiali e Imei, y el agua es blanca.

CAPITULO XIII

A LAS CATARATAS DEL MAYPURES POR EL CAMINO DE JAVITA Y REGRESO A SAN CARLOS

(Como esta ruta particular ha sido descrita más frecuentemente por los viajeros, he pensado dar solamente un extracto de la mayor parte del Diario; reproduciendo, en cambio, en su totalidad, la relación del Maypures y las cataratas y las notas sobre la vegetación de las orillas del río. San Carlos fué el campamento de Spruce durante un año ocho meses. Además residió en él en tres ocasiones diferentes, por períodos de cinco meses y medio y de tres meses (dos veces), haciendo en conjunto sólo quince días menos para un año. Ahí se familiarizó con la lengua española, así como con el dialecto indio más común, el Baria; y por sus relaciones con los funcionarios venezolanos, así como con los mercaderes indios, obtuvo un conocimiento grande del país con sus producciones, su gente, su gobierno y su historia. Su diario y algunas de sus cartas contienen muchas notas cortas y ensayos, que indudablemente pensaba convertir en una relación sistemática de esta región interesante y aún poco conocida. Todo lo que puedo hacer aquí es reproducir lo más interesante de estas cartas y notas, formando la última parte de este Capítulo).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

VIAJE A MAYPURES

(Extracto del Diario por el editor)

El 26 de mayo de 1854 Spruce partió de San Carlos en su gran canoa y navegó lentamente por el Guainia reco-

giendo plantas por el camino. El domingo, 4 de junio, llegó a Tomo, y como el tiempo estaba muy lluvioso, permaneció ahí cuatro días para secar y empacar las plantas que había recogido, debiendo dejar aquí su bote hasta regresar del Orinoco. Dice que este lugar era terriblemente necesitado. No se podía conseguir pescado, y todo su alimento fresco estuvo compuesto por dos tucánes. El 9 partió en una canoa mucho más pequeña con dirección a Maroa y Pimichin, llegando a este lugar en la tarde del día siguiente.

. . . . . .

Spruce observa que el camino de Pimichin a Javita se mantiene despejado y en buen orden, siendo de 12 pies de ancho más o menos; pero los puentes de troncos de árboles a través de las numerosas corrientes están a veces en malas condiciones y son peligrosos de cruzar. No se toman la molestia de hacerlos de madera buena y durable. Con excepción de una corta extensión de caatinga en Pimichin, y otra a tres cuartos del camino a Javita, la selva es muy elevada. El Jebaría es muy abundante, habiendo varias muestras muy hermosas. Hay también hermosos árboles de caucho (**Siphonia lutea**) del cual la gente ha principiado a recoger goma. En varias partes el camino estaba cubierto de grandes sotos de **Leucobryum Martianum,** y en un lugar había penachos de una especie blanca parecida al **L. glaucum,** pero con puntas más alargadas hacia las hojas. En medio camino se yergue una cruz. Como sólo halló dos jóvenes para ayudar a sus indios, ellos llevaban una carga muy pesada, y tardaron la mayor parte del día para llegar a Javita. Spruce observa que Javita y Balthazar (la primera aldea en el río Atabapo) son las más limpias de todo el distrito, y sus habitantes los menos amorales, debido principalmente a las enseñanzas de un viejo zambo, residente en Balthazar, cuyo talento para cantar misa y letanías y su gran cumplimiento de los preceptos religiosos le han dado gran influencia, y le han valido el nombre de padre Arnaoud.

Habiendo obtenido el uso de un bote que pertenecía a un mercader venido del Orinoco, Spruce pudo partir de Javita y en tres días llegó a San Fernando de Atabapo, situado en la confluencia del río con el Guaviare, uno de los más grandes afluentes occidentales del Orinoco, y sólo a

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

pocas millas de su confluencia con el gran río. Está rodeado de tierras muy bajas inundadas en invierno; entonces es inaccesible en todas direcciones menos por agua. Es muy insalubre, y junio, julio y agosto son los peores meses.

La aldea se parece mucho a Maroa en el Guainia, pero es más grande y menos limpia. Tiene una antigua iglesia y convento y unas pocas casas buenas. Sus habitantes parecen ser la escoria de Venezuela: pocos blancos, la mayor parte medio indios y zambos. Muchos son fugitivos de provincias distantes. Mientras permaneció aquí dos días, Spruce examinó los registros del convento donde los viajeros dejan sus nombres, esperando hallar en ellos las firmas de Humboldt o de Bonpland; pero todos los registros anteriores a 1842 habían desaparecido por descuido, y mucho de lo que existe está arruinado por la humedad y los insectos.

En el Orinoco, un poco más arriba de la desembocadura del Guaviare, hay una hacienda nacional, en un lugar llamado Menicia, donde se cultiva una pequeña cantidad de café y caña de azúcar; el último para la preparación de un ron ordinario; el primero apenas suficiente para el consumo de la aldea.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

NOTAS DE SPRUCE SOBRE LA VEGETACION DE LOS RIOS TEMI Y ATABAPO

La mayoría de las plantas son idénticas a las de Pimichin y Guainia. Las palmeras notables son la Mauritia vellosa (tan abundante que hasta los indios se daban cuenta), la Caraná, una Bactris con ramas de frutos escarlata, un bonito Desmoncus, y una Jará de tallos solitarios. . . . . Un árbol muy frecuente en el Atabapo es la Henriquezia, que rara vez sobrepasa los 15 pies. Cuando bajé estaba en fruto (junio), y cuando subí (agosto), principiaba a florecer, pero yo era demasiado débil para recogerla y conservarla. La corola era purpúrea y bastante parecida a la especie de Río Negro. Cuando el río está lleno, la única tierra accesible en la orilla son ciertas rocas que se encuentran a considerable distancia, y que los viajeros se esfuerzan por alcanzar cuando se trata de cocinar o de dormir.

Son negras, masas irregulares con poca tierra en los huecos que, estando húmeda, produce unas plantas anuales pequeñas en la estación húmeda. Entre éstas hay algunas Xirideas, Utriculariae, Polygaleae, la misma Burmannia de grandes flores azules como en el Maypures y Esmeralda (**B. bicolor,** Lart.) etc. Entre los arbustos, muy frecuente es una melastomácea de copiosas flores rosadas, y una Cassia delgada que crece de 2 a 4 pies.

El Atabapo es la contraparte del Pacimoni, un poco más ancho en su parte baja, pero de menor fondo. En verano hay unas pocas cataratas pequeñas, y muchas veces se seca tanto que hay que arrastrar las embarcaciones por los bancos de arena. Tal como en el Pimichin, tiene un ancho gapó de caatinga, circundado por alta selva.

EL VIAJE POR EL ORINOCO AL MAYPURES

(Extracto)

(El 18 de junio, cerca de mediodía, Spruce partió de San Fernando en compañía del Sr. Lauriano, mercader, a quien le prestó dos de sus hombres de manera que pudieron viajar juntos. El agua del Guaviare es más blanca que la del Alto Orinoco, y en una distancia considerable más abajo de la confluencia con el Orinoco, es obscuro en el lado derecho y blanco en el izquierdo. El aspecto general del río es parecido al del Solimoes (Alto Amazonas), con la diferencia de que no hay sauces en sus márgenes. Sólo hay dos pequeñas aldeas indias entre San Fernando y Maypures; en la segunda de las cuales pasaron la noche. Aquí había un pequeño cañaveral y una destilería de ron, y la caña de azúcar refuse cane había atraído millones de hormigas que pululaban por la aldea hasta el puerto, de manera que era imposible caminar sin ser acosado por las hormigas. No hay alimento que pueda protegerse contra ellas. Los viajeros colgaron sus hamacas en el cobertizo abierto donde se molía la caña, y se alegraron mucho de poder embarcarse en la mañana siguiente.

A las 9 se detuvieron para preparar una gallina en el Cerro de Mono, en la orilla izquierda, donde la roca desciende hacia el río. Donde la roca está excavada, de manera que pueda acumular tierra, hay un denso matorral cuyo borde está defendido por las bromeliáceas que se adhieren fuertemente a la roca, y cuyo margen inferior está formado por una densa masa de Selaginella brillante que tiene mucha semejanza con el borde afilado de una caja.

Debido a que el mercader cruzaba el río para vender algunos artículos, era ya obscuro cuando se acercaban a Maypures, y sólo Lauriano y un indio habían estado ahí antes. El arroyo que conducía a la aldea no era fácil de hallar ni durante el día; al no hallar el arroyo, los botes son arrastrados hacia las cataratas. Algunas antorchas, especialmente fabricadas para resistir a la lluvia fueron colocadas en la canoa delantera; pero un viento fuerte acompañado de lluvia, las apagaba, y sólo después de mucho trabajo y ansiedad, fué descubierta la entrada llegando al puerto de Maypures. De ahí en medio de completas tinieblas, tuvieron que caminar por una sabana parcialmente inundada, de 300 yardas que, debido a la falta de una senda, le pareció a Spruce que era de una milla. La humedad que sufrieron en la canoa y después causó probablemente la grave enfermedad que atacó a Spruce.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Maypures contiene sólo una media docena de familias permanentes; todas de media sangre: blanca, india, negra. Pero hay también muchos transeuntes o visitantes; especialmente indios de dos tribus, los Piaroas y los Guahibos; cierto número de los últimos ocupaba entonces unos cobertizos abiertos en el sitio de la antigua aldea, mucho más allá del río. Spruce trazó aquí uno de sus dibujos característicos de una mujer muy vieja de la tribu, de quien observa lo siguiente: "El único vestido que llevaba era un collar de cuentas de vidrio rojo que yo la obligué a llevar para que estuviera quieta mientras le trazaba el retrato".

El piloto de las cataratas era un indio Piaroa y se llamaba Macapo; fué en su casa donde se alojó Spruce durante los diez días de su estadía en Maypures. Este hombre poseía una vieja pintura de San José, el santo patrón de Maypures, la cual estuvo al principio en la iglesia, pero fué trasladada más tarde a la casa del piloto para mayor seguridad cuando principió la decadencia de la iglesia. Re-

presentaba a San José sentado, de tamaño natural, muy deteriorado y de aspecto más cercano a una mujer que a un hombre. De éste dice Spruce:

"Conversando con Macapo sobre las innumerables veces que debió haber atravesado las cataratas, me dijo: "Si he conducido tantas veces los buques a través de las cataratas sin que me pasara nada a mí, ni al buque ni a los hombres, no se debe a mi habilidad o destreza, sino a que nunca he dejado de pedir devotamente la ayuda de San José —señalando el cuadro deteriorado y llevándose la mano al pecho en señal de profunda gratitud—. Para mí el cuadro era un objeto de gran interés, no tanto en razón de la veneración que sentía Macapo por él, sino porque era casi la única reliquia que habían dejado aquellos devotos misioneros que sembraron la semilla de la civilización en los desiertos del alto Orinoco; y pensaba cómo, cincuenta años antes, Humboldt había mirado también el cuadro probablemente, que en aquella época los desórdenes religiosos ni los iconoclastas sacrílegos no lo habían desfigurado todavía tanto que fuera casi imposible identificarlo".

(Reproduciré ahora la descripción que hace Spruce del Maypures y las cataratas)

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

EXTRACTO DEL DIARIO

Ninguna parte del río es visible desde la aldea, porque una franja de selva lo oculta. Hacia el oeste se extienden anchas sabanas con sotos dispersos, mientras que a cada lado, y a veces levantándose en medio de la sabana, son altivos cerros negros sólo parcialmente cubiertos de vegetación. Trepé el cerro bordeando la sabana de Maypures por el occidente; se yergue desde la llanura a una altura de cerca de 1.000 pies; sus laderas son abruptas y peladas, menos en los huecos; la cumbre está coronada por una selva densa y baja, entre la cual es abundante el follaje de corocito. Desde este cerro se tiene un cuadro magnífico. En sus faldas por el norte hay un ancho río (el Tuparo) que entra a las cataratas y se ve dando las vueltas alrededor de una capa de granito en la falda de las montañas. En

cambio, su curso superior puede trazarse, primero entre las colinas quebradas que descienden hasta una llanura igual, y después, a través de la última entre sabana y selva hasta donde alcanza la vista. Mirando hacia el occidente no aparece una sola elevación en el horizonte. Hacia el este del Orinoco aparece la cordillera de Sipapo, en la cual el notable pico triple llamado Troncón forma la terminación norte. Estas montañas ceden apenas en elevación a las de Esmeralda y son igualmente pintorescas. Mirando al norte, el curso del Orinoco puede trazarse hasta cerca de Atures.

Tanto al subir como al bajar las cataratas, los botes son descargados y la carga se lleva por tierra. Desde la parte superior a la inferior la distancia puede ser cerca de cuatro millas. Acercándonos al río cerca de la extremidad inferior de las cataratas pasamos una llanura húmeda de césped bastante semejante a nuestros cotos ingleses de caza; está atravesada por unos arroyos pequeños, en cuyas márgenes hay plantas pantanosas, siendo la más frecuente una Aracea de hojas largas, lanceoladas y erectas. En lugar de nuestros prados, tenemos sotos de Cuphea de flores purpúreas notables y yacentes. Entre esta llanura y el río, la senda pasa por un cerro bajo y pelado en el cual es interesante la vegetación dispersa, y es desde la cumbre de este último (tal como lo menciona Humboldt) de donde se obtiene una hermosa vista de casi todo el curso de las cataratas. Una de las plantas más interesantes del cerro es un bambú del cual los indios hacen sus carizos o pipas que les sirven para sus bailes.

También aquí y especialmente en los cerros altos cerca de Maypures, hay grandes cantidades de Barbacenia de tallos dicótomos de 3 a 6 pies de alto, hojas pungentes situadas en el ápice de las ramas, y flores solitarias, blancas, tubulares y muy odoríferas, de 4 a 5 pulgadas de largo. Es la primera que he visto de esta tribu en estado silvestre (1).

Un poco más arriba de la desembocadura del Tuparo está talvez la catarata más alta entre la tierra firme y una

---

(1) (Es afin de las Vellozias (Haemodoraceae), endógenas curiosas, afines de las bromeliáceas, y especialmente frecuentes en las tierras altas del Brasil.—Ed.).

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN QUITO AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

pequeña isla; pero es impracticable para cualquiera clase de canoas; el canal por donde pueden pasar está al otro lado de la isla. Por la margen derecha (oriental) un buen número de grandes bloques están amontonados rudamente y emergen de la corriente; encaramándose hasta ellos uno puede obtener una gran vista de la catarata; el agua salpica a la cara y el fragor apaga la voz. Están revestidos de vegetación, tanto arborescente como herbácea; estas últimas están constituídas principalmente por aroídeas y orquídeas, entre las cuales hay una orquídea que se parece muchísimo a la **Peristeria Humboldtii.** Los troncos de árboles y las rocas están cubiertas de musgos, entre los cuales se cuenta el mismo Hypnum de tallos comprimidos tan frecuente en el Río Negro. Hay también otra especie que no he visto en otra parte. Busqué en vano por la **Grimmia fontinaloides,** Hook., tanto en las cataratas como en mi camino hasta San Fernando. En algunos lugares hay huecos circulares sobre las rocas como en las cataratas del Río Negro. Las más notables y visibles cerca de la cumbre de la isla, más arriba de la superficie de inundación del río, son llamadas ollas de xamuro.

Llegué a Maypures en la noche del 19, y esperaba comprar enseguida un buey para derribarlo y salarlo, pero el contratista estaba en Atures y no regresó hasta el 24 que, siendo la fiesta de San Juan, era día de diversión, y no había nadie que quisiera ir en busca de ganado. Al día siguiente muy temprano, dos o tres hombres fueron despachados a caballo, y al caer de la tarde trajeron una manada de toros al corral. Tenía orden del comisario de elegir el mejor ternero que pudiera hallarse en Maypures, pero como en toda la partida había sólo dos terneros, la elección fué fácil. Durante la espera empleé bien mi tiempo, y había recogido unas pocas muestras de plantas (menos las cizañas o las especies muy difundidas) que yo pude hallar en flor o fruto; pero mis indios estaban muy impacientes con los zancudos de Maypures, y después de la primera noche en la aldea (sin poder dormir, como me dijeron) se dirigían al river cada tarde cerca de la puesta del sol, aseguraban la canoa a una pequeña isla y dormían dispersos bajo la tolda, expuestos a la lluvia continua, pero libres de zancudos.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Durante su estadía en Maypures, Spruce contrató a uno de los llaneros para que le sirviera de ayudante, e hizo un retrato de él, que lo reproduzco aquí. Los rasgos muestran una incuestionable ascendencia española, al compararlos con los de cualquiera tribu india).

Cuando el buey fué muerto y salado, apenas tuve un momento de descanso en todo el día: los frecuentes espectadores y los millares de larvas que se alimentan de la carne, exigían mi vigilancia. No podía confiarme en los indios para que dieran la vuelta a las presas de carne o para que echaran las larvas, porque no realizaban sino la mitad de la tarea. El olor de la carne fresca les era muy desagradable, aunque habían aprendido a comer carne hace varios años. La estación lluviosa es siempre muy mala para secar carne, pero como también es la época de mayor hambre en el distrito, se derriba más ganado que en el verano.

El estar expuesto al sol durante varias horas todos los días en la tarea de dar la vuelta a la carne y en librarla de las larvas no me produjo efectos beneficiosos, y mis andanzas por las rocas cálidas de los cerros y por las cataratas, fuera de la humedad que tuve que resistir a mi llegada a Maypures, habían sembrado ya la simiente de la fiebre en mí. Al subir a San Fernando, empleando cuatro días y cinco noches, se me presentaron inequívocamente los síntomas de fiebre. La canoa que había conseguido en San Fernando era pequeña, porque la corriente es tan fuerte, sobre todo en la estación húmeda, que los barcos más grandes tardan dos semanas en el viaje. Mi reserva de plantas disecadas y de carne de res, además de los pocos aderezos de viaje, ocupaban tanto espacio en la tolda, que me ví obligado a guardar una posición muy incómoda a la entrada de la misma, donde era imposible resguardarse bien del sol y la lluvia, aunque por la noche me abrigaba todo lo que era posible con las colchas. Todos los días eran lluviosos, y las noches eran peores que los días. Cuando llegué a San Fernando había ya pasado cuatro días con fiebre continua, y si hubiera seguido, habría sido casi segura la muerte. Pero aún en San Fernando me escapé a duras penas, y no pude reanudar mi viaje sino después de treinta y ocho días.

Los indios son malos enfermeros y tienden más a huír del hombre enfermo que a curarlo. Si huyen de sus propios parientes, nada se puede esperar de ellos con

un forastero. Mis indios no me abandonaron, pero equivalía a estar solo. Tuve violentos ataques de fiebre en la noche, con muy cortos descansos durante el día. En la segunda noche, al saltar de mi hamaca, me atacaron las náuseas, y queriendo provocar el vómito, llamé a los indios para que me dieran agua caliente. Estaban tan embrutecidos con el ron que ninguno de ellos pudo ayudarme. Aunque yo mismo les había dado una botella de ron para tenerlos de buen humor, noté que habían vendido un poco de carne para obtener más. Pasé una noche terrible y al día siguiente resolví buscar una mejor ayuda. Un hombre necesitaba hombres para ir a San Miguel en Guainia; así pues le presté mis indios a condición de que buscara una mujer que me sirviera de enfermera. Por la tarde me trajo una mujer bastante mayor que convino en ser mi enfermera, pero también a condición de trasladarme a su casa donde tenía familia que ella no podía descuidar. Yo no tuve otro remedio que aceptar la proposición.

No olvidaré fácilmente a esta mujer, llamada Carmen Reja. Era zamba, raza a la cual se atribuyen los crímenes más abominables cometidos en Venezuela; cuando era joven debió ser bien parecida, pero de mal humor (cosa que ocurría frecuentemente sin que yo pudiera adivinar la causa), su cara tenía un aspecto casi demoníaco. Yo estaba muy enfermo y casi inútil; todo lo que debía hacer era abrir la boca y pedir lo que necesitaba; pero la menor palabra o ación era interpretada como una queja o acusación contra ella. Cuando necesitaba mandar a comprar algo en las tiendas (de las cuales había dos o tres) su nietecita era la única mensajera que podía conseguir; pero, como la criatura no podía comprar sino las cosas más simples, solía escribir en un papel lo que necesitaba. La zamba creía que estas esquelas (que, de paso no podía leer ni escribir, y odiaba mortalmente estos progresos) contenían sólo quejas contra ella. No lo decía así, pero conversaban horas enteras con sus hijas (dos muchachas desarrolladas) sobre el tema, y nunca dejaba de indignarse, musitando algunas maldiciones contra el **extranjero.** Le gustaba muchísimo el ron y cuando me dí cuenta de esto, tenía la precaución de guardar siempre una botella en mi mesa; su carácter se suavizaba un poco, pero sólo en parte.

(Aquí siguen una larga relación de síntomos de su larga y peligrosa enfermedad, que los reseñaré brevemente. No llevaba otra medicina consigo fuera de la quinina, y un poco de Hipecacuana que la empleaba para provocar vómito, sin conseguir tal resultado. El comisario y su enfermera aconsejaban ciertas píldoras locales que daban buenos resultados en casos de fiebre. Una de ellas consistía en un purgante drástico y lo convencieron a tomarlo reiteradamente, pero no le produjeron buenos resultados. La fiebre aumentó en intensidad y duración; no podía dormir de día ni de noche; no podía tomar otro alimento que una o dos cucharadas de arroroot water gruel cada día, y se encontraba en el colmo de la debilidad y postración. Tenía una sed inextinguible, gran dificultad para respirar, sudores violentos ocasionales, y algunos días él y los que lo rodeaban esperaban casi por momentos su muerte. Ya había dado instrucciones al comisario respecto al destino de sus plantas y de sus otras pertenencias, y esperaba su fin casi en un estado de completa apatía.

Durante este tiempo, su enfermera dejaba la casa varía hasta seis horas seguidas, evidentemente esperando verlo muerto a su regreso. Por la noche, después de encender su lámpara y de dejarle una provisión de agua en la silla junto a la cama, llenaba el cuarto de amigas y pasaba el tiempo discutiendo o abusando del paciente; insultándolo con todas las palabras soeces en que es tan rica la lengua española. Entre otras cosas decía: "Muere, perro inglés, para hacer una alegre fiesta con tus dollars". Una noche, cuando los síntomas eran muy malos, cerró la casa y no regresó hasta la medianoche. Una noche ella invitó a su yerno y a otros amigos a pasar la noche con ella, en espera (fué lo que oyó musitar el mismo Spruce) de que el inglés no terminara la noche. Otra noche, cuando esperaba un desenlace igualmente fatal, la zamba riñó a Spruce porque iba a hacerla responsable de la seguridad de sus artículos, y uno de los hombres susurró que creía necesario darle al blanco algún veneno. Finalmente, en el décimo noveno dia de fiebre (23 de junio), se presentó la mejoría, en parte dice él, porque dejó de tomar el purgante de que había abusado. Durmió mejor, pudo comer un poco, y consiguió vino tinto que lo tomaba diariamente.

El 13 de agosto, aunque todavía estaba muy débil, un mercader portugués de Tomo, senhor Antonio Díaz (el fabricante principal de las célebres hamacas de pluma), pensaba regresar al Río Negro, y Spruce resolvió viajar con él. Tuvo que ser llevado de Javita a Pimichin, y llegó a Tomo (donde había dejado su canoa grande) el 20. Aquí permaneció para recobrar sus fuerzas hasta el 26, descendiendo a San Carlos el 28.

Como Maypures es una localidad interesante, siendo una de las estaciones de colección de plantas de Spruce, doy aquí una lista de las plantas recogidas por Spruce durante sus cuatro días de ocio, de manera de dar a los botánicos alguna idea de los rasgos característicos de la vegetación. Los números son los del registro botánico de Spruce, y yo he añadido los órdenes naturales para beneficio de los que no estén familiarizados con los nombres genéricos).

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA OMNIUM
FUNDADA EN 1651
QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LISTA DE LAS PLANTAS RECOGIDAS EN MAYPURES

3568	Perama hirsuta, Aubl.	En los campos	Cinchonaceae
3569	Desmodiums adscendens, DC	En rocas y cataratas	Fabaceae
3570	Polygala gracilis, H. B. K.	En rocas húmedas	Polygalaceae
3571	Cuphea Melvillae, Lin.	Las orillas del Orinoco (inundadas)	Lythraceae
3572	Arrabideae carichaenensis	Orillas del Orinoco	Bignoniaceae
3573	Bignonia	" "	"
3574	Turnera	En los campos	Turneraceae
3575	Phlebodium	En rocas y cataratas	Polypodiaceae
3576	Ixora capitellata, Benth.	" "	Rubiaceae
3577		" "	Melastomaceae
3578	Aaegiphila (20 pies)	" "	Verbenaceae
3579	Herpestes Salzmanni, Bth.	En rocas húmedas	Scrophulariae
3580	Dioscorea	" "	Dioscoreaceae
3581	(enredadera)	" "	Asclepiadeae
3582	Tocoyena velutina (n. s.)	En rocas y montañas	Rubiaceae
3583	Faramea odoratissima, DC.	Orillas del Orinoco	"
3584	Evolvulus linifolium, Linn.	" "	Convolvulaceae
3585	Xylopia salicifolia, Dun.	" "	Anonaceae
3586	Echites	" "	Apocyneae

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

3587	Declieuxia herbacea	Orillas del Orinoco	Rubiaceae
3588	Jussieua acuminata, Pl. Am.	En rocas húmedas	Onagraceae
3589	Cassia prostrata, H. B. K.	En los campos	Caesalpiniae
3590	Dichumena pubera, Vahl. v.	Rocas y cataratas	Cyperaceae
3591	Polygala variabilis, H. B. K.	En los campos	Polygaleae
3592	(árbol de 20 pies)	" "	Samydeae (?)
3599	Echites	Orillas del Orinoco	Apocyneae
3600	Plumiera	Cerros	"
3601	Schieckia orinocensis, Meisn.	Campos	Liliaceae
3602	Smilax	Rocas	Smilaceae
3603	Cleistes rosea	Rocas húmedas	Orquídeas
3604	Manihot	Rocas graníticas	Euforbiáceas
3605	Ipomoea sericea, n. s.	Montañas graníticas	Convolvulaceae
3606	Barbacenia	Rocas graníticas	Haemodoraceae
3607	Paullinia capitata, Bth. (arbusto)	Campos	Sapindaceae
3608	Cipura paludosa, Aubl.	"	Irideae
3609	Phaseolus monophyllus, Bth.	"	Fabaceae
3610	Echites	Rocas	Apocyneae
3611	Helicteres guazumaefolia, H. B. K.	"	Sterculiads
3612	Tussacia	Rocas y cataratas	Gesnereae
3613	Ditassa glaucescens, Dene	Campos	Asclepiadeae
3614	Rhynchospora	"	Cyperaceae
3615	Rudgea	Montañas	Rubiaceae
3616	Tabernaemontana (árbol)	"	Apocyneae
3617	Aspidosperma	"	"
3618	Arrabideae chica, var. Thyrsoidea	Orillas del Orinoco	Bignoniaceae

3618'	Eriope nudiflora, H. B. K.	Campos	Labiadas
3619	Couma oblonga, n. s. (árbol)	"	Apocyneae
3620	Sipanea radicans, Endl.	En las cataratas	Rubiaceae
3621	Selaginella	" "	Licopodiaceae
3622	"	" "	"
3623	Wulffia stenoglossa, DC.	Orillas del Orinoco	Compositae
3624		Campos húmedos	Orquídeas
3625	Apeiba Tibombon, Aubl.	Campos pedregosos	Tiliaceae
3626	Mimosa microcephala, H. B. K.	Montañas	Mimosas
3627	Mimosa microcephala, H. B. K. var.	En las cataratas	"
3628	Randia	Montañas	Rubiaceae
3629	Rhexia leptophylla, H. B. K.	Campos húmedos	Melastomaceae
3630	Allamanda	Montañas	Apocyneae
3631	Stachytarpheta mutabilis, Vahl. (sm. árbol pequeño)	"	Verbenaceae
3632	Elaphrium (s. m. árbol pequeño)	"	Amyridaceae
3633	Iserta parviflora, Vahl (s. m. árbol pequeño)	Orillas del Orinoco	Rubiaceae
3634	Amasona genipoides, Spr. (árbol)	Campos	"
3635	Swartzia microstyles, Bth. (árbol)	Rocas	Fabaceae
3636	Panicum latifolium, L.	Montañas	Gramíneas
3637		Río Guaviare	Amarantáceas
3638	Byrsonima nitidissoma, H. B. K.	Rocas	Malpighiaceae
3639	Isolepis leucostachya	Rocas húmedas	Cyperaceae
3640	Hyptis dilatata, Bth.	Campos	Labiadas
3641	Neea (árbol pequeño)	Bosques	Eleagnaceae

3642	Cordia (árbol pequeño)	Campos	Cordiaceae
3643	Cordia interrupta, DC. (árbol pequeño) .	"	"
3644	Utricularia	Campos húmedos	Lentibulariae
3645		" "	Turneraceae
3646	Cassia	Campos	Caesalpiea
3647	Borreria tenella, Cham. et Schl.	"	Rubiaceae
3648		Arroyos	Halorageae
3649	Pleroma	Campos húmedos	Melastomaceae
3650	Habenaria	" "	Orquídeas
3651	Abolboda pulchella, H. B. K.	" "	Xyridaceae (?)
3652	Sipanea acinifolia, Pl. Amaz. 299	Rocas, cataratas	Rubiaceae
3653	Vitex orinocensis, H. B. K. (árbol) . . .	Orillas de los ríos	Verbenaceae
3654	Mimosa, s. n.	Campos	Mimosas
3655	Psychotria limbata, Pl. Amaz., 1723 . . .	Bosques	Rubiaceae
3656	Lantana	Lugares rocosos	Verbenaceae
3657	Decheuxia chioccoides, H. B. K.	Campos	Rubiaceae
3659	Ichthyothera Cunabi, Mart.	"	Compuestas
3661	Buttneria pentagona, Spr.	Cataratas	Byttneriaceae
3662	Hypoxis scorzoneraefolia, Linn.	Campos	Liliáceas
3663	Centrosema angustifolium, Bth.	"	Fabaceae
3665	Sipanea glomerata, H. B. K.	Rocas	Rubiaceae
3666	Isolepis	"	Cyperaceae
3667	Hydranthellium callitrichoides, H. B. K. .	Rocas inundadas	Scrophulariaceae
3668	" " var.	Más profunda	"
3669	Platycarpum orinocense, H. B. K. (árbol)	Campos	Bignoniaceae
3670	Mayna laxiflora, Bth.	Selva	Flacoutiaceae

LA DECADENCIA DEL CANTON RIO NEGRO BAJO EL GOBIERNO VENEZOLANO

Al Sr. John Teasdale

San Carlos del Río Negro, Venezuela,
2 de julio de 1853.

En la mayor parte del mundo, y especialmente en América, ha habido algún progreso durante los cincuenta años últimos; pero podría Humboldt volver a visitar en persona (y creo que en su imaginación visita) estos cuadros de sus años de peregrinación, y hallaría en todas partes la misma lamentable decadencia. Las misiones, que existían durante la dominación española, y que tanto hicieron para sacar a los indios de la selva y reunirlos en pueblos, han desaparecido. Hay todavía en San Carlos un edificio llamado el convento, pero ningún padre ha residido en él durante los últimos veinte años, ni tampoco ha habido en el mismo espacio de tiempo un ministro del culto en todo el cantón Río Negro, territorio inmenso que comprende el conjunto de la Guayana española más arriba de las cataratas del Orinoco. Hay igualmente una ausencia completa de médicos, abogados, policía y soldados; estamos, pues, (Ud. ya lo supondrá) en un estado tan primitivo que Jean Jacques Rousseau habría tenido gran placer en formar una comunidad. Cómo me habría gustado que hiciera la prueba siquiera unos pocos meses.

El cantón del Río Negro está gobernado por un código especial, del cual no he visto hasta ahora un solo ejemplar y sólo puedo juzgar de sus edictos por lo que veo en vigencia. Toda la comunidad está dividida en dos clases: los racionales, que son los descendientes de los blancos, y los peones, de ascendencia india. Todo el trabajo manual está desempeñado por estos últimos, los peones (empeños); mientras que los racionales (a quienes puede Ud. considerarlos como los jugadores) tienen sólo que sentarse y dirigir sus movimientos en el tablero de ajedrez. El primer dirigente del juego está representado por el comisario general, que vive en San Fernando de Atabapo, y en quien re-

side el poder de nombrar un comisario particular para cada pueblo. Los comisarios de pueblos nombran entre sus peones a uno como capitán y a otro como su lugarteniente, cuyo oficio es requisar indios (peones) para el servicio de cualquier racional de la comunidad, en caso necesario; y también ejecutar las órdenes del comisario. En el caso de que se cometa un crimen, todos los hombres se convierten en policías, y pueden ser llamados para ayudar a la captura del criminal, y también después, para administrar el castigo que hubiera recaído sobre aquel. En los casos más graves, tales como asesinato o robo con violencia, la ley exige que el reo sea remitido a Angostura (la capital de la Guayana española, ghora Venezuela), para seguir el proceso ante un tribunal de justicia; pero esto se hace rara vez. En la plaza de San Carlos (cuando hablo de plaza debo advertirle que no haga ninguna comparación mental con las plazas de la vieja España, como la plaza de toros de Sevilla, con sus multitudes reunidas para presenciar el combate, los gritos de satisfacción de las señoras vestidas vistosamente cuando es sacado del redondel un torero herido, y cosas por el estilo; nó, cuando me refiero a una plaza en estas regiones, le diré que hasta la plaza de mi pueblo natal de Ganthorpe es más grande, sea considerada en sí misma, sea respecto a las casas que la rodean) y hacia el lado sur de la misma se levanta la casa real . . . . . Como Ud. ya tiene una idea de la situación de esta casa real, lo invito a pasar al interior: Ud. verá que está dividido en dos partes, ambas en el piso bajo que es el mismo suelo. Una de las piezas está dedicada a la administración de justicia y la otra a la reclusión de los reos y al castigo de los convictos. Al entrar a esta última uno se asusta por la vista de una máquina pesada de aspecto siniestro que se extiende a lo largo de una pared; a primera vista se parece a una guillotina echada, pero al examinarla de cerca resulta que es un cepo monstruoso. Está perforado al azar; los huecos sirven para recibir los tobillos y, si es necesario, las muñecas, de los que tienen dedos muy ligeros y pies tan pesados que después de cometer un robo se dejan agarrar, en un país en que es tan fácil esconderse y escapar. En el centro del cepo hay también un hueco más grande para apretar el cuello de los tipos más reincidentes; al lado de este hueco grande están dos pequeños para apretar las muñecas del

HEMEROTECA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

sujeto. Me han dicho que un cuarto de hora de cepo es suficiente para reducir a mansedumbre a los más reacios.

Con el mapa delante de Ud. tendrá una idea más clara de la extensión y límites de este enorme tablero; y lo que acabo de referir le dará una idea de los jugadores y las piezas, y especialmente de la manera en que se toman los "peones". Si pudiera variar un poco mi metáfora, le diría que, mientras en su tablero los peones igualan exactamente al número de las otras piezas, y por consiguiente, muy inferiores en fuerza colectiva; en el mío, los peones son por lo menos veinte veces el número de reinas, alfiles, torres, etc., todos unidos, y todavía añadiendo las pocas piezas extranjeras (ingleses, franceses, portugueses) dispersas por el tablero, Ud. puede preguntarme si el juego se desarrolla tranquilamente y si los peones se dejan empujar sin presentar resistencia a las piezas superiores, viendo que al estar unidas sus fuerzas no hay duda de que echarían a rodar a todos los reyes, reinas, alfiles, etc. Hay el prestigio de las viejas proezas castellanas, y las fortalezas erigidas por los españoles para aterrorizar a los indios y defender sus fronteras existen todavía, aunque semi-derruídas, como la del Río Negro frente a San Carlos. Hay también la docilidad natural (o si Ud. prefiere, la apatía) del indio. Se deja tratar mal y no piensa en vengarse. Se siente abrumado por las bondades y huye de su benefactor sin el menor escrúpulo. Este es el carácter de todos los indios que he visto en América del Sur. . . . . A las causas citadas para el sometimiento de los indios a sus gobernadores y opresores, debemos añadir que los capitanes y lugartenientes sienten una especie de orgullo por sus cargos y por la conservación del orden. Deben su elevación de rango a su buena conducta y a la influencia que tienen sobre sus hermanos. Muy a menudo son descendientes de antiguos jefes de tribu. A pesar de estas razones para la conservación del orden, la estructura social está en terreno flojo y cada día se vuelve menos segura. En ninguna parte es ésto tan notorio como en San Carlos. El recuerdo de los rigores de la dominación castellana está borrándose. Los llamados indios tienen en muchos casos una buena porción de sangre "azul" en sus venas, y con la mezcla se han vuelto altivos y vengativos; y los capitanes son nombrados a veces tan arbitrariamen-

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

te y cambiados con tanta frecuencia por los comisarios, que ya los indios los tienen en poca cuenta. En San Carlos hay otra causa de inquietud: en ninguna parte he visto indios tan degenerados por el abuso de bebidas alcohólicas. Sin aguardiente no hay trabajo de ninguna clase. Un buen número de canoas se construye en San Carlos y en los pueblos de más arriba, a veces de tamaño considerable. Desde la época en que bajé al Río Negro, se construyó un bergantín de 145 toneladas y se lo mandó a Pará. Casi un número igual se construye todos los años para el Río Negro y el Orinoco, y solamente pueden pasar las cataratas estos barcos grandes cuando los ríos están llenos; desde luego no pueden regresar más. Esta rama de la industria necesita aserrar muchas tablas, y sin aguardiente es imposible desembarcar los maderos de la balsa del río (la mayor parte de la madera viene del Casiquiari), o montarlos en la atarazanc, o lanzar un barco cuando está terminado: cada una de estas operaciones tiene su precio conocido en galones de aguardiente. A veces toda la población india está borracha, y cuando llega este caso, entran sin ceremonias de ninguna clase a las casas de los blancos para pedir más aguardiente, y preparados para tomarlo por la violencia si hay negativa. Tal caso pasó el mismo día en que llegué a San Carlos, haciéndome casi arrepentir de haber venido.

. . . . . .

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

SOBRE EL DESARROLLO DE SAN CARLOS

(Diario)

San Carlos parece haberse convertido en pueblo desde 1830, a causa de ser un centro para la construcción de buques. Antes no había sino dos o tres casas además del fuerte, que está en el lado opuesto del río y un poco más abajo.

. . . . . .

Las aldeas amazónicas han sido fundadas en primera instancia por los indios que viven en las cercanías, que

fueron inducidos a reunirse, a construír casas y a plantar yuca. Cuando la población principiaba a escasear iban expediciones de soldados a las selvas cercanas a los ríos, atacaban las parcialidades indígenas por la noche, mataban a todos los que se oponían y se llevaban a los niños y mujeres principalmente. Como los portugueses enseñaron la lingoa geral a todos los indios, ésta absorbió muy pronto a las demás; pero como en territorio español no se ha empleado otro medio de comunicación que el español, entre indios y blancos, y como los blancos no se toman mayor molestia de enseñar su lengua a los indios, éstos emplean constantemente la suya al hablar entre sí; y la lengua de cada pueblo es la de sus primeros habitantes.

La duración de un pueblo que no tiene comercio es corta y precaria; porque cuando toda la tierra cultivable en las cercanías de un poblado se ha agotado, sus habitantes se dirigen a cualquier otro lugar, sea solos, o más frecuentemente con sus familias. Entre los pueblos del Río Negro, en la parte venezolana, sólo dos, San Miguel y Maroa datan de la época de la dominación española.

Los indios agricultores que por su propia cuenta, y antes de que los blancos los visitaran, se habían establecido para cultivar el suelo (sus poblados se llaman en Brasil mallocas), deben haber emigrado por la misma causa; tampoco se han mantenido juntos, como es el caso del Uaupés, donde hallamos secciones distantes entre sí habitadas por la misma nación y a menudo mezclada con descendientes de otra nación. Probablemente los componentes de una nación estaban más unidos antes de la llegada del blanco que los obligó a abandonar sus luchas intestinas.

. . . . . .

Las tribus nómadas parecen no tener otro límite para sus desplazamientos que la presencia del blanco o de otros enemigos. Tales son los Macús que vagan por las selvas entre el Río Negro y el Japurá, que suben al Uaupés y, estoy seguro, descienden cerca de la Barra. Rara vez se dejan ver al lado opuesto del río. Los guaharibos, que habitan en el Alto Orinoco, más arriba del raudal de Guaharibos, rara vez bajan más allá de él; y los guahibos en la Meta y Calcapanara. Todas estas tribus son ignorantes del

arte de construír canoas, y cuando tienen que cruzar un río que no sea vadeable, usan balsas. Se alimentan de frutas que generalmente las comen crudas.

ACERCA DE LA PALMERA PATAUA LLAMADA UARUMA POR LOS INDIOS BARRE, Y POR LOS COLONOS ESPAÑOLES SEJE, QUE ES EL NOMBRE GENERICO PARA TODAS LAS PALMERAS CUYO FRUTO SE EMPLEA PARA LA MEZCLA CON JUEUTA

(Extracto del Diario)

. . . . . .

Estas son dos especies de San Carlos. La una, que es igual a la Barra Oenocarpus, cuya barba se usa para flechas y cerbatanas (llamadas aquí sarabatana), es una especie alta, noble de fruto grande y oblongo; la otra (que no la he visto) tiene un fruto subovado más pequeño (no es globoso como en la Bacaba), y la bebida que con él se prepara tiene un tinte rojizo casi igual al de la Bacaba; mientras que en el Patauá más grande es casi blanco, de un color poco carnoso.

UNIVERSIDAD ESTATAL DE GUAYAQUIL ECUADOR QUITO
AREA HISTORICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La de fruto más pequeño es probablemente la especie de que se habla en otro lugar, diferente del **Oe. Minor,** Mart. por sus pinnae fastigiadas. El patauá-yukisé (yukisé es el nombre general de los extractos producidos por la cocción de plantas o carnes, y se aplica tanto al jugo de la carne o pescado, como al de los frutos), L. G. jukuta de seje (Venezuela) es una de las bebidas naturales más deliciosas. Pienso todavía que el assaí de Pará es la más deliciosa de las bebidas de palmera, pero no me es sabrosa sin una buena cantidad de azúcar; mientras que el patauá, ahora que estoy acostumbrado, se bebe por sí misma. El sabor es altamente agradable pareciéndose al de la leche fresca. Se prepara de la misma manera que el assaí, sea escaldando el fruto maduro, o mejor todavía haciéndolo hervir ligeramente; luego quebrándolo con la mano en el agua; entonces la pulpa ligeramente teñida se mezcla con el agua

y la cáscara quebradiza y purpúrea cae con las piedras al fondo. Se vierte todo el líquido o se lo pasa por una criba que retiene las partes más grandes. Se añade una pequeña cantidad de yuca, como para hacer xibé, y cuando se ha suavizado está listo para la bebida. A veces, en lugar de yuca o cassave, mingau de farinha (yuca hervida en agua hasta la consistencia de una colada espesa de avena) se mezcla con el patauá bebiéndose caliente; de esta manera es muy delicioso, y es un excelente plato por la mañana. En lugar de yuca, el plátano maduro y hervido puede aplastarse con el patauá, pero la mezcla, aunque muy dulce y agradable de beber, es algo flojo.

El patauá contiene talvez la misma cantidad de aceite que el Bacaba. El aceite se extrae ocasionalmente cerca de Pará, pero en el alto Río Negro el aceite de Bacaba es talvez el único que se encuentra en los sitios. Es talvez debido a la presencia de este aceite que el patauá-yukise es laxante. Cuando he dejado de tomarlo por algún tiempo y he vuelto a usarlo, produce siempre una ligera flojedad de los intestinos; pero este efecto pasa en un día o dos, y es bastante beneficioso.

Había una pequeña cantidad de Patauá maduro cuando yo partí del Uaupés en marzo, y lo hemos tenido en San Carlos los meses de abril, junio, julio, agosto y septiembre. Los árboles son muy abundantes en las selvas espesas del lado occidental del río, desde el pueblito de San Felipe (cerca del fuerte de San Carlos) hacia el Guiasé.

Los indios de estos sitios se engordan excesivamente durante la época del Patauá, y no hay duda de que es muy nutritivo.

ACERCA DE LOS ACEITES VEGETALES

(Extracto de una carta dirigida a Sir William Hooker)

San Carlos del Río Negro, Venezuela, 19 de marzo de 1854.

. . . . . .

Las plantas productoras de aceite abundan en esta región, pero por la población actualmente escasa, y por

sus hábitos de pereza, es muy difícil conseguir siquiera una pequeña cantidad de aceites, resinas, etc., que en Europa serían muy apreciadas. Casi todos los frutos de la palmera producen aceite en mayor o menor cantidad. Ud. sabe que aquí se preparan bebidas muy agradables triturando el fruto del assaí o de otras palmeras en agua, y añadiendo una pequeña porción de azúcar y farinha. Los portugueses dan el nombre de vinho a estas bebidas, aunque completamente distinto del vino de palmera preparado en otros sitios de la América tropical (y creo también del Asia) . . . . Todas las bebidas de palmera son altamente nutritivas, y varias son laxantes, debido sin duda al aceite que contienen. Dejando reposar al líquido un cierto tiempo en el recipiente, el aceite sube a la superficie, teniendo así una idea de la cantidad de aceite que produce cada fruto de palmera. Entre todas las que he visto, el Caiaré (**Elaeis melanococca,** pariente de la palmera africana) produce la mayor cantidad de aceite y aparentemente igual al aceite del **E. guineensis,** pero nunca he oído que fuera recogido y empleado en algo. La palmera Caiaré es abundante en las desembocaduras de los ríos Negro y Madeira, pero no he oído de ella en el Alto Río Negro. Le mandé a Ud. una espádice con su fruto de la Barra de Río Negro. Es difícil decir por qué se llama "melanococca", porque el fruto es de un color bermellón. Talvez Gaertner consiguió sólo el fruto.

Fuera del Caiaré, por la cantidad de aceite, hay las varias especies de Oenocarpus (**Oe. Bacaba, pataua, distícha, etc.**). Su aceite es de calidad más fina que la del Caiaré; es incoloro y dulce, y no sólo bueno para encender las lámparas sino también para la cocina. Los tenderos de Pará compran el aceite de Patauá a los indios, y lo mezclan con igual cantidad de aceite de oliva, vendiéndolo como "aceite de oliva", cuya diferencia ni los mejores jueces pueden establecer. Puedo atestiguar que para freír el pescado, el aceite de bacaba es igual a cualquier aceite de oliva o mantequilla. Las varias especies de Oenocarpus abundan en el Amazonas, en el Orinoco y sus afluentes. He visto últimamente el patauá en gran abundancia por el Casiquiari, el Cunucunuma y el alto Orinoco. Cerca de la Barra es frecuente, pero menos que la Bacaba. Las selvas opuestas a San Carlos, extendiéndose del Río Negro al Xié,

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN INFORMACIÓN

están literalmente sembradas de patauá. El fruto está en sazón casi todo el año. Nosotros estamos ahora principiando a hacer uso de él, y lo tendremos (en cantidad ilimitada si los indios quisieran trepar a los árboles) hasta noviembre. Soy apasionado por el patauá-yukisé, y será lo único que extrañe al partir de San Carlos. Cuando ha pasado largo tiempo sin tomarlo y vuelvo a usarlo, es ligeramente purgante, pero el efecto pasa en dos o tres días.

. . . . . .

Entre las dicotiledóneas aceitosas de América tropical, creo que consta la Andiroba (**Carapa guianensis**). El aceite de Andiroba tiene la gran ventaja en climas tropicales, de ser tan amargo que ni las hormigas ni los insectos lo tocan. El árbol es muy abundante cerca de Pará, especialmente en la desembocadura del Tocantins, y se encuentra por todo el curso del Amazonas.

De las semillas de dos árboles, aparentemente desconocidos, abundantes en el Alto Río Negro, en el Orinoco, Pacimoni, Casiquiari, etc., los indios preparan una pasta que se parece a queso de crema en su aspecto y gusto. Las semillas son puestas primero a hervir y luego guardadas por algunos días bajo agua, después de lo cual se quiebran con la mano. Se dice que al hervir se recoge una cantidad de aceite, pero nunca he podido verlo. Los indios se avergüenzan mucho de mostrar a un blanco sus comestibles, etc., pensando que éstos sólo quieren ridiculizarlos. Yo ví uno de estos árboles (el Cunuri, una euforbiácea afín del árbol del caucho, pero de hojas simples) cerca de San Gabriel hace más de dos años, y aunque después lo he encontrado continuamente, sólo hace poco lo he encontrado en flor y fruto en el Casiquiari, y aún después en el alto Pacimoni ví a unos indios que comían queso de Cunuri (si así puede llamarse). Ellos me dieron un poco que quiero mandárselo a Ud., pero ahora mismo no tengo en qué ponerlo. Pero para conseguir aceite de Cunuri debo todavía esperar con paciencia. Se dice que es tan amargo como el aceite de Andiroba, pero produce una luz magnífica. El otro árbol, cuyos productos son análogos a los del Cunuri, se llama Uacú. Es un árbol leguminoso de bonitas flores rosadas de estructura curiosa, y al Sr. Bentham le he mandado dos especies procedentes del río Uaupés.

Hay muchos otros árboles y palmeras productores de aceite; yo me he limitado solamente a señalar unos pocos de ellos que son tan abundantes que su aceite podría conseguirse en cualquier cantidad **si hubiera manos industriosas para extraerlo.**

Hay sobra de resinas, pero dudo de que sirvan para hacer velas. Los venezolanos hacen una antorcha, que ellos llaman mechón, de la resina de varias especies de Icica, que se vierte en el tallo decadente de la palmera de cerbatana, cuyo interior se ha vaciado, o en un bambú. Emite demasiado humo (tal como lo anota el Sr. Wilson respecto a las resinas), pero el olor es agradable.

INSECTOS EMPLEADOS COMO ALIMENTO

(Diario)

Los indios del Río Negro, Uaupés, Casiquiari, Orinoco (y talvez el Amazonas), comen los insectos que crecen en varios tallos de palmeras, y especialmente de Pihiguas. Se dice que son del tamaño del dedo mayor y la manera de servirse es ésta. Torciendo bruscamente la cabeza del insecto, se la extrae con los intestinos, y entonces se asa en el budari o sea horno de yuca. Hay otro insecto u oruga que vive en los árboles Marima que le gustan mucho. Cuando este insecto está en sazón, constituye una parte principal de la alimentación de los indios maquiritari, y Dn. Diego Pina me contó que, viajando una vez por el alto Orinoco, con un grupo de indios, estuvo a punto de morir de hambre, porque éstos no querían pescar ni buscar otra clase de alimento que estas orugas, y siempre que se detenían en el camino se trepaban a las Marimas en busca de ellas. He visto muchas veces a los indios comer la hormiga saúba (llamada bachaco en Venezuela). Sólo comen las especies grandes, y cuando los bachacos brotan en gran número de la tierra (formando probablemente colonias como las abejas), si hubiera algún pueblo cerca, es seguro que todos los indios desocupados se lanzaron en busca de los bachacos. La cabeza y el tórax son las partes que se comen; el

abdomen se arroja (pero en San Carlos ví comerlo entero); se come crudo. El sabor es fuerte y desagradable, pero los que han comido bachaco frito en aceite de tortuga me dicen que es muy sabroso.

Ciertos sapos llamados juí se comen en todas partes en que yo he estado. Parecen ser más abundantes en la estación húmeda, y cuando principian a croquear mucho por la noche en el gapó, es seguro que las aguas han subido considerablemente y que el invierno se ha asentado. Los indios llenan una cacerola de sapos, todos vivos y enteros, y los llevan al fuego para asarlos.

Hay por lo menos dos especies en el Uaupés: una es muy grande; éste me serví una vez a manera de ensayo, cuidando separar los intestinos, y asando el resto en una sartén. Creo que no hay pollo que sea más delicado.

NOTABLES TEMPESTADES DE TRUENOS EN SAN CARLOS

(Diario)

27 de septiembre de 1853.—Anoche, después de la puesta del sol, ví muchos relámpagos en el oriente, y un poco después de las siete principió la tormenta en San Carlos con tal fuerza que ya parecía derribar las casas (una casa había sido derribada pocos días antes). El trueno era muy fuerte y cercano; el fragor duraba largo tiempo, y el resplandor del relámpago era casi incesante. No cayó mucha lluvia y cerca de las nueve de la noche la tormenta había pasado.

Es difícil fijar el número de destellos cuando Ud. en medio de las explosiones, pero al venir de Marabitanas el mes pasado, cuando no llegábamos todavía a nuestro lugar de descanso aún después de obscurecer, una tormenta de truenos pasó sin molestarnos con una sola gota de agua, y yo pude admirar cómo rasgaban los relámpagos las nubes. Conté las pulsaciones de mi muñeca entre destello y destello. Variaban de dos a ocho, dando un término medio de cinco pulsaciones, y un total de quince relámpagos por minuto.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1651 QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN INTEGRADA

En medio de la estación lluviosa, aun cuando las lluvias son más abundantes, las tormentas de truenos son más raras. . . . . .

Cuando estuve en la cascada de Jauarité en 1852, octubre, un relámpago cayó sobre una casa situada en la boca del Paapurís arrojando al suelo a sus habitantes, pero nadie resultó herido fuera de un joven que estaba en la hamaca, que quedó paralizado de una pierna (pero no sé si fué permanente la parálisis). Esto sucedió casi de noche, y a la mañana siguiente noté que todos se habían untado brazos y cara con carajurú, para protegerse contra el pajé, cuya magia había hecho caer el trueno sobre el hombre herido, afectando a los demás de la misma manera.

Casi todas las descargas eléctricas son seguidas por un aumento de lluvia. Esto es evidente cuando se presenta una ligera disminución de la lluvia y entonces cae un relámpago que provoca la caída de la lluvia con toda fuerza.

Generalmente pasan algunos segundos hasta que se presente este aumento, cuyo ruído se oye primero. Cuando caen las últimas gotas de una fuerte tormenta de truenos, hay dos o tres truenos muy fuertes y semejantes a las salvas de la partida.

30 de septiembre.—Tuvimos un tiempo bastante seco algunos días antes del equinoccio, pero cuando el sol había pasado teníamos todos los días por la tarde (desde las cuatro hasta las cuatro y media) tormentas violentas con truenos y lluvia, que según decían, habían caído con más fuerza más abajo del río Marabitanas. Así siguió hasta el 28, cuando el día se abrió con una niebla espesa que se disolvió más tarde, dando paso a la luz y al calor. El 29 y el 30 volvieron los aguaceros, y este último día fueron los truenos sobremanera fuertes y violentos.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1651 QUITO
ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CAPITULO XIV

POR EL RIO NEGRO, DESDE SAN CARLOS HASTA MANAOS

(Del 23 de noviembre, 1854, al 14 de marzo de 1855)

Este Capítulo completa la relación de los cinco años de exploración de Spruce por el Río Negro, Alto Orinoco y varios de sus afluentes. Es un diario bastante completo de su viaje río abajo —al principio del cual escapó a duras penas de ser asesinado— una relación de su excursión botánica desde la Barra, además de tres cortos artículos sobre las características de la vegetación y extractos de cartas a Sir William Hooker y al Sr. Bentham, que sirven para enlazar los diferentes fragmentos y presentar una relación personal. "Charlie", mencionado en la página 496, resulta ser el marino a quien se refiere en el Capítulo siguiente, que en sus compromisos fué tan desastroso).

23 de noviembre (jueves).—Hoy cerca de medio día partí de San Carlos. Mi tripulación constaba de cuatro indios; dos de ellos eran hijos del piloto, Pedro Deno. El mismo dia a las cuatro llegamos al cunuco del piloto, un poco dentro del caño en la orilla izquierda, y permanecimos ahí la noche. Aquí se tramó un complot para asesinarme.

Había alguna gente en el cunuco, inclusos la mujer del piloto, varios hijos e hijas, un yerno, etc. Estaban ocupados en destilar bureche, y al llegar mis hombres, se pusieron a catar la calidad del mismo que, aunque no era de lo mejor, bastó para hacerles perder la cabeza y provocarles el vómito a todos menos al yerno (Pedro Yurebe) que

bebió lo bastante hasta ponerse bullicioso, pero no para perder la firmeza de sus movimientos.

El cunuco constaba de dos cobertizos, abiertos a los lados, en uno de los cuales funcionaba el trapiche. El puerto donde estaba la canoa distaba unas ochenta yardas, por un brusco declive. Había tomado mi hamaca y la había asegurado bajo uno de los cobertizos, y cuando fué de noche, después de haber comido un poco de la parte delantera de lagarto que yo había comprado a Yurebe, me acomodé. Los indios estaban muy bulliciosos, pero como nada es más fastidiosc que la conversación de esta gente cuando están borrachos, no presté atención a ella, y sólo oí que uno de los hijos del piloto invitaba a su cuñado Yurebe a emprender viaje con ellos hasta la Barra. Después de esto yo oí que hablaban mucho de "heinali" (1), pero no pude escuchar bien lo que decían, y fué mejor así.

Pedro Yurebe debía unos cuarenta y tres pesos al comisario de San Carlos y a otros, pero no tenía el menor escrúpulo en dejarlos impagos hasta su regreso de la Barra; entonces se le ocurrió una brillante idea. El decía: el hombre va a su tierra, de donde no regresará más. Al día siguiente Yurebe le ofrecería sus servicios para el viaje y pediría el dinero por adelantado (según es costumbre); entonces se embarcarían y al llegar a la desembocadura del Guasié, que sreía dentro de tres o cuatro días, tomarían la montaria aprovechándose del sueño del hombre y emprenderían viaje río arriba, de donde regresarían en cualquier momento a su país, porque sólo hay un paso (un día de camino por tierra) desde la parte superior del Guasié hasta los varios tributarios del Guainia. Así se ahorrarían ellos el largo y tedioso viaje para el cual habían ya recibido su paga. Esto fué largamente discutido y aprobado por ellos. Entonces se le ocurrió a Yurebe preguntar si "el hombre" tenía mucha mercadería consigo. "Hulasikali Wala" (El tiene mucho tiene todo), fué la respuesta. Pero se engañaron, porque la mayor parte de mis cajas estaban llenas

---

(1) "Heinali" significa hombre. Al referirse a su patrón, los indios españoles lo llaman el hombre, y cuando hablan su propia lengua traducen esta palabra con su término correspondiente.

de papel y plantas y no de tejidos como lo suponían. Luego dijo: "entonces no debemos dejarlo sin llevarnos todo lo que podamos de sus mercaderías, y con este objeto será necesario matarlo". Esto fué también aprobado y las consecuencias discutidas largamente, considerando que si permanecían cuatro meses en el Guasié (donde había muchos fugitivos para hacerles compañía) el suceso sería pronto olvidado. Su temperamento parecía expandirse cuando discutía la cuestión, llevándolo finalmente a lo que podría considerarse el climax. Preguntó: "¿por qué no lo matamos ahora?, aquí lo tenemos lejos de testigos y en medio de la selva. Cuando partió de San Carlos todos sabían que estaba enfermo y nadie se sorprendería de su muerte". "Hena nu camisha" (no tengo camisa) "y no habrá señal de haber empleado la violencia". (En efecto el único vestido que llevaba era una tira de corteza entre las piernas). Esto lo repitió varias veces y todos los asistentes aplaudieron la idea.

Tres cuestiones quedaban en discusión: lo que harían del cuerpo, de los artículos y de sí mismos. La primera no presentaba dificultad, porque a causa del clima, los muertos son enterrados casi a las veinticuatro horas, y podían decir que "el hombre" había muerto de enfermdead, habiéndolo enterrado. Respecto a las mercaderías, dejarían unas pocas en las cajas para dar la apariencia de no haber sido tocadas. Respecto a lo que harían ellos mismos, había varias opiniones; pero al fin llegaron a la conclusión de que, en lugar de esconderse, la mejor manera sería presentarse francamente ante el comisario de San Carlos y contarle el cuento, poniendo término a la cuestión, porque siendo "el hombre" forastero no tenía relaciones en el país y nadie haría investigaciones respecto a su muerte. Ya puede Ud. suponer que yo oía todo esto conteniendo la respiración, y apenas podía suponer que sus actos seguirían a sus palabras, hasta que los oí desatarse contra mí, relatando todas las injurias que dizque habían recibido del blanco, todas las cuales justificarían el asesinato, aunque en el corto intervalo que yo había estado con ellos, les mostré toda clase de bondades, especialmente con Yurebe, a cuya hijita había curado de un terrible cólico, que durante días y noches consecutivas no le permitían descansar. Yo tenía un ligero acceso de diarrea —lo cual siempre me pasa el

primer dia de viaje cuando el calor excesivo me obliga a tomar mucha agua— y me había visto obligado a saltar de la hamaca dos o tres veces desde el anochecer. Era ya más de media noche y cuando me acostaba por la última vez oí que resolvían matarme por estrangulamiento, comprometiéndose Yurebe a ejecutarlo y otro de sus compañeros a asegurarse del momento en que me quedaba dormido. El fuego se había extinguido y sólo la luz tenue de las estrellas iluminaba el interior de los aposentos. Aunque estaba reclinado en la hamaca, tenía los pies en el suelo listo a saltar en el momento en que fuese atacado. La obscuridad les impedía darse cuenta de esto, y como yo permanecía completamente quieto, el hombre encargado de observarme informó que yo estaba dormido. Entonces oí que cuchicheaban: "Iduali, iduali" (ahora está bien, ahora está bien), y como Yurebe vacilaba un momento, yo me levanté y tranquilamente me dirigí a la selva como si tuviera necesidad de ello; pero en lugar de seguir a la selva, regresé dirigiéndome a la canoa, abrí la puerta de la cabina, entré, y habiendo fortificado la entrada con un paquete de papeles, coloqué cerca de mí la escopeta de dos calibres, un machete y un cuchillo, esperando el ataque que podían hacerme todavía. A intervalos oía furiosas exclamaciones de los indios al ver que no regresaba a mi hamaca; y ya puede Ud. imaginar en qué estado de ánimo pasé el resto de la noche, sin permitirme descuidar un solo momento la vigilancia. Sin embargo en el resto de la noche no se atrevieron a saber qué había sido de mí, y al clarear me tranquilicé un poco, pero no totalmente, porque en un lugar tan solitario lo mismo que se había hecho de noche podía hacerse de día; y cuando después vino Pedro Yurebe a ofrecerme sus servicios para acompañarme a la Barra, tenía siempre a mi alcance la escopeta. Desde luego, yo rechacé su oferta, basándome en que el comandante de la frontera brasilera no lo dejaría pasar debido a que su nombre no había sido registrado en el pasaporte con los restantes.

Aunque Yurebe se quedó en el cunuco yo tuve mucho cuidado de que los indios no se me acercaran en el resto del viaje cuando yo estaba desarmado, y nunca pasé momentos más inquietos. En la primera noche, en la desembocadura del Guasié, después de la cena, los indios se acostaron en una roca descendente que formaba allí la orilla

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
BIBLIOTECA QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

del río. La montaria fué asegurada a la popa de la canoa y la parte superior de una roca que emergía del agua. Un poco después de media noche yo salí de la cabina ocasionalmente; la luna se ponía, y noté que los indios habían dejado sus camas y que estaban sentados en la cumbre de la roca donde estaba asegurada la montaria. No tenía duda de que ellos proyectaban alcanzar la montaria y deslizarse silenciosamente por el Guasié, como habían pensado al principio. Así pues tomé mi escopeta y la puse suavemente sobre la tolda para apuntar contra ellos. Entonces entré otra vez a la cabina satisfecho de que los indios notaran mis movimientos y supieran que cualquiera tentativa de desamarrar la montaria les costaría la vida o una herida grave por lo menos a uno o a todos ellos. Además, yo podia vigilar desde mi cabina. Al clarear el día los hallé otra vez en la roca donde se habían acostado al principio.

En la noche del 30 de noviembre llegamos a la desembocadura del Uaupés y ahí tuve la fortuna de encontrar a dos viejos amigos, los mercaderes Amansio y Amandio, el primero hacía caucho y el segundo recogía zarzaparrilla. Ellos me prestaron cuatro hombres con quienes continué mi viaje.

. . . . . .

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Llegando a Sao Gabriel el 2 de diciembre, después de una ausencia de dos años, notó Spruce que la aldea había mejorado un poco en su apariencia. La iglesia había sido compuesta y se había fundado una escuela con un "profesor de primeras letras", que tenía veinte y ocho alumnos (indios y mestizos). Pero en otros aspectos, no había cambios: sin industria, ni cultivos, y la gente se quejaba como siempre de estar "passando muito fome", es decir mucha hambre. Aquí tuvo la fortuna de encontrar a un albañil negro que había sido enviado desde Manaos para componer la iglesia, y que quería regresar, para lo cual se comprometía a remar si era preciso. Spruce dice que éste era un hombre decente, y respetable, y que hizo el viaje menos inquieto de lo que habría sido sin él, una vez que el botánico podía ocasionalmente vagar por las selvas en busca de plantas sin el temor de que sus hombres desertaran de él durante su ausencia. El negro era esclavo y pertenecía a una señora de la Barra, quien lo trataba más como un hijo que

como esclavo. En efecto él era la única propiedad que tenía y dependía del trabajo del negro para su existencia. Spruce añade: noté que era un hombre de buenos sentimientos y hábitos. Era alto, delgado y bien formado, e igual a los albañiles de cualquier país o raza. El podía escaparse fácilmente dirigiéndose a la frontera venezolana, pero parece que aborrecía a los españoles y amaba su "país", como él llamaba a la Barra, donde era querido y respetado y donde tenía su hijito, porque él era viudo.

Durante el viaje a la Barra no hubo otros incidentes que las tormentas repentinas, más o menos peligrosas, y las incomodidades de un viaje en canoa por estos ríos grandes; pero él hizo algunas observaciones interesantes sobre la vegetación, mostrando que las novedades de aquellas regiones no se habían agotado).

PECULIARIDADES DE LA VEGETACION OBSERVADAS DURANTE ESTE VIAJE POR EL RIO NEGRO

(Del 23 de noviembre al 22 de diciembre de 1854)

En la orilla norte más arriba del Río Branco era frecuente una Terminalia (Combretaceae) que tiene un desarrollo obcónico, a veces casi de superficie superior plana, y a veces ligeramente convexa; pero el rasgo más curioso es que los troncos cortos y las raíces apretujadas están casi ocultas detrás de unas raicillas negras, y el conjunto forma una masa del tamaño y la forma de una gavilla de heno.

En la orilla sur, donde la tierra era algo prominente, podía notarse la gran Bertholletia (nogal del Brasil) en la mitad inferior del río; su tallo y su corona ligeramente convexa se eleva a cierta altura sobre los árboles adyacentes.

Diplotropis nitida (Fabaceae) era uno de los árboles más comunes del gapó en todo el camino hasta la Barra. Cuando yo partía estaba en plena florescencia; había florecido en septiembre también. Al acercarse a la Barra había otras floraciones. En la primera floración muchos de los penachos están sólo en botón; éstos se abren más tarde. La **Dicorynea Spruceana** (cerca de Cassia) era casi tan frecuente como en la desembocadura del Río Branco.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Lecythis amara se presentaba en todo el camino del río, pero la gran región de este grupo parece ser la desembocadura del Maraivia (más arriba de Santa Isabel) hasta la del Río Negro, especialmente en la orilla sur y en las islas.

El hermoso género nuevo de la Henriquezia se veía en todo el camino donde el terreno era rico. Estaba en flor y era muy ornamental. El Dreparocarpus (Fabaceae) era también muy abundante desde la desembocadura del Casiquiari hasta la de Río Branco y cerca de la Barra. Era notable por sus vainas lunadas, que colgaban en racimos de la porción libre de los tallos, los cuales brotan en arcos graciosos de los lados o la cumbre de la muralla selvosa. Hay dos especies del mismo género que difieren en el número de los folíolos.

En la orilla abrupta más arriba del Cabuqueno había varios árboles que yo no conocía; algunos de ellos en flores y fruto. Un poco más abajo de Barcellos, y especialmente cerca de Airao, vemos frecuentemente el castanheiro (nogal del Brasil), en un terreno que emerge del río y se extiende hacia una colina baja. Este árbol es notable por su tronco que se levanta desnudo sobre la selva circundante, como el samaúma; pero tiene una copa más plana, que puede distinguirse perfectamente de la cúpula semicircular de las ceibas.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Durante su estadía forzosa en la Barra, en espera del vapor que debía llevar a Spruce al Perú, hizo unas pocas excursiones botánicas, siendo las más importantes a un arroyo que entra al Río Negro a una distancia de quince millas más arriba de la ciudad, y tiene la catarata más alta talvez de todo el distrito.

La relación de este viaje, ligeramente condensado es como sigue):

EXCURSION DE LA BARRA AL RIO TARUMA EL 12 DE FEBRERO DE 1855

Este pequeño río entra al Río Negro a una distancia de cinco horas de remo, donde la costa se dobla hacia dentro formando una bahía extensa. Es bastante ancho al

principio, pero como recibe numerosos pequeños arroyos de uno y otro lado, sus orígenes están a buen trecho en el interior de la selva. A la distancia de una hora de su desembocadura un igarapé bastante grande entra al lado del Este y es célebre porque tiene la catarata más alta de todo el Río Negro. Mi objeto era visitarla, y por esta razón, me establecí en el único sitio indio que había en los alrededores. El sitio estaba en posesión de un anciano llamado Nicolás (indio de Manaos nacido en Barcellos), su mujer, dos hijos —mozos y robustos—, dos hijas grandes, un muchachito y un nieto. Aquí hallamos mi compañero y yo un pequeño cuarto de ocho pies cuadrados, cuyas paredes estaban hechas de hojas entretejidas de Caruá y el techo de Bussú. Felizmente contenía una pequeña mesa y un tablero de tallos de Jará; ambos me eran muy útiles para depositar mis cajas y plantas.

La mañana siguiente, acompañado por Charlie y el viejo Nicolás, principié a visitar la catarata. Subimos por el igarapé tortuso durante una hora. Estaba muy obstruído por la vegetación del gapó, y finalmente se puso tan enmarañado que tuvimos que dejar nuestra canoa y seguir el camino por la selva. Después de caminar un poco más de una hora llegamos a la catarata, a la cual nos acercamos desde arriba, pero nos deslizamos por las rocas hasta el fondo, de donde obtuvimos una perfecta vista de la catarata. Pocas cosas más hermosas he visto en América del Sur, y ella me recordó la "Turk cascade" irlandesa. Este brazo del Taruma atraviesa un valle estrecho, que se precipita por una roca cóncava en una cascada ininterrumpida de 30 a 40 pies de alto. El estrato superior de la roca es de asperón duro y blanquecino, que se proyecta más allá del bajo el cual es de piedra más suave con capas alternas de una tierra vermellón de olor penetrante. Es fácil caminar debajo de la catarata sin mojarse, aunque las rocas destilan agua aquí y allá y están densamente revestidas de helechos y Hepaticae, pero especialmente de Selaginellae, de las cuales recogí cuatro especies que no había en las selvas adyacentes. El agua cae en una artesa profunda, de la cual salta el chorro que es empujado hacia abajo por el viento causado por el ímpetu de la catarata. El agua se arremolina entre los bloques musgosos y luego se pierde entre ellos hasta una distancia considerable. Entre estos blo-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

ques se yergue un árbol hasta la altura de 100 pies; los sapopemas estaban revestidos de **Micropetygium leiophyllum** y una Plagiochila (hepáticas); el tronco rugoso con nidos de termitas, en los cuales se habían establecido los Philodendron (Araceae) y una Caludovica (Pandaneae). Este árbol llevaba numerosos frutos del tamaño de una naranja, pero no pude distinguir la forma de las hojas, y mi guía no pudo darme el nombre del árbol, porque dijo que el fruto no era comestible. Era probablemente un Caryocar (Rhizoboleae). De arriba abajo de la catarata cuelga una cuerda áspera y gruesa de raicillas enmarañadas procedentes de un árbol que se encuentra al borde.

El aspecto entero de este círculo musgoso, con su cinta de agua en descenso, oculta en la selva exuberante, en que no había una sola palmera visible, tenía algo de mezcla entre un paisaje tropical con el de climas más templados.

En la selva adyacente había, sin embargo, varias palmeras inclusas unas pequeñas y nuevas para mí, tales como la pequeña Bacaba (Oenocarpus) de 15 pies con pinnae equidistantes. Más arriba de la catarata la selva se volvía pigmea, pareciéndose a la caatinga, con varias Assaí-zinhas y Bussús; y a cierta distancia principia un caranasal donde los indios están acostumbrados a cortar frondas de **Mauritia caraná** para sus techos.

Varios frutos estaban dispersos por el suelo, pero eran difíciles de recogerse debido a la estación lluviosa, además de que las hojas de los árboles de que habían caído eran casi inaccesibles. Un fruto del tamaño y forma de un huevo de gallina, de cáscara verdosa y de un endocarpo leñoso y grueso con fibras radiadas, tiene una pulpa de un sabor que se parece mucho al de los Caryocars; pero las hojas son sencillas. Los indios lo llaman castanha-rana (castaña silvestre).

El lecho del Taruma es tan plano que en tiempo de inundación el agua del Río Negro entra y lo inunda hasta la base de la catarata, pero una lluvia de un día produce una corriente descendente, mientras que durante la estación seca el agua permanece casi inmóvil.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

A Sir William Hooker
Barra do Río Negro, 5 de junio de 1855.

. . . . . .

Llegué a San Carlos el 28 de agosto. Era buena época para bajar por el Río Negro, y tuve la oportunidad de realizar mi viaje con el senhor Antonio Díaz (fabricante de las hamacas de pluma), que poco tiempo después bajó a la Barra con dos grandes buques; pero después de haber permanecido casi tres años en el país de la Piassaba, no quise partir de él sin conocer la flor o el fruto de aquella palmera notable, con cuyo objeto yo había hecho antes varios viajes infructuosos. Por consiguiente resolví permanecer algún tiempo más. La época de la madurez es cerca de mediados de verano; éste ya había pasado, pero al regresar al Guainia supe que no se había visto ningún fruto; en cambio, me dijeron que en el Casiquiari las palmeras habían cargado ya un fruto pequeño. El año de 1853 fué año de escasez de frutos de la selva. En 1852 la palmera Patauá fructificó tan copiosamente que pude tomar el vino que se preparaba de ella casi todo el año; mientras que en 1853 no lo bebí una sola vez. En octubre de 1854 conseguí flores de Piassaba en Solano, Casiquiari. Pocos días más tarde atrapé los resfríos virulentos de este país por haber caminado con los pies desnudos, y por esta simple causa no pude salir de la casa durante cinco semanas estando reducido gran parte del tiempo a la hamaca. La piel de mi pié derecho se peló completamente como si me hubiera aplicado una capa de yeso; después se formaron tumores que reventaban y arrojaban piel.

(En el distrito a que estamos refiriéndonos, el ángulo formado por el Casiquiari y el Río Negro, que él pudo explorar bien durante su larga estadía en San Carlos, Spruce halló un tipo elegante de palmera pequeña que él describió y dibujó. El la describe de 18 pies de alto, con su tallo un poco más de 3 pulgadas, y formada de anillos muy estrechos; las divisiones de las hojas tienen cerca de 20 pulgadas de largo y caen graciosamente. Parece que estaba circunscrita a un espacio limitado de selva baja, una vez que no pudo hallarla después en sus excursiones).

Partí de San Carlos para la Barra el 23 de noviembre con una tripulación de cuatro indios. Mientras bajaba la corriente no me cuidé mucho de conseguir más y me daba por satisfecho de haber encontrado indios que ya conocían el camino, aunque tres de ellos (un anciano y sus dos hijos) eran bastante nuevos para mí. El anciano fué mi piloto y en la primera noche de la partida de San Carlos, dormimos en su sitio, un poco internado en una pequeña corriente que desemboca en el Río Negro en la orilla izquierda.

. . . . . (Aquí relata Spruce cómo su tripulación pretendió asesinarlo, episodio que ya lo conocemos. La carta continúa: Durante mis cinco años de viaje yo había estado acostumbrado a depositar toda mi confianza en los indios: dormía desarmado en medio de ellos en los lugares más solitarios; vagaba muchas veces solo por la selva cuando saltábamos a tierra para cocinar; ellos podían perfectamente embarcarse y dejarme abandonado a mi suerte. Pero desde este último viaje yo procuraba librarme de tal compañía lo más pronto posible, y por esta razón, en lugar de detenerme en ciertos lugares, como había sido mi intención, seguí mi viaje.

. . . . . .

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Por consiguiente, me propongo (D. V.) ascender en el próximo viaje de Pará al Perú.

Uno de ellos se encuentra anclado en Nauta y el otro no debe zarpar antes del primero de marzo; quiero ser un pasajero de este último.

Mi intención es llegar a un lugar llamado Tarapoto (1), entre las montañas de la orilla izquierda del Huallaga. El vapor va hasta Yurimaguas que está a setenta millas o sea a siete días de viaje más abajo de Chasuta. De Chasuta a Tarapoto hay cinco días de viaje a pié o a lomo de mula. Es el lugar más accesible en las montañas; su población es considerable, y como en aquel lugar hay cría de ovejas, chanchos, vacas, creo que no habrá escasez de

---

(1) Llamado así por la abundancia de la palmera Tarapoto (**Iriartea ventricosa**, Mart.; **Paxiuba barriguda**, Brasil).

provisiones. Me han dicho que está situado en lugar pintoresco: una pequeña llanura entre montañas elevadas, de donde parten varios arroyos, y abundante en **conchas** que será una cosa nueva para mí. Si los pequeños buques, por desgracia, han dejado de correr, tardaría dos meses para llegar a Chasuta en un bote ordinario, y en mi estado delicado de salud, no me siento competente para tal viaje, especialmente si se toma en cuenta la plaga de mosquitos que atormenta día y noche. . . . . .

Durante mucho tiempo después de mi salida, rara vez me permitía descansar en la hamaca durante el día; pero especialmente después de mi enfermedad, me he rendido a la debilidad y a la languidez que me han atacado y he descansado de mi labor a intervalos cortos. Mis amigos de la Barra se admiran de verme todavía activo y me dicen que después de cinco años un europeo se acostumbra al **far niente**, al cual está invitado por el clima y por el ejemplo de los vecinos. Mis cinco años de experiencia me han disgustado también los indios borrachos para el trabajo.

Al Sr. George Bentham
Barra do Río Negro, 12 de enero de 1855.

. . . . . .

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La Barra ha cambiado mucho desde el tiempo que la visité en 1851. Los empleados relacionados directamente con la provincia recién formada, exceden el resto de los habitantes blancos (varones); y sin embargo no hay una parcela más de cultivo, y los productos del suelo apenas abastecen a la población. A esto se debe que el costo de la vida es ahora más caro que antes. A veces nos sentamos a la mesa y vemos que casi todos los artículos son importados sea de Europa o de los Estados Unidos. Galletas de Boston, mantequilla de Cork, jamón o bacalao de Oporto, patatas de Liverpool, etc. . . . . Las modificaciones de los límites políticos y de los nombres de las provincias, tan frecuentes aquí, y los que han sido añadidos, son desconcertantes para los estudiosos de geografía botánica, y pueden ser la causa de errores importantes. La división primitiva de aquella porción de la hoya amazónica que pertenece al Brasil, parece haber sido ésta: la capitanía del Río Negro com-

prendia todo el país al norte del Amazonas, hasta la desembocadura del mismo; la de Pará, el país situado al sur hasta el río Madeira; y el resto del territorio al sur del Amazonas; esto es del Madeira hasta la frontera peruana, formaba la capitanía del Solimoes. Después las tres capitanías fueron reducidas a dos: la del Río Negro que comprendía todo el país a ambos lados del río al occidente del Parentins (un poco más abajo de Villa Nova), y la de Pará, al Este del mismo punto. Después de la separación del Brasil de Portugal, las dos se combinaron para formar la provincia de Pará. Así permaneció hasta la época de mi llegada al Brasil; pero últimamente ha vuelto a su división anterior en dos partes, la oriental bajo el nombre de provincia de Pará, y la occidental bajo el de provincia do Amazonas.

Añadiré que en Venezuela lo que antes se llamaba Misiones del Alto Orinoco, es ahora el cantón del Río Negro, comprendiendo toda aquella porción de la Guayana española, que se extiende por el norte hasta la base de las cataratas del Atures, por el occidente y el sur hasta las fronteras de Nueva Granada y Brasil, y por el oriente, hasta Demerara.

Observe ahora los resultados de esta inestabilidad de los límites. Von Martius pone el habitat "Río Negro" a las plantas que halló en el Solimoes y otros ríos que pertenecían a la capitanía de Río Negro (que existía hasta la época de su viaje), muchas de las cuales probablemente no existen en el Río Negro, y seguramente él no las había visto, porque no ascendió el río.

Cuando yo estuve en San Fernando y Maypures, mis nociones de geografía eran muchas veces contradichas al oír a la gente decir "aquí em Río Negro". Yo preguntaba: "¿por qué dicen ustedes en Río Negro cuando estamos en el Orinoco?". Respondían: "porque estamos en el **cantón** de Río Negro".

Finalmente, cuando yo bajé el Río Negro, la gente principiaba a decir: "aquí em Amazonas".

Los únicos límites que pueden considerarse constantes son los formados por los ríos y las montañas. Hasta la expresión "Brasil del Norte" dentro de pocos años cesará de tener significación. La "Guayana" tal como la entendían los españoles y portugueses, a saber todo el trayecto entre

el océano, los ríos Orinoco, Amazonas y Río Negro, es una división muy natural, y todavía muy conocida en el lenguaje común con el mismo nombre.

. . . . . .

(Las notas siguientes escritas durante la última estadía de Spruce en la Barra pueden incluírse aquí) :

CONTRASTE ENTRE LAS ORILLAS DEL AMAZONAS Y LAS DEL RIO NEGRO

En el primer río las aguas vaciantes, dejan en muchos lugares márgenes anchos de fango, muy difíciles de recorrer, y se revisten de hierbas anuales y Ciperáceas a medida que avanza el verano. Al subir por él he recorrido a veces media milla entre estas praderas anuales, y en su lado extremo he encontrado un sauce común, **Salix Humboldtiana,** dos o tres Psidia de un aspecto semejante al sauce a cierta distancia, y una **Mimosa Asperata.**

En el Alto Río Negro no se ve nada igual. La selva bordea a menudo el agua dejando un borde permanente, no cae en grandes masas al principio de la estación seca como en el Amazonas, y especialmente el Solimoes; y cuando el río está bajo la orilla abrupta, sea de roca o de tierra, está en millas de extensión revestida ininterrumpidamente de raicillas que parten de las bases de los árboles, formando una franja muy densa.

En el Solimoes y el Amazonas en la estación húmeda, cuando la corriente del río es muy rápida, en la selva inundada de los lados apenas hay corriente, y mientras más se interna el gapó, más tranquila se pone el agua. Cada día, a medida que sube el agua, la inundación aumenta, pero silenciosa e insensiblemente. Si hay un pequeño descenso en el suelo, como sucede a veces en un lago interior; entonces hay una rápida corriente del río hasta que el lago se llene en el mismo nivel del río.

Yo me enredé en una de estas corrientes; pudimos empujar la montaria agarrando las enredaderas que colgaban de los árboles; los remos no nos servían casi de nada.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR QUITO ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Cuando el río, habiendo llegado a su altura, principia a descender, hay una corriente perceptible en el gapó. Las plantas flotantes (varias Marcileaceae, Naiades, Ceratophylla, Hydrocharideae diminutas, y la nueva Euphorbiacea, Phyllanthus fluitans) que habían cubierto las aguas tranquilas del gapó durante la inundación, y que habían llegado a su plenitud cuando el río alcanzaba su mayor altura, principian ahora a moverse lentamente; yo las he observado flotando por toda la amplitud del río; aunque por las masas que se desprenden y el tamaño diminuto de cada una de ellas, un viajero que antes no hubiera sido atraído por su existencia, apenas podría notarlas. Estas plantitas ofrecen abrigo a varias conchas univalvas y a varios insectos alados y sin alas; y al empujar la montaria por los cauces densos me han sorprendido a veces los saltos de una nube de langostas; no pocas veces se vé el hocico de un lagarto que emerge y rápidamente se esconde a la vista de su peor enemigo, el hombre. En algunos lugares se vacía rápidamente el agua del gapó, como en el ángulo extremo del Solimoes y el Río Negro, donde el sonido de las aguas que golpean los árboles se asemeja a una catarata. Al pasar este lugar a la luz de la luna a mi regreso de Manaquiry, he recibido varios golpes contra los troncos de los árboles y se han rasgado mis vestidos en muchos sitios. Estos casos son raros, y generalmente el agua se vacía con la misma tranquilidad con que se llena.

Se ha dicho en Europa que el incremento de las aguas en el Amazonas desarraiga a veces los árboles y arrastra porciones de tierra; pero todas las caídas de tierra y árboles que yo he visto (y he sido testigo de varias) ocurrían poco después de que **el río principiaba a vaciar,** y se deben a que el agua ha minado las orillas que se mantienen mientras dura la inundación; después cuando las aguas principian a vaciar, ya no hay apoyo debajo, y grandes porciones de tierra y selva ceden simplemente a su peso.

Las Ilhas de Caapim o islas de Hierba, he descubierto ahora que se han formado en los lagos por la creciente de las aguas amazónicas, las cuales, de esta manera, llenan su doble finalidad de poner a flote ciertas especies y arrastrarlas después al Océano. La principal y casi la única componente de las Islas de Hierba es la Canna-rana (azúcar silvestre) y Piri-membeca (hierba quebradiza),

Panicum spectabile y **paspalum pyramidale.** El agua blanca es esencial para el desarrollo de estas plantas, como puede probarse por su ausencia de todo el Río Negro y del Trombetas más arriba del Furo, por el cual las aguas del Amazonas se derraman en la parte baja del Trombetas, donde son abundantes estas dos hierbas.

Los lagos son generalmente de agua negra, pero aquellos en que entra el agua blanca en la estación lluviosa tienen invariablemente estas dos hierbas, a veces en tanta abundancia que periódicamente obstruyen el paso, como pude atestiguarlo en dos pequeños lagos cerca de Manaquiry, por el cual es necesario abrirse paso todos los años.

Al regresar de Manaquiry el Solimoes estaba agitado tan violentamente por un solano que se volvió peligroso cruzarlo en mi pequeña montaria. Sin embargo, nos esforzamos por llegar a una pequeña ilha de caapim que flotaba a unas doscientas yardas de distancia de la playa, nos pusimos en el centro de la misma, de tal manera que la fuerza de las aguas se rompía antes de llegar hasta nosotros y así pudimos navegar con toda comodidad. Mientras mis hombres se preparaban a dormir yo me entretuve en observar la curiosa composición de mi nueva litera. Consistía de una especie de hierba, el **paspalum pyramidale,** y después de varios esfuerzos infructuosos conseguí arrancar un tallo entero que media cuarenta y cinco pies de alto y contenía setenta y ocho junturas. Era simple, aunque otras poseían dos o tres ramas; todos los nudos, excepto los tres o cuatro superiores arrojaban raicillas, y varios de sus internodos inferiores se encontraban en un estado semipútrido. Flotando en el agua y guardadas por los tallos de hierba había una Azolla, dos Silviniae (una de ellas nueva para mí y ambas en fruto), y unas pocas plantas peladas de la Hydrocharidea pequeña y una Pistia pequeña. Hay que observar que estas ilhas de Caapim son bastante diferentes de las balsas flotantes que encontró Humboldt en el Orinoco: balsas semejantes las he visto en el Amazonas.

(Las notas siguientes fueron escritas en el mismo período que las últimas; y con una corta relación de mi propia cosecha sobre el estado actual de la industria del caucho en la hoya amazónica, clausuraré esta parte de los viajes de Spruce) :

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

NOTAS SOBRE LOS ARBOLES DEL CAUCHO EN EL RIO NEGRO

(**Diario**)

En la desembocadura del Uaupés, en mi viaje de regreso, hallé un rancho y a una persona ocupada en extraer el caucho de la especie que yo había descubierto allí (**Siphonia lutea**). Por todo el descenso del Río Negro podía verse subir el humo de los seringales recientemente abiertos, principalmente en las islas. El extraordinario precio que alcanzó el caucho en Pará en 1853 despertó al fin al pueblo de su letargo, y cuando al fin se pusieron en movimiento, y fué tan grande el impulso que todos se pusieron en busca de caucho para extraerlo y elaborarlo, por todo el Amazonas. Sólo en la provincia de Pará (que comprende una pequeña parte del Amazonas) se calculaba que veinte y cinco mil personas estaban ocupadas en tal industria. Los mecánicos arrojaban sus herramientas, los fabricantes de azúcar desertaban de sus ingenios y los indios de sus roças, de manera que el azúcar, el aguardiente y la misma farinha no fueron producidas en cantidad suficiente para el consumo de la provincia; los primeros artículos eran importados de Maranhao y Pernambuco, y el último del Alto Río Negro y del Uaupés.

Las especies de árbol de las cuales se extrae el caucho en el Alto Río Negro y en el Bajo Casiquiari son dos: la **Siphonia lutea** y la **S. brevifolia,** conocidas vulgarmente como la Seringa de hojas largas y de hojas cortas. La primera produce más leche, pero ni una ni otra es tan productiva como la de Pará (**S. brasiliensis**) (1).

Ambos son árboles derechos, altos y no muy gruesos, de corteza algo fina y lisa, y su altura media llega a cien metros.

Cerca de la Barra se extrae leche de una especie co-

---

(1) (El nombre Hevea es ahora usado generalmente para los árboles antes conocidos con el nombre de Siphonia.—Ed.).

mún en las orillas del río (**S. elastica?**), pero hay otra especie que crece en el interior de la selva y que se dice produce más leche. Yo no la he visto.

Las especies de Siphonia que yo he recogido en el Amazonas y en el Río Negro llegan a siete u ocho, y es probable que todavía están por descubrirse dos o tres veces más. En el Uaupés encontré dos árboles (2.427, 2.479, hb.) de un género aparentemente no muy distinto de la Siphonia, que producía caucho puro, y que también son llamados por los indios Xeringui; pero las hojas simples (no ternarias) y de troncos apiñados (a menudo hasta de diez en la misma raíz) dan a estos árboles un aspecto muy diferente de la Siphonia (2).

Cuando yo subí por el Río Negro en 1851, mostré a sus habitantes la abundancia de árboles de caucho que tenían en sus selvas, y procuré inducirlos a extraer el caucho, pero sacudieron sus cabezas y no contestaron. Finalmente la demanda de caucho, especialmente de los Estados Unidos, principió a sobrepasar la oferta; por consiguiente los precios subieron rápidamente, hasta que en 1854 llegó al precio extraordinario de 38 milreis (£ 4:8:8) por arroba, un poco más de 5 chelines por libra.

La extracción de caucho de las varias especies de Siphonia era en la época de mi llegada a Pará (julio de 1849) una rama de la industria limitada a los alrededores de la ciudad, estando especialmente desarrollada en la isla de Marajo y en la desembocadura de Tocantins. El precio en que se vendía en el mercado de Pará (10 milreis por arroba, cerca de diez peniques por libra), y las grandes ganancias que esperan los mercaderes de productos de la selva en el desembolso, impedía a la gente del interior dedicarse a su extracción; a ésto debe añadirse la apatía de los indios para emprender una nueva clase de trabajo.

Cuando los árboles están florecientes, casi toda la leche sirve para la nutrición de las flores y no puede obtenerse ninguna del tronco; en cambio, si se hiere una panoja de flores salta la leche en grandes gotas. Es la costumbre

---

(2) (En los manuscritos de Spruce (Plantae amazonicae) forma un nuevo género llamado Muranda, y las especies **M. siphonoides** y **M. minor.**—Ed.).

no tocar el árbol durante varios meses hasta que el fruto llegue a su tamaño completo. Cerca de Pará parece que la recolección de caucho está confinada a la estación seca, de junio a diciembre. En el alto Río Negro los árboles de caucho florecen de noviembre hasta fines de enero, y cuando yo partí de San Carlos en el 23 de noviembre poca leche podía recogerse todavía.

El modo usual de secar la leche por fumigación aplicada a las capas sucesivas dispuestas en un molde es la práctica seguida por la mayor parte de los caucheros. Algunos llenan un pequeño espacio cuadrado de leche y la dejan que coagule; pero como la leche no se endurece sino después de diez o más días, y como la masa necesita ser cortada en tajos y sometida a presión alta para libertarla del agua y el aire que contiene, este método no es popular.

Se ha notado que la añadidura de alumbre apresura la coagulación de la leche, mientras que el amoníaco tiene el efecto contrario, ampleándoselo cuando se quiere que la leche permanezca cierto tiempo en estado líquido.

(En la época en que Spruce escribió las notas anteriores el uso industrial del caucho había principiado el notable desarrollo que ha seguido hasta la época actual.

El incremento de la demanda, a que se refiere Spruce, de Norteamérica en 1853, se debió al uso más extensivo de ropa impermeable, zapatillas de caucho, etc., pero todavía más a la aplicación notable del caucho en muchas artes, y se debió también a su gran valor para fabricar tubos herméticos al agua y al aire, bandas y lavadores de maquinaria. Pero el mayor aumento en su empleo se ha debido a las llantas de bicicletas, primero sólidas, después neumáticas cerca de 1888, las cuales más tarde fueron universales tanto para bicicletas como para los carruajes, conduciendo a un enorme consumo de este notable producto natural. Un corto resumen del estado actual del comercio del caucho en Pará y en la hoya amazónica será interesante para los lectores.

En la época en que Spruce y yo estuvimos en Pará, el llamado caucho de botella era el modelo más común. Esto se hacía mediante una pelota de arcilla de 3 a 4 pulgadas de diámetro que con un bastón se untaba en la savia lechosa y se secaba en capas sucesivas de una pulgada de espesor; cuando se extraía la arcilla quedaba una pelota

hueca de caucho con un cuello corto. La fumigación se hacía con el fuego de los frutos de dos clases de palmeras, generalmente abundantes en las selvas de caucho, y cuyo vapor acre y espeso coagulaba la leche más rápida y efectivamente que el humo de cualquier otro combustible. Este combustible se emplea hasta ahora, pero el caucho se hace de una forma y tamaño más convenientes, y con mayor limpieza.

Con este objeto se usa una pala oval de madera, algo semejante a un remo, pero de mango algo largo, cuya superficie está bien lisa. Esta pala se unta en la olla de la leche de caucho, y cada capa se sostiene sobre el humo mediante el mango largo. Esta operación se repite hasta formar una masa casi dos veces más gruesa que la cabeza de un hombre, y de una forma subglobular, algo semejante a un queso holandés. El remo puede retirarse tajando la media circunferencia inmediata al mango; éste puede ser retirado quedando una masa de caucho limpio. De cuatro a seis de estas pelotas hacen la carga de un hombre.

Durante los últimos cincuenta años la provisión del caucho amazónico ha marchado con la demanda, de manera que el precio rara vez ha sido tan grande como en la época que refiere Spruce. Pero debido a la escasa población nativa de estas selvas, la enorme cantidad que se exporta de Pará —más o menos 30.000 toneladas— se obtiene en una inmensa extensión del país. No sólo está cubierto de seringuiros todo el Amazonas, desde su desembocadura hasta las estribaciones de los Andes; es decir de los caucheros, sino también todos sus afluentes están dedicados más o menos a la misma industria. Los vapores hacen la carrera hasta Iquitos que es ahora el gran centro del comercio cauchero de los grandes ríos andinos: Ucayali, Huallaga, Napo, Pastaza y muchos otros. Otros vapores suben por el Rio Negro hasta Santa Isabel, recogiendo el caucho de sus afluentes; mientras otros suben por el Tocantins, el Tapajoz y el Madeira, hasta sus respectivas cataratas; mientras que el Purus, que no tiene tales obstáculos puede ser navegado hasta 2.555 millas de Pará.

Todas estas líneas de vapores están alimentadas por el comercio del caucho, y hay razón de creer que con demanda, muchas veces la cantidad que se exporta ahora podría obtenerse sin dificultad. Aunque un gran número de

árboles y trepadoras en todas partes del mundo producen caucho, se admite generalmente que entre todos los descubiertos hasta ahora es tan económico y de tan buena calidad como el árbol del caucho amazónico. Tampoco hay ningún peligro de que se agote la existencia de caucho en esta región; porque se ha descubierto que si los árboles son cortados y luego horadados (en la esperanza de conseguir una mayor cantidad de caucho) se extrae una cantidad mucho menor de la que se extraería del árbol viviente en una sola estación. Si los árboles no son horadados durante la estación del florecimiento o fructificación (cuando el líquido que sale de la flor es todavía escaso), no parece que los cortes anuales dañen el árbol, ni se ha notado disminución en los años sucesivos. Pero como el árbol es grande y longevo, y como se reproduce fácilmente en la selva por la semilla, podemos suponer que mientras existan selvas, la provisión de este valioso producto será casi inagotable. No podemos sino maravillarnos de la extraordinaria reserva de potencia que por todas partes manifiesta la naturaleza. En el norte el arce de azúcar secreta una savia azucarada tan abundante que muchos galones pueden ser extraídos anualmente de un solo árbol sin disminuir notablemente su producción para los años sucesivos ni acortar perceptiblemente la vida del árbol. En el trópico, otros árboles producen substancias diferentes del caucho que son extraídas como éste, en cantidades indefinidas. Es imposible creer que ésta y otras numerosas clases de savia, no hayan sido desarrolladas al principio para estimular el desarrollo y vigor de la planta misma y para ayudarla a luchar por la existencia con otras plantas. Pero siempre que el hombre extrae este precioso fluído por sus propios fines, la naturaleza misma parece dispuesta a compensar el desgaste, de manera que la planta no sufre daño. Parece que este asombroso poder restaurador ha sido desarrollado con el objeto de guardar al árbol contra los daños ocasionales que pueden inferirle los insectos destructores, los pájaros carpinteros, los mamíferos agresivos, cuyos ataques combinados podrían destruir el vigor de la especie y poner en peligro su existencia. Quizás podemos buscar la causa de la índole gomosa o lechosa de tantas savias y su coagulación al exponerse al aire, como una necesidad de impedir las pérdidas que se ocasionarían si las heridas, que pueden pre-

AREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

sentarse por centenares en las ramas, tallos y botones, no se curaran rápidamente a sí mismas. A esta simple necesidad de la vida vegetativa podemos atribuír aquella diversidad admirable de los productos del mundo vegetal que se vuelve una reserva inextinguible para las necesidades siempre crecientes del hombre civilizado, sea para los simples goces sensoriales como en el caso de las frutas, las especias, las substancias odoríferas; para los placeres más estéticos de las flores varias y las maderas brillantes, o para ayudar al hombre en el desarrollo de las artes y ciencias, impulso de su naturaleza progresiva.

Entre los varios y extraños productos, talvez ninguno tiene propiedades físicas tan notables y útiles, como el caucho, esta substancia ahora tan familiar, cuya necesidad está obligando a escudriñar el mundo y a emplear poblaciones enteras en la extracción de la misma).

FIN DEL PRIMER TOMO

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL